INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO

SAMUEL W. MEDRANO

EL LIBERTADOR JOSE DE SAN MARTIN

Buenos Aires
1995

SAMUEL W. MEDRANO

EL LIBERTADOR
JOSÉ DE SAN MARTÍN

INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO
1995

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Alejandro María de Aguado y Mariscal Ramón Castilla (Plaza Grand Bourg) - Buenos Aires - República Argentina.
Impreso en Argentina.
Se imprimió en septiembre de 1995 en Gráfica San Lorenzo S.R.L., Quilmes 282/4, Buenos Aires, República Argentina

El Instituto Nacional Sanmartiniano agradece a los descendientes del doctor Samuel W. Medrano (1899-1977) su generosa y desinteresada cooperación para efectuar, por tercera vez, la edición de esta biografía del Padre de la Patria, atractiva por la sencillez de su forma y la erudición de su desarrollo.

I

AL SERVICIO DEL REY CATÓLICO

El país natal

Los padres de José de San Martín habían nacido en lugares muy cercanos entre sí de una misma región de España, pero circunstancias diversas determinaron muchos años después su común residencia en la capital del Río de la Plata y que fuera el Ilustrísimo don Manuel Antonio de la Torre, Obispo de Buenos Aires, quien consagrara su matrimonio el 1º de octubre de 1770, e hicieron, además, que la recién constituida familia debiera establecerse en una pequeña y apartada población del extenso territorio donde ya se prefiguraba la futura República Argentina. Esas circunstancias se anudaron de la siguiente manera.

En el año 1765 llegaba a la ciudad de Buenos Aires un antiguo oficial español; frisaba en los treinta y ocho años de edad y llevaba casi veinte de servicios en el ejército real; llamábase Juan de San Martín y había nacido en tierra palentina, en la villa de Cervatos de la Cueza. No debió haber sido muy brillante su fortuna, porque hasta entonces sólo alcanzaba el grado de teniente; pero sin duda sus antecedentes eran intachables y tan larga milicia aseguraba su aptitud para el nuevo destino a que se le enviaba. A poco de presentarse al Gobernador y Capitán General, don Pedro de Cevallos, fuéronle encomendadas tareas de instructor en la Asamblea de Infantería de la ciudad y después se le envió al cordón bloqueador de la Colonia del Sacramento, que se mantenía en poder de los portugueses, de acuerdo con lo resuelto en el Tratado de París. Dos años más tarde llegaba también a Buenos Aires una joven española, Gregoria Matorras, que había hecho el viaje en compañía de su primo don Jerónimo Matorras, a quien el Rey acababa de nombrar gobernador del Tucumán. Gregoria había nacido en Paredes de Nava, otro pueblecito muy antiguo de la misma región donde se alza Cervatos de la Cueza.

Apenas realizado el matrimonio, que debió ser por poder, pues don Juan de San Martín se había ausentado a la otra banda del río requerido por urgentes deberes militares, allá fue a reunírsele Gregoria para iniciar la vida de hogar en

el nuevo destino de su cónyuge, ascendido recientemente a ayudante mayor. Pero no era ya la vigilancia de portugueses el motivo de las nuevas tareas de don Juan.

Por aquel tiempo habíase producido un extraordinario acontecimiento que agitó grandemente los espíritus y produjo en todas partes una verdadera conmoción social y popular, aunque las órdenes del rey Carlos III, causantes de tamaño revuelo, fueron ejecutadas sin contemplaciones. Su Majestad, por razones que se reservaba en su Real ánimo, según expresaba en la sorprendente pragmática, había resuelto expulsar de sus reinos de España e Indias a los padres de la Compañía de Jesús, cuya obra y actuación desde hacía casi dos siglos, tanto en el Paraguay como en el Tucumán y el Río de la Plata, tenía tan hondo arraigo y constituía gran parte de lo realizado hasta entonces en el orden educacional y cultural y en la conversión y civilización de los indígenas.

Fue el sucesor de Cevallos en la gobernación de Buenos Aires, don Francisco de Paula Bucarelli y Ursúa, quien debió afrontar aquel violento cometido. Pasaron a los funcionarios del Rey las universidades, colegios y escuelas de los jesuitas y todos los bienes que poseían para mantener sus obras. Pero una de las tareas más difíciles de aquella "operación cesárea", como decía el ministro Roda, fue sin duda la de reemplazarlos en el gobierno de las famosas reducciones, que habían dado origen a más de treinta pueblos distribuidos en una extensa y riquísima región bañada por los ríos Paraná y Uruguay, conocida generalmente como territorio de las Misiones.

El propio Bucarelli tuvo a su cargo la empresa y se trasladó a Candelaria, que era el pueblo principal y residencia del padre superior. Desde allí dirigió la expulsión y dictó unas minuciosas instrucciones con arreglo a las cuales serían gobernados en adelante los pueblos misioneros. Dividió el territorio en varias jurisdicciones a cuyo frente colocó gobernadores militares y para cada uno de los pueblos designó un administrador y un cura párroco, que debería seguir atendiendo las necesidades espirituales de los indígenas. Aspiraba a proseguir la obra de los expulsos y había que continuar la pingüe explotación de las estancias y haciendas que señalaban a la región como a un notable emporio de trabajo.

A una de estas circunscripciones, integrada por cuatro pueblos y cuyo asiento principal era el de Yapeyú, sobre la margen derecha del río Uruguay, en la actual provincia de Corrientes, fue destinado en 1774 don Juan de San Martín en calidad de teniente gobernador. Llegaba a ese cargo después de haber estado desde 1767 administrando una vastísima hacienda que había sido también de los jesuitas, la Estancia y Calera de las Vacas, en la banda oriental del río de la Plata, "con la más completa aprobación de la Ilustre Junta de Temporalidades"; y era el nuevo gobernador de Buenos Aires, don Juan José de Vértiz y Salcedo, quien le enviaba ahora a Yapeyú, adonde le remitiría poco después su ascenso al grado de capitán.

Allí, en el antiguo pueblo jesuítico, instaláronse don Juan de San Martín y Gregoria Matorras y vivieron muchos años mientras su hogar iba poblándose de vástagos. El Teniente Gobernador no sólo debía ejercer su autoridad y velar por el orden en su jurisdicción, en la cual estaban los pueblos de La Cruz, San Borja y Santo Tomé, sino que tenía a su cargo delicadas funciones de administrador de las variadas producciones de la tierra, que él impulsaba empeñosamente, celoso porque alcanzaran o aun sobrepasaran la importancia que tenían en el tiempo de los jesuitas. Gregoria vivía consagrada a la crianza de los hijos: una mujer, María Elena, y cuatro varones, Manuel Tadeo, Juan Fermín, Justo Rufino y José Francisco. Este último nació el 25 de febrero de 1778 y fue bautizado en la iglesia del pueblo, arrasada muchos años después por invasores portugueses.

Yapeyú era una vieja reducción indígena fundada en 1626, pero en aquella época era uno de los mejores pueblos del sistema creado por la Compañía y en él residía a menudo el provincial de las misiones del Uruguay. Su planta urbana era similar a la de todos: sobre una gran plaza cuadrangular alzábase la Iglesia; a su lado el Colegio, que era a la vez la residencia de los padres y en seguida las oficinas del pueblo. El Colegio era un vasto edificio, con arquerías sobre la plaza y techado con tejas; no sólo estaba en él la escuela sino también talleres y almacenes. Una buena biblioteca, de más de cuatro mil volúmenes, y aulas especiales para pintura, escultura y música, atestiguaban el lugar que se hacía a la cultura en aquellos pueblos singulares. Rodeando la plaza, prolongábanse hacia las quintas del contorno, las casas destinadas a los indios, agrupadas en cuadras y manzanas, todas ellas con el característico cobertizo o corredor, que aún perdura en las poblaciones del campo correntino o paraguayo, excelente defensa para la lluvia y el sol. Gráciles palmeras y naranjos fragantes emergían sobre los techos pajizos coloreando la monótona simetría de aquel orden implacable.

De acuerdo con las instrucciones que dejó Bucarelli y las que impartía desde Buenos Aires el nuevo virrey del Río de la Plata, las tareas de los cuatro pueblos continuaron el ritmo laborioso de la época jesuítica y no se había iniciado aún la inevitable decadencia que malogró años después aquella obra extraordinaria.

Don Juan de San Martín debía alternar su administración con las preocupaciones que le daban los indios minuantes, rapaces e indóciles, o los merodeadores portugueses, siempre en correrías de contrabando; y ello le obligaba a viajar con frecuencia a San Borja o Santo Tomé y aun hasta la frontera de Santa Tecla. Pero la vida de su familia en Yapeyú deslizábase apaciblemente, a la vera del río de los pájaros y en medio de la radiante decoración de un paisaje semitropical de agua, árboles y cielo que el clima dulce y cálido parecía acendrar.

Aquel pequeño pueblo de guaraníes industriosos y cristianos, todavía aplicados con silenciosa disciplina a productivas labores y granjerías, y que seguían practicando con graciosa solemnidad las ceremonias y costumbres con que habían sido ganados a la vida de ciudad, resultó sin duda un reparo tranquilo y feliz para la naciente familia del ya maduro capitán; y era el rincón natal que supo trasmitir, por ignorados caminos providenciales pero con fuerza vital

incomparable, los zumos de una tierra que muchos años después ejercerían incontrastable influencia en el alma del menor de sus vástagos. Acaso porque el secreto de esa fuerza radicaba en que la de Misiones había sido consagrada tierra de redención y desde los tiempos lejanos en que sobre ella se alzó la Cruz congregando a su amparo a los indios del contorno, habíase consumado el apostólico designio de la empresa espiritual que dio carácter y trascendencia ecuménica a la conquista de América y porque en la comunidad de vida y de trabajo allí creada por un extraordinario esfuerzo espiritual había alentado el permanente milagro de la comunión de los santos.

En ese ambiente nació y había crecido el niño José de San Martín; pero sólo viviría en él los primeros años infantiles. En 1781 su padre solicitó y obtuvo su relevo y se trasladó poco después a Buenos Aires.

Finalizaba por entonces el famoso gobierno de Vértiz, cuya actividad organizadora realizaba en la ciudad capital sorprendentes reformas edilicias y presidía con afán progresista una obra administrativa y cultural que aspiraba a ser réplica eficiente de la que había estimulado en España y América el despotismo ilustrado de los Borbones. La creación del Virreinato del Río de la Plata había estructurado definitivamente al país, articulando sus diversas regiones en una vasta unidad geográfica y racial, moral y nacional en la que los hijos de la tierra veían ya a su patria, porque era el resultado de aquella larga e intensa faena civilizadora que durante más de dos siglos había empeñado el persistente afán de sus antepasados; una patria grande y rica, que hacía parte del imperio español pero iba alcanzando una madurez social que la singularizaba en las manifestaciones de su cultura, en la organización de sus núcleos familiares, en la distinción de sus costumbres y en la personalidad de sus hombres dirigentes.

Por fin, a principios de 1784, el capitán don Juan de San Martín con toda su familia se embarcaba en la fragata *Santa Balbina*, rumbo al puerto de Cádiz. Iba ilusionado con la esperanza de que sus servicios en América le valieran un nuevo ascenso en su carrera. El menor de sus hijos, José Francisco, aquel niño inteligente y precoz que había aprendido a leer en Buenos Aires, llevaría en la retina y guardaría en la memoria, con mucha más firmeza que sus hermanos mayores, los contornos de la ciudad detrás de cuyas cúpulas extendíase la inmensa heredad de su país natal.

El cadete del Rosellón

En España don Juan de San Martín fue agregado a la plaza de Málaga sin conseguir su ascenso, pero realizó el más íntimo objetivo de la educación de sus hijos que le había impulsado a gestionar el retorno. José fue colocado en el Seminario de Nobles de Madrid y allí, conforme a la enseñanza que se daba en este establecimiento, se inició en el conocimiento de la retórica y las matemáticas,

de la geografía y las ciencias naturales y aprendió nociones de latín y francés, música y dibujo. La esgrima y el baile eran también práctica de rigor entre los estudiantes del instituto madrileño. Pero su auténtica vocación le llevaba a la carrera de las armas; y era todavía un niño de apenas once años cuando solicitó una plaza de cadete en el regimiento de Murcia, que le fue concedida el 15 de julio de 1789.

Estuvo con su regimiento en una corta campaña en Melilla, y bajo los soles africanos recibió su bautismo de fuego en el sitio de Orán, en 1791; pero fue en la guerra del Rosellón donde el joven cadete alcanzó sus primeros ascensos.

El rey de España había declarado la guerra a la Revolución. Después de inútiles gestiones para salvar la vida de Luis XVI y de soportar las insolencias de Brissot y el cínico comportamiento del ciudadano Bourgoing, embajador de Francia en Madrid, Carlos IV, que tuvo además la entereza de rechazar los pérfidos consejos de Aranda instándole a desoír el llamado de la sangre y los imperativos del honor, respondía al clamor de su pueblo cuyo espíritu supo interpretar con mucha más certidumbre que el viejo conde aragonés, caduco ya sin duda alguna pero persistente, según se ve, en sus antiguas vinculaciones con las logias francesas. La guerra contra Francia fue popularísima en España y la nación española superó, observaba el abate de Pradt, a cuanto en las demás épocas de la historia moderna se ha contado en materia de ofrendas hechas por el patriotismo de los pueblos a los gobiernos que han buscado su apoyo.

Fue un momento de efusión heroica, un renacer magnífico del antiguo fervor; algo así como si lo genuinamente español hubiera querido anticiparse, previéndolas, a las jornadas dolorosas que habría de depararle, en el incierto e inmediato futuro, el triunfo de la Revolución. Y pronto pudieron alistarse, bajo la enseña del Rey Católico, los ejércitos con que se creyó posible iniciar el camino de la victoria.

Pero la empresa fue infructuosa no obstante los bizarros esfuerzos de tres campañas consecutivas. A lo largo del Pirineo tendiéronse los batallones de España. En la frontera occidental, el cuerpo comandado por el general Ventura Caro; a su derecha, cubriendo las entrañas de Aragón, el que estuvo a las órdenes del príncipe de Castel-Franco; y en Cataluña el ejército confiado al general don Antonio Ricardos, cuya actuación interesa reseñar porque en sus filas marchaba nuestro héroe. A este ejército se le había encargado la iniciación de la ofensiva y tenía como objetivo la ocupación del Rosellón. Con él formaba el regimiento de Murcia, cuyos vistosos uniformes, casaca blanca y divisa celeste, serían para el cadete José de San Martín anticipo glorioso de los colores que veinte años más tarde iban a ser la enseña de su patria lejana.

Ahora, a las órdenes del insigne Ricardos, los soldados del Murcia atravesaban las gargantas del Pirineo oriental y escalaban abruptos arcanos en busca de los llanos coloreados de viñas que bañan las ondas apacibles del Tech.

Eran poco más de tres mil hombres y tras breve lucha tomaron las primeras

defensas del enemigo: Ceret y San Lorenzo de Cerdá; y después de una brava batalla campal en Mas d'Eu, el 18 de mayo de 1793 donde batieron a las fuerzas del general Deflers, pusieron sitio a la fortaleza de Bellegarde, que se rindió el 4 de junio. Esta victoria permitió a Ricardos atravesar el Tech y establecer su campamento en Thuir. Es aquí, el 8 de julio de 1793, en plena campaña, donde el general entregó su primer ascenso al cadete José de San Martín, promovido a segundo subteniente en el regimiento de Murcia.

La ofensiva de Ricardos prosiguió victoriosa, pero la Convención, apercibida del peligro, comenzó a volcar fuerzas poderosas para salvar a Perpignan y envió al general Dagobert, famoso por su heroica osadía entre los jefes de la República, y la guerra recrudeció con terrible violencia. Dagobert se estrellaba ante la línea española que intentó vanamente romper en Truillas, el 22 de septiembre, perdiendo más de mil hombres entre muertos y heridos. Ricardos, que debió reconcentrarse en Boulou para aguantar la embestida de nuevos refuerzos franceses, volvió a atacar el 7 de noviembre y deshizo literalmente en Villelongue a una división francesa de diez mil hombres; se apoderó del arsenal de Collioure y tomó a Port Vendres y San Telmo, sobre el mar. En todas estas jornadas, decisiva experiencia para un joven soldado, fue formándose el temple y haciéndose aguerrido el carácter de quien se iniciaba tan tempranamente en la milicia.

Pero, para decirlo con Thiers, era aquella del Rosellón "la única frontera donde no se había concluido gloriosamente la campaña para las armas de la República". 1793 fue una cúspide en el esfuerzo grandioso y terrible de la Revolución, que logró la victoria en todos los demás frentes de combate venciendo unos tras otros a los ejércitos de la coalición suscitada por el regicidio. La empresa de Ricardos resultaba así infructuosa; y para colmo la evacuación de Tolón por los aliados, en diciembre, malograba cualquier intento serio sobre la línea del Mediterráneo. Tampoco mandaría el noble guerrero la siguiente campaña, pues la muerte le sorprendió en la víspera de una famosa sesión del Consejo Real, el 14 de marzo de 1794, en que Carlos IV, a pesar de la sospechosa oposición de Aranda, acusado claramente de logista por Godoy, resolvió proseguir en la ya dudosa empresa de domeñar a la República.

Y fue el conde de la Unión quien asumió el mando del ejército español en el frente oriental, acampado en Boulou ante las fuerzas del general Dugommier, muy reforzadas después del sangriento sometimiento de Tolón. Hubo que repasar el Pirineo para aguardar en Figueras al enemigo, mientras éste recuperaba a San Telmo, Port Vendres y Collioure, en mayo de 1794, heroicamente defendidas por las armas españolas, entre las cuales estaban las del regimiento de infantería de Murcia. Durante el tremendo ajetreo de esta retirada le llegó a San Martín su segundo ascenso. Se había comportado bravamente en Port Vendres y aguantando en la defensa hasta la rendición de Collioure, en 28 de mayo, según consta en su foja de servicios. El rey le envió su promoción a primer

subteniente, firmada en San Ildefonso el 28 de junio, y ella le fue entregada en Figueras el 6 de agosto por el conde de la Unión. El ejército vivía el angustiado trance de una obstinada y valerosa defensa del territorio nacional, pues ahora la lucha era en el Ampurdán y había que disputarlo palmo a palmo. Los combates fueron ferozmente encarnizados y logró contenerse al invasor; se estabilizó la situación hacia el final de 1794 no obstante la toma de Bellegarde y la rendición de Figueras. El general español conde de la Unión cayó al frente de sus tropas pero también el francés Dugommier, dirigiendo a las suyas, fue muerto en la refriega.

La República Francesa había triunfado en todos los frentes del horizonte europeo y además los sucesos del 9 thermidor terminaron con la política terrorista de Robespierre. Estos dos hechos permitieron pensar en la posible paz y a ella se inclinaban los dirigentes de ambos bandos. España, sin embargo, afrontó una tercera campaña que fue, durante los primeros meses de 1795, tan cruenta como las anteriores. El ejército de Cataluña, en cuyas filas formaba el regimiento de Murcia, era mandado en jefe por el general José de Urrutia, y es este general el que dio cumplimiento, en su cuartel general del Cerviú, al tercer ascenso del joven subteniente José de San Martín, que de nuevo en plena campaña era promovido a segundo teniente de su regimiento el 20 de mayo de 1795.

La paz de Basilea se firmaba el 22 de junio, a menos de un mes de haber ganado Urrutia la batalla de Pontos, que junto con la captura de Puigcerdá por el general de la Cuesta, abría las rutas del Pirineo oriental a una nueva invasión capaz de repetir los éxitos de Ricardos. Pero en los restantes frentes de la extensa frontera, ni en Aragón ni menos en Guipúzcoa, invadida por las tropas del general Moncey, la situación era muy brillante; y además no se estaba conforme con la desigual ayuda inglesa.

Así terminó aquella famosa guerra del Rosellón en la que España, como en un último arresto de su apostura secular, se había alzado desafiante ante la Revolución.

En el filo de dos edades

Claro es que la espada del buen Carlos IV no era ya, no podía serlo, la de Pavía ni la de San Quintín ;y era demasiado abierta la brecha, profunda, irreparable casi, de más de medio siglo de liberalismo borbónico. Aranda, el antiguo amigo de Voltaire, había sido tremendamente lógico cuando afrontó a su soberano y se opuso en el Real Consejo a la guerra contra la República. Pero Godoy, frívolo, cortesano y venal, si acertó en el momento con el deber de España, no era el hombre para mantener, mucho menos para encarnar, la antigua virtud que en los años de su imperio y de su gloria había hecho de España el portaestandarte de la

Cristiandad. Por eso alcanzó singular significación histórica la guerra de 1793. No era solamente el deseo de vengar la muerte de Luis XVI ni el de restaurar la legitimidad; era también el intento de salvar lo que debía ser salvado en aquel turbión violento y arrasador que conmovía las entrañas de Europa y transformaba la cuestión política en lucha religiosa. Por eso fue popular aquella guerra, verdadero anticipo, en cuanto se refiere a los sentimientos del pueblo español y aun a las divisiones de orden espiritual que ya entonces se perfilaban en su seno, de la magnífica eclosión patriótica y nacional que fue la guerra de independencia contra el César suscitado por la Revolución. Los mismos soldados que vertieron su sangre en el Rosellón, los héroes de Port Vendres o Collioure, serían los mismos héroes de Bailén. Entre ellos estuvo José de San Martín.

Es difícil aislar a los hombres en su contorno. ¿Acaso están ahí como plantas en el panorama, indiferentes al paisaje, impermeables o extáticos ante el llamado comprometedor de los hechos que no sólo modifican el medio social a que se hallan adscriptos sino que avanzan pretendiendo trastrocar el mundo de sus ideas o asaltan, punzantes, osadamente crueles, hasta el sagrado de su intimidad más profunda? ¿O participan de veras en el drama, vitalmente unidos en la marcha, avizores y alertas para dar de sí en su momento agonal la adhesión a la repulsa a que los mueve la propia valoración de los sucesos, su personal, voluntariosa e irrefrenable reacción? En aquel revuelto mundo que fue el último decenio del siglo XVIII, en medio de la encendida pasión y los desatados rencores, frente a las alucinantes esperanzas que abrían un sonrosado porvenir tras el caerse rotas enmohecidas cadenas y el precipitarse, hecho polvo irremediable, de todo lo caduco del viejo régimen, ¿cuáles serían los pensamientos, la convicción profunda, la maduración espiritual que los hechos extraordinarios a que asistió en esa etapa de su vida debían suscitar en el joven oficial del regimiento de Murcia, que al terminar la guerra del Rosellón era ya, con sus dieciocho años cabales, hombre tallado en la severa disciplina del cuartel, en las rudas faenas del ejército en marcha, y había visto en tres largas campañas a la sangre y la muerte? ¿Cuál pudo ser la necesaria repercusión de aquellos hechos en ese reflexivo tenaz, en ese cejijunto de poderosa mirada y prevenido observador de su contorno que fue San Martín toda su vida? ¿Qué podía pensar, frente al desbordamiento romántico, que ya emergía del caos revolucionario, aquel joven combatiente encuadrado desde la niñez en la rigidez adusta y caballeresca del orden militar, en esos años forjadores de una personalidad en la que habrían de perdurar, como rasgos salientes, los que hicieron de él un crítico permanente del desorden, un clásico del deber cumplido hasta el fin, con la pasión y la limitación tremendamente realista de su máxima famosa?

Llegaría hasta los frentes de guerra el asombrado comentario de los hechos que estaban quebrantando el orden antiguo; se leerían en las gacetas del tiempo y en los panfletos incendiarios la narración de sucesos encontrados y la discusión enardecida de las nuevas doctrinas que parecían destinadas a avasallar el mundo,

tal era su ímpetu dogmático, la tentadora seducción de su dialéctica. Pero también el hedor de la sangre, el latrocinio tumultuario, el clamor de las víctimas del terror, la angustiada visión de los fugitivos. Y además, las inverosímiles mudanzas del frente interno, la vacilante conducción de los políticos, la naciente facción de los que recibían en secreto inspiración transpirenaica. Excepcional aprendizaje para la valoración de hombres y de hechos; temible privilegio de generaciones destinadas a consumirse en el ara de una sociedad convulsionada, en el filo quemante de las dos edades, cuya separación se precisaba cada día con mayor nitidez.

El fracaso de la guerra del Rosellón debió ser una ruda, incomparable lección. ¿Por qué principios habían ido a combatir? ¿Con qué bandera habían amortajado a sus muertos en el campo el honor? Ahora se firmaba la paz de Basilea y unos meses después el tratado de San Ildefonso, réplica increíble de un nuevo Pacto de Familia con la Revolución. ¿Adónde iba a parar el estandarte del Rey Católico? El segundo teniente José de San Martín leyó sin duda las cláusulas de aquel Tratado y conoció la nueva dirección. ¡Lindo gaje había sacado la República! Ni más ni menos que un pedazo de América, el más sagrado, porque allí se inició la epopeya colombina y conquistadora, Santo Domingo. No fue quizás un rictus de amargura el que se dibujó en la sonrisa juvenil; tal vez una temprana reflexión estoica selló el juicio del soldado ante la visión de la pendiente. ¿Qué se iba a salvar ahora como no fuera la peluca borbónica, las bienandanzas de Godoy?

Durante el juego del Primer Cónsul

El regimiento de Murcia volvió a sus cuarteles. Desde ellos contemplaría San Martín la marcha en tropel de los sucesos, mientras la diaria faena, con su invariable rutina y el cumplimiento inflexible de la ordenanza, afinaba las dotes de oficial de infantería en el manejo de los hombres y la comprensión psicológica del soldado. España apuraba las exigencias del tratado de San Ildefonso. Como sarcástica consecuencia, anota Antonio Ballesteros, resultaba que Carlos IV era gran almirante de los regicidas de su pariente Luis XVI. Había que afrontar a Inglaterra y unirse la marina española con la francesa para cuidar el Mediterráneo; y sufrir las vicisitudes de la guerra en el mar que afectaba a todo el imperio. Brillaba ya entre el velamen de los altos navíos de Gran Bretaña la naciente estrella de Nelson, jefe de retaguardia en la armada del almirante Jerwis, que derrotó a la española de don José de Córdoba en el cabo San Vicente el 14 de febrero de 1797.

Los infantes del regimiento de Murcia fueron embarcados en la flota y con ellos el segundo teniente José de San Martín, en cuya foja de servicios se anotó lo siguiente: "Estuvo en la fragata de la real armada *Dorotea*, un año y veintitrés

días y con ella se halló en el combate que sostuvo el día 15 de julio de 1798 contra el navío de guerra inglés *León*. Pero a esta nota escueta debía agregarse el honor que el vencedor británico rindió a los marinos de España, cuyo denuedo hizo escribir a su almirante lo siguiente: "imposible explicar con palabras el valor atrevido y la destreza que manifestó durante la acción a que tan vigorosamente se vio estrechado". Y el rey, a quien llegó en el mes de septiembre la noticia de tan honroso testimonio, mandó aprobar el desempeño y bizarría de los vencidos. Era en los días en que Nelson destruía a la escuadra francesa en Aboukir.

Los años que siguieron fueron tremendamente graves, uncida España al cambiante rigor de una política satélite a la del Directorio francés y obligada a seguir sus vaivenes y a veces sus caprichos; y casi en seguida, después del 18 brumario, a la arrogancia perentoria del Primer Cónsul.

Pero más grave que la intriga internacional, peor que las miserias domésticas de palacio y la impotencia dolorosa de los ministros —Godoy, Saavedra, Urquijo, Ceballos y otra vez Godoy—, era la brecha, cada vez más profunda, que a favor de los vientos de Francia escindía el pensamiento español, abatía con la crisis política la autoridad del trono y minaba en las inteligencias la vieja unidad tradicional. Y si la heterodoxia liberal venía de lejos los afrancesados comenzaron a larvarse después de Marengo, mientras en el seno del pueblo, en la trajinada Corte y en las aldeas y terruños, y en cuantos sentían su patriotismo acongojado y enervadas las fuerzas del antiguo esplendor, crecía el rumor de la protesta o cundía la desesperanza, fuentes iniciales de los dispares cauces de opinión, agudamente contradictorios, que habrían de ser más tarde, a lo largo de todo el siglo, el elemento vivo, pasional, de la discordia política.

Entretanto Bonaparte extremaba sus exigencias y el Príncipe de la Paz, generalísimo franco-español, en mayo de 1811, proclamaba a las tropas que iban a invadir a Portugal para obligarle a cerrar sus puertos a los ingleses. En esta campaña, una de las tantas que debió realizar España en este período, José de San Martín, todavía segundo teniente del regimiento de Murcia, actuó durante todo el conflicto, "hasta la paz", según se puntualizó en su foja de servicios, pero debe recordarse que aquélla fue firmada apenas un mes después de iniciadas las operaciones, el 6 de julio de 1801, tan breve y tan sin sobresaltos había sido la pequeña "guerra de las naranjas". ¡Qué distinto el objetivo y cuán diverso el brío debieron parecerle al brillante oficial de la guerra del Rosellón!

El año siguiente, con un nuevo ascenso, sería enviado a la guarnición de Cádiz. El rey había resuelto dar una nueva constitución a los cuerpos de la infantería española y al crearse el Batallón de Infantería Ligera con el título de "Voluntarios de Campo Mayor", designaba a San Martín en el grado de segundo ayudante.

Hacía unos meses se había firmado la paz de Amiens, breve paréntesis que no podía llamar a engaño ni justificar el júbilo con que fue recibida. No habían pasado dos años y ella se quebrantaba en mayo de 1803. De nuevo el Primer

Cónsul, en marcha ya incontenible hacia el imperio, movilizó sus fuerzas y exigió el concurso de su aliada española para abatir la obstinada oposición de Inglaterra. Pero en la corte de Madrid había una seria fisura que respondía al creciente clamor popular, a la repugnancia suscitada por la elegante prepotencia de Beurnonville, embajador de Francia. Se inclinaban los unos, en camarilla alrededor del joven príncipe de Asturias, a buscar con el apoyo inglés manera de evitar la nueva encrucijada; vacilaban los otros ante el requerimiento del poderoso aliado. Al final, en octubre de 1803, se compró la neutralidad, obligándose a España a pagar a Francia seis millones de francos mensuales, precio de su abstención en la guerra inminente. Dura encrucijada. Ahora había que habérselas con Pitt, tan sin escrúpulos como Bonaparte, tan codicioso como él por engrandecer el propio imperio. El almirante Graham Moor, en octubre de 1804, asaltaba frente al cabo de Santa María a cuatro galeones, con doce millones, que venían de América custodiados por cuatro fragatas españolas; en una de éstas, salvándose por milagro en compañía de su ilustre padre del hundimiento de la *Mercedes* en la que pereció el resto de su familia, viajaba a España Carlos de Alvear, cuyo destino habría de anudarse en Cádiz con el de su paisano misionero José de San Martín.

Carlos IV debía declarar la guerra a Gran Bretaña el 12 de diciembre. Finalizaba así el decisivo año 1804. En aquel mes, frimario del año XII en el calendario republicano, en la Catedral de Notre-Dame, Pío VII había dado a Napoleón Bonaparte el ósculo de paz y había dicho: *Vivat Imperator in Eternum*.

Ni el francés ni el inglés

El 13 de noviembre de 1804 le llegó a San Martín un nuevo ascenso, que le entregaba en Cádiz el marqués de la Solana. Ahora sería capitán en el mismo cuerpo de infantería de los Voluntarios de Campo Mayor. Allí había estado vegetando desde la guerra con Portugal en la rutinaria faena del cuartel. Oscura vida de oficial subalterno en una guarnición provinciana, alejado de todos sus hermanos, dispersos en otros destinos militares después de haber luchado juntos aunque en distintos regimientos, con Manuel Tadeo y Juan Fermín, en la guerra de 1793. La madre, doña Gregoria, junto con su hermana María Elena, vivían en la lejana Orense. Ningún papel, ningún recuerdo han logrado rastrear sus biógrafos más tenaces que nos ilumine o nos diga algo de su intimidad en aquellos tiempos de la guarnición gaditana. Tenía ya veintiséis años y quizá soñó alguna vez con casarse, como otros de sus más brillantes camaradas; pero aquel joven pobre aunque "noble e hijo de capitán" como dice su foja de servicios, no podía ser todavía un buen partido con sólo el menguado sueldo y su insignificante medianía. Gallarda y digna debía ser sin embargo su apostura juvenil y tendría ya, más garboso en el ambiente andaluz, aquel sello a la vez caballeresco y adusto

no incompatible con su clara llaneza militar que habría de enamorar a una niña porteña, años andando, en el salón de los Escalada. Pero era, sin duda, un solitario, un reflexivo impenitente. El ejército había sido su escuela exclusiva después del breve paso por el Seminario de Nobles de donde salió casi un niño para alistarse como cadete en el regimiento de Murcia. Y es buena escuela, la castrense, para ese aprendizaje vital que es el manejo y el conocimiento de los hombres dentro de un encuadramiento disciplinario; para saber estar en el sitio que señala la ordenación jerárquica; para saber mandar y para saber obedecer. El ejército es un poco el Estado; es la fuerza nacional al servicio del orden; es el fiel ejecutor de la soberanía. Por eso desde el ejército se observa siempre la marcha del Estado, con espíritu avizor e interés que acrecienta la propia condición subordinada y el voluntario sacrificio de quienes, sin embargo, se saben garantía de aquel orden.

Dentro del círculo de estos tres deberes militares girarían las reflexiones del capitán de los Voluntarios de Campo Mayor; y sin duda confrontaría la austera concepción de la milicia con el desorden que llegaba de afuera.

Le llegarían los ecos de la tormenta europea que se arremolinaba sobre España, conocería la penuria de esa política vergonzante que arrastraban, impotentes, el valido y los ministros de Madrid, irremisiblemente sujeta a las direcciones del César que acababa de coronarse en París; se informaría con repugnancia de las hablillas de la Corte y sus domésticas miserias; recibiría con dolor las noticias terribles de la guerra y, sobre todo, aquella de la armada que él había visto salir desde Cádiz en busca de una decisión victoriosa, en octubre de 1805, al mando del almirante francés Villeneuve, con la que formaba también la escuadra de Gravina, y que había sido destruida unos días después en Trafalgar, hundiendo para siempre el poderío naval español. ¡Desdichadas las noticias!¿Qué podía hacerse contra el amo de Europa, que acababa de sellar su genio y su gloria en Austerlitz? ¿Y qué esperar del codicioso enemigo después de Trafalgar? Dura, dolorosa alternativa. ¿Cuánto tiempo más sería posible pelear por el rey de España?

Pero es propia de militar y actitud a que obliga la clara meditación, la de no desesperar; la de aguardar hasta el fin, en todo caso, el arribo del tiempo, el instante feliz de la coyuntura. No sólo es un deber que indica la prudencia, es también una norma de justicia, el noble impulso de un corazón leal. Además, acaso habría otro camino...¡Qué buena noticia acaba de llegar de Cádiz! Como nunca distendió su apostura marcial el capitán de los Voluntarios, plantado sobre el muelle de la hermosa bahía y escrutando el lejano horizonte del mar con sus grandes ojos negros, de luciente y poderoso mirar. Porque desde allá procedía la magnífica nueva que le henchía el pecho con orgullo distinto y le embargaba el alma halagándola con una satisfacción desconocida y dichosa, íntima como un hermoso secreto. Sí; desde la casi olvidada Buenos Aires, cuya desvanecida silueta revivía ahora en su memoria: la pequeña ciudad de la Trinidad, sobre

aquellas barrancas, donde sus padres se casaron, desde donde habían venido a este mismo puerto de Cádiz, hacía más de veinte años, siendo niño tan pequeño, con toda su familia, en aquella vieja fragata, la *Santa Balbina*, que se balanceaba sobre las ondas bronceadas del río... ¡Ah, sus valerosos paisanos de Buenos Aires! Sir Home Pophan y Carr Beresford la habían invadido el 27 de junio de 1806 y sobre el fuerte se enarboló el estandarte del rey británico; pero la reacción había sido portentosa, increíble. El 12 de agosto la ciudad estaba reconquistada, y había sido un triunfo del pueblo todo, que se alzó enardecido, y en una jornada memorable la multitud hecha ejército había arrojado al invasor. ¡Cuánto valía pues ese pueblo criollo y español, como él, que mostraba guardar, allá en el más lejano linde de la patria, el antiguo fervor, la vieja fibra de la estirpe! San Martín miraría a su alrededor. ¿No llegaría aquí también la hora del heroísmo popular, la fiera y necesaria explosión en esta grande y postrada España, cuando ese trono resquebrajado se cayera del todo?

Porque la lección que venía del otro lado del mar se adentraba en su espíritu. Demasiado hablaban de libertad las gacetas de Londres; defensor de la libertad, había jurado ser el emperador de los franceses. Pero, entre tanto, los condecorados almirantes de Pitt mostraban la zarpa en América y Napoleón jugaba omnipotente con los reinos de Europa. Ni el francés ni el inglés; ésa era la verdadera decisión.

Todavía quedaba al capitán José de San Martín combatir de nuevo por España, en la hora crítica del drama; con el pueblo español hecho ejército y el ejército de España hecho pueblo para luchar por la libertad. Él aguardaría ese momento con su acostumbrada reserva, sin precipitación y sin desánimo, con limpia voluntad de servicio.

Es cierto que rondaban en Cádiz y en toda España algunos iniciados en los trabajos y en la propaganda que desde Inglaterra venía realizando Francisco de Miranda en favor de la independencia americana. Seguramente conoció esa propaganda, que era sobre todo un alegato contra el absolutismo; y también le habrían llegado las noticias de la expedición del Precursor, en 1806, que soñó con fundar la libertad de Venezuela, pero vio malograrse su famosa aventura en la indiferencia o el repudio de los propios paisanos. Los papeles británicos habían batido el parche a la empresa, que no alcanzó trascendencia efectiva en América, pero la prometida ayuda del gabinete de Londres no había sido ni eficaz ni sincera; y chocaba, por el contrario, con el pensamiento efectivo de Miranda, cuyo fin era "la independencia absoluta de la América" y había escrito a Pophan, a raíz de su derrota en Buenos Aires, en los términos siguientes: "¿ Cómo queréis que dieciocho millones de habitantes establecidos sobre el continente más vasto y más inexpugnable de la tierra, situados a la distancia de cuatro a seis mil millas de Europa y poseyendo tesoros y recursos inmensos, sean conquistados y subyugados hoy por un puñado de gente que viene a mandarles como amos? No, mi querido amigo; la cosa no es practicable ni posible y hoy tenemos la prueba de esta afirmación en el resultado de vuestra empresa".

Si San Martín hubiese leído esta carta, no hay duda de que hubiese convenido totalmente con la terminante apreciación de Miranda. Pero no, él no se había acercado todavía a aquel círculo de iniciados ni había llegado el tiempo que impusiera a su espíritu una decisión semejante.

Finalizaba el año 1807 y otras acciones reclamaban su deber de soldado y animaban su esperanza patriótica. Faltaban pocos meses para la crisis final del reinado de Carlos IV. ¿Cómo no había de presentir la fatalidad de ese derrumbe, que era a la vez una consecuencia y un castigo? Lo preveía con su rigor de lógico implacable y no hay duda de que debió formarse un juicio moral profundamente adverso a unos hombres que presumían apuntalar el trono mientras lo vendían con infamia al extranjero.

Comedia y crisis de Bayona

En el gran drama europeo se complicaba el magnífico ajedrez napoleónico. El emperador de Francia y rey de Italia necesitaba mover nuevas piezas en el tablero. Era preciso cerrar el dispositivo continental tan brillantemente acomodado después de la creación de la Confederación del Rin y de la Paz de Tilsitt. El César del 18 de brumario era ya el Augusto que reconstruía el Occidente; pero el juego imperial tenía exigencias perentorias. Inglaterra seguía señoreando en el mar y he ahí que el pequeño reino de Portugal no acataba el bloqueo, y sus puertos no sólo servían al comercio inglés sino que eran escala y abrigo de su armada.

Era fácil concluir con los Braganzas, pero había que contar, para el obligado paso de las tropas, con los Borbones de España, sus aliados. Por esos días precisamente llegaban a las Tullerías jugosas noticias de Madrid: el príncipe de Asturias, que había soñado locamente con un apoyo inglés para aliviar la ruda mano imperial, cifraba ahora su esperanza en Napoleón y conspiraba contra su propio padre, auspiciado por un fuerte partido deseoso de terminar con el Príncipe de la Paz y su desaprensiva camarilla. ¿No había pensado nada menos que en solicitar la mano de una princesa imperial? ¿Pero por qué Fernando habría de reemplazar a Carlos IV? ¿No sería mejor colocar en Madrid a un Bonaparte, como en Holanda, como en Nápoles? Alguna vez habían conversado sobre esto con Talleyrand, afirma el canciller Pasquier.

Y he aquí que el asunto de Portugal ofrecía la excelente ocasión del jaque doble; y mientras se elaboraba en Fontainebleau el inicuo tratado en que se pactaba la partición del reino lusitano, en el estado mayor del Emperador estudiábase minuciosamente el mapa de España. Cuando el tratado se firmó, el 27 de octubre de 1807, hacia nueve días que las tropas de Francia habían cruzado el Bidasoa; y mientras el ejército aliado, al mando de Junot, invadía Portugal y resolvía la situación en una breve campaña, fuertes efectivos imperiales, más de 100.000 hombres en total, se diseminaban sorpresivamente en la Península y

Darmagnac ocupaba Pamplona, Duhesme se establecía en Barcelona, Dupont en Valladolid, Moncey en Burgos y Thouvenot en San Sebastián. Un verdadero golpe de águilas se había abatido sobre España. Napoleón nombraba para dirigirlas a su propio cuñado Joaquín Murat, gran duque de Berg.

Entretanto, la campaña de Portugal había concluido en quince días. A ella había ido el batallón de los Voluntarios de Campo Mayor, que mandaba el capitán José de San Martín, integrando la división del general Solano. Estaban en el Alentejo, cuya fácil conquista muy poco había costado, cuando se recibieron urgentes órdenes de situarse en Extremadura, sobre el camino de Madrid. Promediaba el mes de marzo de 1808 y en los cuarteles de Badajoz se enterarían de las extraordinarias novedades que habían motivado aquel regreso precipitado.

La operación cesárea había comenzado, y todos en Madrid y en Aranjuez, residencia de la Corte, perdían la cabeza. Godoy, que al fin veía claro el juego imperial y desvanecerse su ingenuo reino de los Algarbes, pedía a Carlos IV se trasladara a Sevilla y a América en caso necesario, como habían hecho los príncipes de Portugal. Fernando, ilusionado con la alianza francesa, creía aún en Napoleón, y sus amigos insinuaron la fea coyuntura filial.

Una cronología inflexible descubre el rápido desenlace de la crisis: el desarrollo perfecto de la partida maquiavélica cuyo final conduciría a Bayona al padre y al hijo.

El 18 de marzo, motín en Aranjuez para impedir al rey que vaya a Sevilla y obligarle a destituir a Godoy. El 19, tras una nueva algarada, abdicación de Carlos IV, y el mismo día, el príncipe de Asturias es reconocido en la Corte como Fernando VII. Pero el 23, el gran duque de Berg se pone en comunicación con el Rey padre y éste envía a Napoleón una protesta en que declara nula su abdicación y le dice: "Yo fui forzado a renunciar". Y el 27, Napoleón al rey Luis de Holanda: "Si te nombro rey de España, ¿lo admites?" Porque ésta es, redondamente, la verdadera solución: "Seguro de que no podré tener paz estable con Inglaterra, he resuelto colocar a un príncipe francés en el trono de España", decía Napoleón en la misma carta.

Y en los primeros días de abril, Savary, aquel cínico Savary que había hecho raptar al duque de Enghien, llegaba a Madrid para dirigir una buena tarea análoga con los Borbones de España. Pues fue realmente un buen trabajo de pinzas aquella marcha a Bayona adonde Napoleón atraía a los príncipes españoles. El 10 de abril se pusieron en camino el ofuscado Fernando y sus todavía más obnubilados consejeros; y el 12, en Burgos, todavía creían que encontrarían a Napoleón viniendo a encontrarles en Vitoria para sellar con su imperial aprobación los hechos consumados en Aranjuez. Pero en Vitoria, el 17 de abril, sólo encontraron una carta muy circunspecta: "Si la abdicación del rey Carlos es espontánea y no ha sido forzado a ella, yo no tengo dificultad en admitirla. Pero deseo conferenciar con Vuestra Alteza Real sobre este particular..." Y aunque los

del cortejo entraron ya en sospecha, Fernando cruzó dos días después el Bidasoa y llegó el 20 a Bayona.

Esa misma noche Napoleón le hacía decir por intermedio de Escoiquiz que tenía por violenta y forzada la renuncia de Carlos IV y que con ánimo de regenerar a España había decidido que los Borbones dejaran de reinar en ella. Y al día siguiente Savary notificaba a Fernando que era preciso renunciar a la corona. El 30 de abril llegaba Carlos IV a Bayona. El 6 de mayo renunciaba Fernando en favor de su padre y el mismo día éste cedía a Su Majestad el emperador Napoleón el trono de las Españas e Indias. El 12 de mayo, respondiendo graciosamente a peticiones que se había hecho remitir por Murat, Napoleón hacía saber que había designado rey de España a su hermano José.

Por la independencia española

Pero España ardía ya por los cuatro costados. El 2 de mayo en Madrid había comenzado heroicamente, con el sacrificio de Daoiz y Velarde, aquel levantamiento general, unánime y simultáneo con que dio comienzo la guerra por la independencia. El pueblo se sublevaba contra la oprobiosa política que se estaba jugando ante su vista y paciencia. La salida de Fernando y los otros infantes despertó su intuición patriótica y previó el resultado aun antes de que los planes de Napoleón se consumaran en Bayona. Y en Asturias lo mismo que en Galicia, en León y en Santander, en Logroño y en Segovia, en Valencia y en Sevilla, en Granada, en Lérida, en Zaragoza, en todas partes, aun donde dominaban las fuerzas del pérfido aliado, las multitudes enardecidas gritaban: "¡Viva Fernando VII y abajo los franceses!", y acuchillaban a los intrusos, vengando en los traidores muchos años de forzada ignominia.

Guerra a muerte sin piedad ni perdón, encarnizada y turbulenta, henchida de pasión, ennoblecida por el sacrificio, fue ésta del levantamiento inicial, como si fuera preciso un mar de sangre para prenda de redención. Guerra a muerte contra el extraño que había avasallado el territorio y robado al rey y guerra irremisible contra el nacional que hubiera tan sólo vacilado en el instante supremo de la decisión popular. Y en las ciudades capitales de los antiguos reinos se organizaron juntas de gobierno que recogían la majestad caída del poder. Y en el ejército de España, los militares que habían vivido tantos años en la sufrida obediencia y contemplado con tristeza el inevitable proceso de la crisis oyeron la instancia clamorosa del pueblo y respondieron al llamado del deber, dando forma eficaz a la resistencia y convirtiendo el alzamiento tumultuario en guerra nacional.

Las tropas del marqués del Socorro habían vuelto a Cádiz desde su acantonamiento en Badajoz, y allí se encontraban cuando estalló la rebelión. San Martín era adicto y amigo de su antiguo jefe y hallábase de guardia en casa del general, que había vacilado ante el requerimiento popular de declarar inmediata

guerra a los franceses. Era el 29 de mayo y las dilaciones de Solano movieron la furia dela multitud, que asaltó la casa buscando venganza en la persona del jefe que no respondía a sus exigencias. San Martín intentó salvarle atrancando el portal y facilitando su fuga, pero fue en vano el generoso empeño que implicaba un verdadero compromiso, pues Solano fue descubierto y ultimado por la turba.

Toda su vida guardaría San Martín memoria viva del atroz episodio, aquella trágica visión de lo que es capaz la multitud incontrolable; y en su cartera, envuelto en un papel que amarillearon los años, conservó hasta su muerte el retrato de aquel general infortunado cuyo sacrificio le había hecho presenciar y recoger la terrible experiencia.

La Junta de Sevilla, que se había declarado "Suprema de España e Indias", organizaba un ejército al mando del general Francisco Javier Castaños y requirió el concurso de las fuerzas de Cádiz, cuya dirección había asumido el gobernador Tomás de Morla. Pronto se utilizaron los servicios del capitán José de San Martín, que una semana después de la muerte de Solano salía para Jaén por orden de la Junta.

Andalucía había sido invadida por el ejército imperial de Dupont, que después de ocupar y saquear a Córdoba se replegaba cuidando su retaguardia mientras Castaños se movía hacia los pasos de la sierra, remontando la línea del Guadalquivir. En su vanguardia, comandada por el marqués de Coupigni, formaba San Martín al frente de una compañía de los Voluntarios de Campo Mayor. Era la madrugada del 23 de junio y, en un reconocimiento de avanzada, los soldados españoles se dirigían a ocupar posiciones en Arjonilla, aldea situada no lejos del río, tras el cual, en Andújar, hallábase el grueso del ejército de Dupont. San Martín, que iba en la vanguardia, dio inmediato aviso al comandante de la fuerza, teniente coronel Juan de la Cruz Murgeón, de haber encontrado una descubierta de los enemigos, pero al recibir orden de atacarlos y no pudiendo verificarlo en el momento, determinó cortarlos por otro camino.

"En consecuencia —decía el parte del marqués de Coupini que publicó la Gaceta Ministerial de Sevilla el 29 de junio de 1808—, se dirigió San Martín por una trocha sostenido por una partida suya de Campo Mayor al cargo del subteniente del mismo don Cayetano de Miranda, y la caballería de su mando, de húsares de Olivencia y de Borbón, cuya fuerza consistía en 21 caballos; con ellos llegó a la casa de postas situada en Santa Cecilia; al llegar allí vio que los enemigos estaban formados en batalla, creyendo que San Martín con tan corto número no se atrevería a atacarlos; pero este valeroso oficial, únicamente atento a la orden de su jefe, puso su tropa en batalla y atacó con tanta intrepidez, que logró desbaratarlos completamente, dejando en el campo 17 dragones muertos y cuatro prisioneros, que, aunque heridos, los hizo conducir sobre sus mismos caballos, habiendo emprendido la fuga el oficial y los restantes soldados, con tanto espanto que hasta los mismos morriones arrojaban de temor, lográndose recoger 15 caballos y los restantes quedaron muertos. Mucho sintió San Martín

y su valerosa tropa se les escapase el oficial y demás soldados enemigos; pero oyendo tocar la retirada, hubo de reprimir su ambición de gloria." La retirada había sido dispuesta por Murgeón al advertir la presencia de un poderoso refuerzo del enemigo. "San Martín, termina el parte, hace un elogio distinguido de toda su tropa, particularmente del sargento de húsares de Olivencia, Pedro de Martos, y del cazador del mismo, Juan de Dios, que en un inminente riesgo le salvó la vida, del sargento de caballería de Borbón Antonio Ramos y del soldado del mismo Antonio Alonso."

Coupigni desde Córdoba escribió a San Martín que el general en jefe había concedido un escudo de distinción a todos los sargentos, cabos y soldados de la partida que bajo sus órdenes habían batido al enemigo; y en cuanto a él, se le enviaba, con fecha 6 de julio, signado por don Francisco de Saavedra, presidente de la Junta Suprema de Gobierno de España y sus Indias en la ciudad de Sevilla, su ascenso a capitán agregado al Regimiento de Caballería de Borbón, "atendiendo al distinguido mérito que habéis contraído en la acción de Arjonillas".

Este bravo encuentro de avanzada fue el bautismo de fuego de San Martín en la guerra de la independencia española, el testimonio inicial de su tributo a la causa nacional. Él señala, además, el paso de San Martín a la caballería y muestra la fibra del brillante oficial en que aparecen las condiciones del jefe lidiando a la par de sus soldados.

Desde Bailén a la Albuera

Arjonilla y otros combates de vanguardia eran los pródromos de Bailén. El general Castaños movía sus fuerzas sobre Andújar y cruzaba el Guadalquivir para librar el 19 de julio la famosa batalla. San Martín, ahora en el Regimiento de Borbón, formaba con la división de Coupigni, que junto a la de Reding sostuvieron el peso más importante de la lucha y fueron los factores decisivos del triunfo. Se combatió desde las cuatro de la mañana hasta pasado el mediodía, en que Dupont, herido y desesperado, pedía una tregua a Reding para rendirse al día siguiente y capitular el 22. Cuando Napoleón supo el desastre de Bailén, escribía el general de Foy, derramó lágrimas de sangre sobre sus águilas humilladas, sobre el honor de las armas francesas ultrajadas; aquella virginidad de la gloria que él creía inseparable de la bandera tricolor se había perdido para siempre, se había roto el encanto, los invencibles habían sido vencidos. ¿Y por quién? Por los que Napoleón consideraba como pelotones de proletarios insurrectos. Sin duda, con su golpe de vista exacto y rápido, penetró en el porvenir; la capitulación de Dupont convertía a la Junta de Sevilla, considerada hasta entonces como un comité de insurgentes, en un gobierno regular, en un poder. Solamente habían pasado dos días desde la entrada en Madrid de José Bonaparte, el nuevo rey de las Españas, con la constitución de Bayona bajo el brazo.

San Martín conquistó en Bailén el grado de teniente coronel de caballería, que la Junta de Sevilla le envió el 11 de agosto. Estuvo después enfermo, pues

el marqués de Coupigni escribíale desde Madrid, ocupada por el ejército de Castaños, felicitándole por el ascenso y formulando votos por su restablecimiento. "Es regular se sepa en ésa y usen los que estuvieron en Bailén la medalla que se nos ha concedido", agregaba el que fue su jefe de división en la batalla.

Es probable que San Martín, ya enfermo a la fecha de esta carta, siguiera al ejército y entrara con él en Madrid, aun cuando Coupigni parece dirigir su misiva a un punto fuera de la capital, tal vez Cádiz o Sevilla; pero en aquel supuesto el flamante teniente coronel habría combatido en la batalla de Tudela, en noviembre de 1808, acción desgraciada para las armas españolas derrotadas por Lannes.

Lo cierto es que la enfermedad fue dilatada y peligrosa, determinando al general a destinarlo como agregado a la junta militar de inspección; en marzo de 1809 el marqués de Coupigni le escribía afectuosamente celebrando su restablecimiento y le invitaba a incorporarse al ejército de Cataluña, cuyo comando acababa de darse a este general. San Martín siguió este consejo y solicitó en Sevilla, el 29 de mayo, que "por estar más aliviado de la peligrosa enfermedad que ha padecido", se le concediera "continuar su mérito en el ejército de Cataluña, a las órdenes del general Coupigni, conformándose con los deseos de dicho general".

Por entonces, según se ve, comenzaría a mortificarle aquella dolorosa enfermedad del pecho que debió soportar toda su vida. Decían los militares informantes en la concesión de este pase: "es notorio que no está totalmente restablecido; pero nos ha manifestado que ya la respiración le permite poder viajar y que desea con ansia volver a la defensa de la actual causa". El traslado fue concedido el 4 de junio.

Tal vez estuvo en Cataluña, pues consta que hizo gestiones para realizar el viaje, pero debió ser por muy poco tiempo, pues en octubre se dispuso el regreso de Coupigni a Sevilla, donde era nombrado, en enero de 1810, cuartelmaestre general del ejército de la izquierda al mando del marqués de la Romana. El 25 de ese mes se designaba a San Martín como ayudante de Coupigni, a quien seguramente acompañó a Portugal y, con tal motivo, debió hallarse con su general en las famosas líneas de Torres-Vedras, tras de las cuales se atrincheraba Wellington, impidiendo a Massena la conquista de Lisboa. Hace pensar en la certeza de esta circunstancia el hecho de que el marqués de la Romana, comandante del ejército de la izquierda, que operaba en Extremadura, decidiera ir a Torres-Vedras con dos de sus divisiones y allí se encontraba en septiembre de 1810; con él irían el cuartelmaestre general y su ayudante, pues consta en una información promovida en Cádiz por San Martín, el 28 de febrero de 1811, que acababa llegar de Lisboa y debía pasar a Valencia acompañando a Coupigni. Pero este nuevo viaje no debió realizarse porque en marzo de 1811, después de la batalla de Chiclana, Coupigni reemplaza al general de la Peña. Iriarte recuerda en sus *Memorias* haber visto entonces, por primera vez, recorriendo con el nuevo jefe las líneas que defendían a Cádiz, al edecán teniente coronel de caballería José de San Martín.

Y como las divisiones de Cadiz, al mando superior del general Blake, partieron casi en seguida hacia Extremadura, donde se unieron a los ingleses que comandaba Beresford, el antiguo conquistador de Buenos Aires en 1806, es muy probable que San Martín participara en la sangrienta batalla de la Albuera, muy cerca de Badajoz, librada victoriosamente contra los imperiales del mariscal Soult el 16 de mayo de 1811.

He aquí, necesariamente escueto y obligadamente conjetural en algunas etapas, el itinerario de San Martín después de Bailén. Es que no existen, o no se han publicado, noticias ciertas ni testimonios documentales que permitan por ahora la reconstrucción integral y minuciosa de lo que debió ser su diario y permanente tributo a la guerra de la independencia durante tres años intensos de duro y obstinado batallar contra las fuerzas superiores, casi incontrastables, que se abatían sobre España. No se conocen los últimos detalles de su foja de servicios, y hay un manuscrito original del propio San Martín donde dice: "la hoja de servicios hechos en la última guerra y el despacho de comandante agregado al regimiento Dragones de Sagunto, con fecha 26 de julio de 1811, son los únicos documentos que faltan y que no pude recoger por hallarse mi regimiento, a mi salida de Cádiz, en Castilla la Vieja".

De todos modos, los hitos que han podido señalarse al trazar la línea de aquel itinerario son suficientemente reveladores de la importancia de sus servicios y de la calidad de su aporte pariótico. Cuando el marqués de Coupigni le escribió invitándole a ir con él al ejército de Cataluña, lo hizo —dice textualmente— "porque aprecio el mérito y los buenos oficiales"; y cuando San Martín, aceptando la invitación de su jefe, gestionó el traslado, a pesar de no estar aún totalmente restablecido de su penosa enfermedad, manifestó que "desea con ansias volver a concurrir a la defensa de la actual causa".

Ante la crisis del régimen

Treinta y tres años tenía San Martín a mediados de 1811, después de la batalla de la Albuera, y más de veinte de continuada milicia, tres de los cuales en una guerra que no fue solamente combatir con las legiones del capitán del siglo, sino también obligada actuación en el centro de aquella conmoción social provocada por un levantamiento sin precedentes, en que todo un pueblo acompañaba a las tropas regladas en la lucha "por la causa", como él mismo decía; y que alcanzaba en el orden interno, cada vez con dimensiones más agudas y multiformes, la extrema gravedad de una crisis política y religiosa.

Pues no fue solamente una preciosa experiencia militar lo que proporcionó a San Martín aquella guerra. Había asistido personalmente o las había conocido de cerca, a todas las vicisitudes del conflicto desde aquel día de Cádiz en que

contempló horrorizado el sacrificio de su jefe y amigo, el general Solano, sacrificado por la enfurecida multitud. Ahora, en 1811, otra vez en Cádiz, pero esta vez dentro del recinto sitiado por el enemigo, donde se asentaba, con una suprema energía e indomable voluntad de resistencia, el último reducto de la soberanía, depósito sagrado por cuya defensa todos luchaban fieramente conservándolo para el amado Fernando, prisionero en Valençay, San Martín evocaría, con su acostumbrada precisión, aquellas cruentas vicisitudes, no sólo las que había afrontado en las propias andanzas sino también las que habían determinado el borrascoso panorama general en que no únicamente el triunfo aparecía como lo más difícil, aunque la enorme capacidad de heroísmo y sufrimiento del pueblo español permitía vaticinarlo en el incierto futuro.

Era la historia misma la que le estaba prodigando su enseñanza A él, americano, cuya preocupación se extendía a todas las lindes del imperio, y que quizá desde 1806 tenía más tenazmente en su memoria recordando aquella magnífica hazaña de sus paisanos del Río de la Plata, cuando arrojaron al invasor inglés, a ese mismo Beresford que ahora peleaba por España y a quien acababa de ver en Torres-Vedras y en la Albuera. Tumultuosamente, uno tras otro, interfiriendo o modificando la propia trascendencia, habían transcurrido los últimos sucesos, agolpándose como en un vértice de angustiada pasión desde la memorable victoria de Bailén, esperanza gloriosa y frustrada de una rápida decisión. Recordaba los trances diversos de la guerra, esas tres largas campañas que fueron también otras tantas jornadas de constante agitación política y social, una tremenda y verdadera revolución en la que se veía envuelta toda España y en cuyo seno habían ido larvándose opuestas direcciones que ahora hacían crisis violenta en estas Cortes de Cádiz, recién reunidas.

Y se ajustaba en su memoria el engarce de los hechos esenciales: la entrada triunfal de Castaños en Madrid, después que el rey José debió abandonarla buscando seguridad detrás del Ebro, y la constitución en Aranjuez, en septiembre de 1808, durante los días de su enfermedad, de aquella Junta Central Gubernativa del Reino, que se hacía llamar Majestad y en la cual se hallaban representadas todas las juntas provinciales; el optimismo con que marcharon a reconquistar el territorio los ejércitos recién formados para chocar con la terrible y vengativa reacción napoleónica, que derramaba sobre España ejércitos y mariscales, las mejores tropas y sus mejores jefes, para reparar el insulto de Bailén. El propio Emperador, presente en Vitoria desde el 4 de noviembre, recibía las noticias de aquella nueva e incontenible irrupción, que batía a Castaños en Tudela y a Blake en Espinosa de los Monteros, reabriendo en Somosierra las puertas de Madrid y obligando a la Junta Central a trasladarse a Badajoz primero y a Sevilla después. ¡Dolorosas jornadas las de ese trágico final de 1808, cuando capitulaba Madrid el 4 de diciembre y se disolvían los ejércitos en derrota y el enfurecido pueblo se tomaba horrorosos desquites con aquellos pérfidos afrancesados que ahora preparaban su mejor sonrisa para recibir de nuevo al rey José!

Pero también, como hecho el más patente de la impresionante realidad, el ejemplo magnífico de la fibra nativa, del patriotismo heroico que se alzaba en todas partes ennobleciendo las audaces empresas de guerrilleros y partidarios; sacrificios de inaudito valor como el de aquel fantástico Palafox, encerrado en los muros de Zaragoza y resistiendo, increíblemente empecinado, los renovados ataques de un sitio terrible.

Y después, a lo largo de toda la campaña de 1809, las mismas angustias y los mismos sobresaltos, la misma extraordinaria y dramática experiencia, la suerte varia de una guerra que Napoleón no lograba resolver en los cinco o seis frentes distintos de aquella resistencia interminable; hasta que al fin, en noviembre, el desastre de Ocaña dejaba libre a los franceses la puerta de Andalucía, y la Junta Central, de nuevo ante la visión de la derrota, debía retirarse de Sevilla para instalarse en la Isla de León, a las puertas de Cádiz, en febrero de 1810.

Pero aquí, bien de cerca, como para completar su experiencia, la visión de la crisis política y el inevitable derrumbe de un gobierno minado por facciones irreconciliables; discutido por las Juntas provinciales; acusado por los propios partidarios, en cuyo seno se ahondaba la división entre quienes querían conservar íntegro para Fernando el pretendido depósito del poder absoluto y los que anhelaban la inmediata convocatoria de las Cortes para que en ellas una representación nacional más auténtica ciñera a ese poder dentro del molde constitucional con las nuevas formas que eran ya la ilusión del siglo.

Y caía la Junta Central, donde predominaba esta tendencia, para ser sustituida el 29 de enero de 1810 por una Regencia que asumía, con tanto derecho como aquélla, la socorrida representación del ausente monarca, mientras continuaba encendido, violento, ceñudamente procaz, el debate faccioso que escindía en dos campos de rivalidad permanente a liberales y absolutistas. El Consejo de España e Indias, última institución del régimen antiguo, había calificado a la Junta Central de poder ilegítimo y usurpador; ahora la Junta provincial de Cádiz pretendía controlar a la Regencia, y cuando ésta convocaba a las Cortes, alguno de sus miembros, el mejicano Lardizábal, expresó después en un manifiesto que si la Regencia las había jurado y reconocido, el 24 de septiembre de 1810, fue obligada por las circunstancias y porque el pueblo y el ejército se habían decidido en su favor.

Entretanto, más allá de los cañones y de la línea inexpugnable del Sancti Petris, el mariscal Víctor mantenía tenazmente el sitio; y se luchaba en Portugal, donde las tropas de Massena se detenían ante Torres-Vedras; y en Extremadura, en la Mancha y en Valencia, y en toda España en realidad, donde los guerrilleros mantenían vivo el fuego de la insurrección. Las discusiones de Cádiz tenían diversa repercusión en el ejército, determinando lastimosas defecciones, pero eran reflejo fiel de la honda revolución que en verdad se vivía.

¿Sería posible volver al antiguo sistema después de este alzamiento nacional? ¿No habían quebrantado los hechos algunas rancias instituciones que pugnaban

por subsisir? ¿Podría volver la paz, aun ganada la guerra contra el invasor extranjero, como no fuera al precio de la paz dictada por la facción vencedora en esta contienda de irrenunciables convicciones políticas que era, en lo profundo, una verdadera divergencia espiritual y en no pocos una dramática lucha religiosa? Porque si los afrancesados en la Corte de Madrid se adaptaban al pensamiento, a los usos y a las leyes impuestas por el César de la Revolución, entre los liberales de las Cortes de Cádiz imponíase también el espíritu de la Revolución. Además había que contar con Fernando. ¿Qué haría el rey cuando volviese a retomar el poder de la majestad, que había caído de sus manos y había sido recogido y guardado al precio de tanta sangre por las Juntas, primero, por la Regencia después, y ahora, por las Cortes que acababan de proclamar residía en ellas la soberanía nacional? ¿Qué uso iría a hacer de su real prerrogativa? Y si su vuelta suponía la derrota de Napoleón, ¿no era acaso fácil prever, como anunciaban con acritud los adversarios de las Cortes, la instalación futura de un régimen absolutista y el consiguiente desahucio de quienes ya proyectaban para el reino su pregustada constitución liberal? ¿Cuál iba a ser en definitiva la fórmula de salud?

La crisis íntima

Arduas incógnitas que al promediar el año 1810 se complican todavía con muy graves noticias que llegaban de América. En Caracas, en Buenos Aires, en Nueva Granada, los pueblos habían asistido desde lejos, pero llenos de expectante ansiedad, a las contingencias dolorosas de la guerra y habían percibido, quizá con visión más aguda de la de quienes se movían en su inevitable confusión, la crisis política determinada por los sucesos de Bayona y el exilio de Fernando y todos sus hermanos. Y deducían de esos hechos la caducidad del antiguo ordenamiento y la ninguna legitimidad para detentar el poder de los gobiernos que de facto y sin deliberación especial del rey se habían ido sucediendo en la Península.

¿Qué facultades había tenido la Junta Central para establecer la Regencia? Y si España no existía en la dominación de Fernando, era en el pueblo donde debía recaer el poder de la majestad para constituir un gobierno representativo de la soberanía. Estas o parecidas palabras se habían pronunciado en Buenos Aires en un Cabildo Abierto, el 22 de mayo de 1810, y habían fundamentado la decisión popular que declaró caduca la autoridad del virrey y había constituido un gobierno propio. Pero en esa disidencia doctrinal y en el hecho cierto de la escisión palpitaba sin duda, con poderosa energía, un afán de independencia, el anhelo de un pueblo llegado a la madurez, capaz de autodeterminación y libertad.

La meditación de San Martín se convertía ahora en crisis íntima, en apremiante necesidad de opción, porque la valerosa decisión estaba indicando un nuevo rumbo de la historia; porque era la concreción de un anhelo que él sabía animaba a muchos de sus paisanos, en esta misma Cádiz, y sobre el cual platicaban en reuniones sigilosas donde se recordaba la persistente prédica de Miranda y se cavilaba sobre si había llegado la hora de su realización.

¿Y no era acaso cierta la tesis de Buenos Aires? ¿No estaba viendo él, delante de sus ojos, la patente verdad de la crisis? ¿Y no estaba también ahí, terriblemente cierto, el otro peligro de la imperial dominación napoleónica, cuyo despotismo había hecho trizas a España y a toda Europa, haciendo aparecer como una odiosa mentira los postulados de igualdad, libertad y fraternidad que antes alardeaban defender las bayonetas republicanas? ¿Y acaso este mismo ideal revolucionario, ensangrentado por el regicidio, el terror y la tiranía, no había hecho otra cosa que dividir y anarquizar a un país que guardaba vivas y potentes sus propias tradiciones, abriendo cauces siniestros a una guerra civil inevitable? ¿No se podría salvar, en el otro lado del mar, en su nativa América, la suerte y el destino de aquellos pueblos que ahora se mostraban tan dignos de la libertad como de la independencia? ¿No era también salvar la suerte y el destino de la civilización que la propia España había implantado en ellos, de la cultura que había promovido, de la estirpe que renacía en la pujanza de sus hijos? ¿Y no tendrían allá realización posible los ideales nuevos y no sería obligación sagrada responder a un llamado que removía tan hondamente las más íntimas fibras de su ser, porque era un llamado de la tierra que no podía desoír? ¿No sería ésa la consigna de su nuevo deber?

San Martín se resolvió. Su decisión fue limpia y hermosa, reflejo fiel de la lealtad que siempre tuvo consigo mismo. Años después, en plena campaña de la emancipación americana, él recordaría este momento con palabras que trasuntan, en su elocuente brevedad, la emoción indudable del gesto y la adhesión profunda con que asumió aquel mandato de su destino: "Yo servía en el ejército español en 1811. Veinte años de honrados servicios me habían atraído alguna consideración sin embargo de ser americano. Supe la revolución de mi país, y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a su libertad".

El soldado de América

Porque de esto se trataba, y muchos como él, americanos residentes en Cádiz, pensaban que había llegado la hora en que era necesario luchar por la independencia de sus respectivos países. San Martín nunca mencionó el funcionamiento en Cádiz de la Logia de los Caballeros Racionales, así llamados según una ingenua declaración del mejicano Mier ante el Tribunal de la Inquisición que le interrogaba: "porque nada es más racional que mirar por su patria sus paisanos"; pero no puede dudarse sobre su existencia ni sobre la participación prominente que tuvo en sus deliberaciones. En la carta al mariscal Castilla, de 1848, que contiene una recapitulación de su carrera, limitóse a recordar: "En una reunión de americanos en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc., etc., resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha que calculábamos se habría de empeñar".

Ni hay duda que esta Logia hallábase en vinculación, por lo menos ideológica, con los grupos que se reunían en la antigua casa de Miranda, en Londres. A ella pertenecían, entre otros, Carlos de Alvear, José Matías Zapiola y José Miguel Carrera. Mucho se ha discutido y se seguirá discutiendo sobre las probables conexiones masónicas de esas agrupaciones secretas. No hay ninguna constancia documental, carencia fácil de imaginar, y aun se duda con fundamentos serios de que las reuniones de Grafton Street fueran tenidas masónicas. Los más autorizados biógrafos de Miranda avalan esta aseveración, y uno de ellos, Parra Pérez, sintetiza el asunto de esta manera: "Una hipótesis que no contradice el resto de las actividades de Miranda consiste en que fundó en Londres una sociedad que se desarrolló hasta convertirse en influyente asociación de revolucionarios hispanoamericanos, y se llamó la Logia Lautaro". Lo que salta a la vista es su carácter político y la finalidad de luchar por la independencia americana que movilizaba la acción y la propaganda de sus adherentes. Usaban, es cierto, los formulismos secretos y el ritual de aquel tipo de sociedades, pero ambos tenían, según ha podido traslucirse, modalidades propias, vinculadas a sus fines que no eran dogmáticos ni siniestros como los de la masonería, lo que explica la adhesión de sacerdotes como Anchoris y como aquel fray Servando, por cuyas declaraciones ya recordadas sobre los Caballeros Racionales de Cádiz algo ha podido averiguarse al respecto. Éste era, por otra parte, el método, puede decirse, obligado y tan dentro del estilo y las circunstancias de la época. En el propio ejército español existían multitud de logias, algunas masónicas y otras de carácter puramente político, entidades secretas que asumieron cada vez mayor importancia e influencia con el creciente predominio que los liberales iban obteniendo en las Cortes.

San Martín era entre todos los que por aquel tiempo tomaron su decisión el de más recia personalidad. Estaba entonces en el esplendor juvenil de su virilidad, formada en la dura escuela de la milicia; era ya un jefe aunque en el grupo fuera quizás el de mayor circunspección y asumiera la reservada apostura propia de su modestia.

En septiembre de 1811 después de cumplir los trámites necesarios para su viaje, que probablemente facilitó su jefe y amigo el marqués de Coupigni, y de obtener un pasaporte para Londres, San Martín abandonaba Cádiz para siempre. Poco después, en la capital británica, se volvía a encontrar con algunos de sus

compañeros de la logia que, como él, habían resuelto unirse a la guerra de independencia del país natal. Allí encontró también a varios compatriotas, entre ellos, a Manuel Moreno y Tomás Guido, que habían integrado la misión confiada por la Junta de Buenos Aires a su ilustre secretario, Mariano Moreno, fallecido durante el viaje a través del Atlántico, y sobre cuya acción en el movimiento de Mayo y la marcha de éste daríanle minuciosas informaciones.

Después, acompañado por Alvear y Zapiola, visitó la casa que había habitado Miranda en Grafton Street, donde ahora se alojaban Andrés Bello y Luis López Méndez, representantes del gobierno de Caracas. Allí, cuenta Zapiola, volvieron a ratificar el juramento lautarino. Y en enero de 1812, San Martín con Alvear, Zapiola, Chilabert, Holmberg, Arellano y Vera, se embarcaba en la fragata *George Canning* rumbo al lejano Río de la Plata.

Poseíalo ya enteramente el afán de dar comienzo concreto a la misión por cuyo cumplimiento triunfante había hecho anticipado sacrificio de su persona y de su vida, ofrendándole la íntegra consagración de su capacidad y sus potencias espirituales. Confiaba en los resortes de su voluntad, que él sabía poderosos, y los sentía acicateados durante el largo viaje por la meditación prolongada sobre la práctica realización de sus propósitos y las posibilidades de su acción. Sabía lo que iba dispuesto a dar de sí, lo que debería exigir de los demás, el método con que habría de adecuar a la realidad de aquella América su experiencia de soldado de Europa. Preocupábale especialmente el estado en que hallaría la marcha de los sucesos en Buenos Aires, pensando que todo debería ser subordinado al objetivo supremo de la independencia, razón de ser exclusiva que le movía a incorporarse a la empresa de conquistarla.

II

EN LA REVOLUCIÓN DE LAS PROVINCIAS UNIDAS

Buenos Aires, 1812

Cuando San Martín llegó a Buenos Aires, el 9 de marzo de 1812, graves preocupaciones consumían al gobierno ejercido entonces por el Triunvirato. Tras el ímpetu inicial que había llevado triunfantes las armas de la Revolución hasta los confines del antiguo Virreinato sobrevinieron dificultades que trababan su marcha y se oponían tenazmente a su expansión. La suerte de la guerra hallábase preñada de peligros y no era clara la unidad del frente interno. No hacía aún un año desde el funesto desastre de Huaqui, que había ocasionado la pérdida de las ricas provincias del Alto Perú, ahora en manos del enemigo, que avanzaba hacia el sur obligando al ejército patriota a retroceder hasta Humahuaca donde era dudoso si podría sostenerse. Los planes del enérgico virrey del Perú se diseñaban netamente en esa ofensiva, que pretendía llegar hasta Córdoba, unirse en el Paraná con las fuerzas de Elío en Montevideo, y aplastar en su centro a los insurgentes de Buenos Aires. Osada intención, pero muy factible si la oposición no resultaba vigorosa. El gobierno acababa de enviar al general Manuel Belgrano a hacerse cargo de aquel ejército con órdenes de mantener una estricta defensiva; y el virtuoso patriota, que unos días antes de recibir la orden había enarbolado por vez primera, en unas baterías emplazadas frente al Rosario, sobre el río Paraná, el símbolo azul y blanco, marchaba hacia el Norte en los mismos días en que San Martín llegaba a Buenos Aires.

El Paraguay, donde había fracasado el año anterior la expedición conducida por el mismo Belgrano, obligado a capitular por los realistas, escapaba a la autoridad del gobierno, a pesar de haber depuesto a su antiguo gobernador-intendente y constituido una junta propia que sólo se había avenido a firmar un tratado que importaba, prácticamente, la segregación. Pero quizás el mayor peligro estaba en el Este, en Montevideo, bastión de la resistencia de los realistas, cuya escuadra señoreaba el río y bloqueaba a Buenos Aires, porque esa plaza podía recibir en cualquier momento poderosos refuerzos y constituirse en cabeza

de puente de una invasión. Hallábase a su frente el famoso don Francisco Javier de Elío, a quien la regencia de Cádiz había discernido el título de virrey del Río de la Plata. Su presencia obligaba a seguir con gran cautela el complicado juego diplomático a que Inglaterra, aliada de España en la guerra contra Napoleón, se veía constreñida a desarrollar, a fin de favorecer como era, sin duda, su designio la independencia de los americanos. Además, un ejército portugués a las órdenes del general Souza permanecía en el territorio de la provincia oriental, hecho que señalaba las viejas aspiraciones lusitanas a incorporarlo a su soberanía. El gobierno de Buenos Aires seguía atentamente esa situación y acumulaba tropas sobre el Uruguay para reforzar el ejército comandado por Rondeau, y a cuyo frente iba a ponerse, ya estaba decidido, su propio presidente de turno, don Manuel de Sarratea.

No eran menos graves las preocupaciones motivadas por el frente interno. Después de la disolución de la Junta Grande, en septiembre de 1811, el Supremo Gobierno Ejecutivo, que ése era el nombre verdadero del llamado Triunvirato, se había dado un reglamento, el Estatuto Provisional, con arreglo al cual desenvolvía su actuación pero que preveía la realización de un congreso, cuya convocatoria dilataba "para cuando lo permitan las circunstancias", constituyendo, en cambio, una fuerte autoridad centralizada, a la que debían obedecer sin discrepancias y sin ninguna participación todos los pueblos del interior. Era un verdadero comando central revolucionario en el que predominaba la enérgica personalidad de Bernardino Rivadavia, secretario que reemplazaba frecuentemente a los triunviros.

A todos animaba, sin duda, el propósito de la independencia, pero la conducción política era vacilante y cautelosa. Precisamente en esos días el gobierno acababa de desautorizar a Belgrano por el gesto de crear una bandera nacional: "La situación presente, se le escribió con tal motivo, como el orden y consecuencia de principios a que estamos ligados exige por nuestra parte, en materias de la primera entidad del Estado, que nos conduzcamos con la mayor circunspección y medida; por eso es que las demostraciones con que inflamó V. E. a las tropas de su mando, esto es enarbolando la bandera blanca y celeste, como indicante de que debe ser nuestra divisa sucesiva, las cree este gobierno capaz de destruir los fundamentos con que se justifican nuestras operaciones y las protestas que hemos anunciado con tanta repetición y que en nuestras relaciones exteriores constituyen las principales máximas políticas que hemos adoptado"... Es que todavía se invocaba a Fernando VII, pensando que con ello se facilitaba la ayuda de los británicos, y ésa era, además, la conducta que recomendaba lord Strangford desde Río de Janeiro.

San Martín se había presentado a los triunviros solicitando la aceptación de sus servicios y su incorporación en el grado militar que correspondiera, de acuerdo con su foja de servicios en el ejército español. No debieron causarle muy buena impresión, y ellos quizás escrutarían con disimulada reticencia al recién

venido. Muchos años conservó en su memoria el desagrado de esta entrevista singular; todavía se acordaba del episodio en 1848 cuando le remitió al presidente Castilla del Perú, aquella carta autobiográfica: "Yo llegué a Buenos Aires a principios de 1812: fui recibido por uno de los vocales con favor y por los dos restantes con una marcada antipatía". ¿Quiénes serían esos dos vocales? Seguramente Rivadavia, con quien la antipatía fue mutua y perdurable, y que actuaba en ese momento reemplazando a Paso; y probablemente Chiclana, porque de Sarratea conservó siempre buen recuerdo. El 16 de marzo en atención a sus antecedentes y a sus "relevantes conocimientos militares", sobre los cuales había informado el coronel Viana y Marcos Balcarce, jefes del Estado Mayor, el gobierno le nombraba teniente coronel efectivo de caballería y "comandante del Escuadrón de Granaderos de a caballo que ha de organizarse".

Entretanto, preocupaba al Triunvirato, además de los afanes determinados por la guerra, la estabilización del propio orden interno, bastante conmovido durante aquel mes de marzo de 1812. Se trataba de reunir la primera asamblea general convocada de acuerdo con el sistema establecido en el Estatuto Provisional. Cesaba el semestre de Paso, y correspondía sustituirle. Por donde, el primer espectáculo que ofreció a San Martín aquel gobierno, fue el de verle entregado a la febril preparación electoral para constituir un cuerpo, cuya composición entregaba decisiva preponderancia a Buenos Aires sobre el resto del país y, en realidad, un verdadero manejo discrecional a quienes ejercían el poder.

La opinión pública estaba verdaderamente conmovida, y los periódicos, sobre todo Bernardo Monteagudo en la *Gazeta*, encendían las pasiones con la virulencia de su crítica. El gobierno dio un bando terrible, prohibiendo cualquier exceso y suprimió la subvención a la *Gazeta*, actitud que contestó Monteagudo, fundando el *Mártir o Libre*, que apareció clamando contra toda suerte de tiranías el 29 de marzo. La asamblea se reunió el 6 de abril, en la capilla de San Roque, y eligió vocal del Triunvirato a Juan Martín de Pueyrredón, sin duda el candidato del gobierno, y en quien sus antecedentes revolucionarios de la primera hora se unían al reciente prestigio alcanzado en la difícil y notable retirada del ejército del Norte, cuyo comando debía dejar en manos de Belgrano. Pueyrredón se incorporó al gobierno a fines de abril, justamente cuando Sarratea partía a hacerse cargo del ejército en la Banda Oriental; y de esta manera Rivadavia seguía integrando el Triunvirato, dándole el tono de su energía voluntariosa y arrogante, que tanta oposición le concitaba, e imprimiendo su dirección a una política que la opinión juzgaba equivocada por mucho que el grande hombre del Fuerte multiplicara sus decretos.

Granaderos y logistas

San Martín se hallaba ya en el seno de la doble acción que se propuso

desarrollar de inmediato. En primer término debía cumplir con su deber de militar y organizar la fuerza armada que el gobierno le había encomendado; en segundo lugar aspiraba a adquirir una situación de efectiva influencia, que le permitiera el cumplimiento de los fines determinantes de su incorporación a la lucha por la independencia del país. Rápidamente había abarcado el panorama de la guerra y del gobierno, con certero golpe de vista, comprendiendo que era necesario provocar la solución política que diera rumbo cierto a la Revolución. Y así, juntamente con la labor de organizar a los granaderos, dio comienzo a otra tarea de un orden político trascendente, destinada a dar nervio e impulso a la conducción gubernativa.

El 17 de marzo, día siguiente al de su nombramiento, presentaba el plan para la formación del primer escuadrón que serviría de base al famoso regimiento de "Granaderos de a Caballo", como decía el decreto; y empezó en seguida, en el cuartel del Retiro, los afanes precisos y menudos de una instrucción rigurosa y ejemplar. Eligió uno por uno a sus oficiales, y les impuso un reglamento de honor de estrictez espartana, con exigencias que chocaban a veces con la moral ambiente, según se lo previno en cierta ocasión, con su noble franqueza, el general Belgrano. Carlos de Alvear era el segundo jefe, y entre los nombres del primer cuerpo de oficiales figuraban los de Domingo Albariño, José María Urdininea, Hipólito Bouchard, Mariano Necochea, José Luis Pereyra, Manuel Soler, Lino Raimudo de Arellano, Anselmo Vergara, Ladislao Martínez, Ángel Pacheco, Juan Manuel Blanco, Carlos Bownes, Rufino Guido y José Hilario Basavilbaso. Sobre la base de aquel primer escuadrón organizó después otros dos más, creándose con ellos el Regimiento de Granaderos a Caballo, cuyo comando ejerció desde entonces con el grado de coronel a que el gobierno le promovió el 7 de diciembre de 1812.

Pero este gobierno que lo ascendía en el mes de diciembre no era ya el mismo que lo había designado en el mes de marzo. Mucho tenía que ver este cambio con la otra actividad a que se había entregado San Martín, al mismo tiempo que disciplinaba a los granaderos.

A mediados del año, algún tiempo antes de la dura represión de la conjuración de Álzaga, se creaba en Buenos Aires, por inspiración de San Martín, la Logia Lautaro, entidad secreta cuyo objeto ostensible, según afirma Mitre, era "trabajar con sistema y plan en la independencia de la América y su felicidad, obrando con honor y procediendo con justicia". Sus procedimientos, tomados de la organización masónica, aunque parece fuera de duda que sólo fue una asociación política, hacían de ella un instrumento de acción secreta extraordinariamente eficaz y poderoso para quienes estaban a su frente y utilizaban a sus miembros, ligados por un juramento de obediencia y reclutados en los medios más responsables del gobierno, del ejército y de la sociedad, para el cumplimiento de sus fines de dirección o predominio. Si se piensa que cuando alguno de los "amigos" resultaba elegido para el gobierno del Estado no podía tomar por sí y

sin el consentimiento de la Logia, resoluciones graves ni designar diplomáticos ni jueces ni jefes de ejército ni gobernadores de provincia, resulta fácil comprender el carácter y grado de influencia que se disponían a ejercer en la marcha de la Revolución los fundadores de la Logia Lautaro.

El pronunciamiento de octubre

Un plan semejante no podía llevarse a cabo con el gobierno en que primaba omnipotente la autoridad de Rivadavia, y no es difícil concebir que la recién fundada Logia se plegara en seguida a la creciente oposición que se cernía sobre el Triunvirato. Monteagudo en la Sociedad Patriótica y en los fogosos artículos de su periódico exaltaba a la opinión pública; se reprochaba al gobierno su falta de apoyo al ejército de Belgrano y las repetidas órdenes de retroceder que le había enviado para que esquivara una acción decisiva frente al enemigo invasor; y se lo hacía aparecer como una facción dispuesta a eternizarse en el poder. De todo se hacía leña para avivar el fuego. En días anteriores a la conspiración de Álzaga, cuando se vivía también con la grave inquietud provocada por la presencia de un ejército portugués en la Banda Oriental y crecían los rumores de un alzamiento español apoyado por el general Souza y las fuerzas de Montevideo, Monteagudo increpaba de esta suerte a los triunviros: "El principal delincuente que resulta de esta causa es el gobierno, que por su vergonzosa debilidad, por su falta de sistema, por su apática conducta, por su fanática lenidad, autoriza los delitos y provoca a los delincuentes, ofreciéndoles la salvaguardia de la impunidad"...

Éste era el tono de la propaganda externa mientras los resortes ocultos del movimiento que provocaría un cambio de régimen se ajustaban en la Logia y en los comandos de algunos regimientos. La ocasión se presentó con motivo de la asamblea general de octubre que debía elegir nuevos vocales del gobierno, uno para reemplazar a Sarratea, cuyo mandato cesaba, y otro para completar el período de Chiclana, que había renunciado. Se repitieron los manejos electorales de abril, y la oposición, que vio la imposibilidad de llegar al gobierno por la vía legal, precipitó entonces el movimiento revolucionario que venía preparando. Eran los primeros días de octubre, y acababa de llegar a Buenos Aires una gloriosa noticia procedente de Tucumán. El general Belgrano, contrariando las órdenes del gobierno de retirarse a Córdoba, había decidido presentar batalla al ejército realista, derrotándolo completamente el 24 de septiembre, y había salvado al país de la invasión.

A la una de la mañana del 8 de octubre la plaza de la Victoria era ocupada por las tropas de la guarnición. Estaban allí el Regimiento Nº 2, al mando de Ortiz de Ocampo; los Escuadrones de Granaderos a Caballo con San Martín y Alvear a su frente; y el Cuerpo de Artillería a las órdenes de Pinto. Poco a poco se fueron difundiendo los rumores de la sedición, y la plaza se llenaba de grupos civiles

dirigidos por Monteagudo y Julián Álvarez. Los cabildantes, en la alta noche, eran convocados por Azcuénaga, gobernador-intendente de la ciudad, que se prestaba así al pedido de los jefes militares. Entretanto, los sorprendidos triunviros—Pueyrredón arrogante, don Bernardino terriblemente indignado con el triunfo de "los militarcitos"—, enterados del suceso y sin posibilidad de resistirlo, abandonaban sus casas, ocultándose sigilosamente para prevenir presuntos atropellos.

Reuniéronse al fin los regidores y ante ellos Monteagudo, en nombre del pueblo, leía una representación en la que después de hacer el proceso del gobierno caído pedía al Cabildo que reasumiera la autoridad que aquél le había delegado el 22 de mayo de 1810, exigiendo, además, que previa destitución del gobierno y disolución de la asamblea, se creara de inmediato un poder ejecutivo provisional y se procediera sin demora a convocar una asamblea general. Veinte minutos era el término que se daba al Cabildo para acceder a la representación popular.

Pero el ayuntamiento vacilaba y consultó con los jefes militares que le instaron a asumir aquella inesperada responsabilidad; nuevas vacilaciones obligaron a Ocampo primero y a San Martín después a exigir una resolución perentoria. Ésta fue adoptada designando el Cabildo a las personas que debían componer el nuevo gobierno provisorio: Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte. Estos nombres que, naturalmente, habían sido sugeridos al Cabildo, fueron después ratificados por el pueblo congregado bajo sus arcadas. Además, debería convocarse a una asamblea general dentro de los tres meses, con obligación de formar una constitución provisoria y juzgar como supremo tribunal de residencia a todos los que hubieran ejercido el poder ejecutivo desde el 25 de mayo de 1810.

Seis meses justos cumplíanse ese día desde aquél en que San Martín había desembarcado en Buenos Aires; y helo ahí después de la revolución de octubre dueño de la influencia poderosa a que aspiraba para imprimir al levantamiento de su país aquel carácter de lucha por la independencia, propósito esencial de su incorporación a un movimiento que requería ímpetu nuevo y dirección capaz de apresurar con energía la obtención de esa finalidad.

Así lo había entendido desde el principio y sabía que ésa era también la aspiración de todos, incluso la de aquellos gobernantes que ahora desalojaba del gobierno. El espectáculo de ese día de octubre ratificaba su convicción y era una prueba más del espíritu que animaba al pueblo de Buenos Aires y del país entero, cuyas vicisitudes y ansiedad conocía; cuya situación general había estudiado con minuciosidad y con amor; a cuyos entusiasmos y a cuyas angustias estaba ya íntimamente vinculado por el conocimiento de sus hombres principales, por la frecuentación de sus núcleos más espectables, por el trato con esos bravos granaderos que regimentaba en el Retiro y que procedían de todas las regiones del país.

Es cierto que la marcha de los gobiernos había sido azarosa y no se había adelantado mucho en el camino de la victoria; pero esa misma dificultad y, sobre todo, aquella guerra cruel que movieron contra Buenos Aires los jefes de la Regencia había cavado muy hondo la fosa ya insalvable que separaba a los dos bandos. Repasaba en su memoria los hechos de la historia reciente. Tres o cuatro veces desde el 25 de mayo de 1810 el pueblo de Buenos Aires había dado el mismo espectáculo de aquel día de octubre. Pueblo y ejército habían estado unidos en los momentos decisivos, cuando creyeron a la patria en peligro o en la necesidad de rectificar el rumbo de los gobiernos. Con los patricios de Saavedra el 25 de mayo; con los húsares de Rodríguez el 5 y 6 de abril; con el regimiento de Ocampo cuando los tumultos de septiembre; ahora con sus granaderos. Y siempre los mismos propósitos, la misma fe, idéntica esperanza, que se traducían en el valor con que engrosaba la recluta para marchar a los frentes de combate; en la adhesión fervorosa a los dirigentes populares de la revolución; en los cantares del pueblo, que tantas veces oyera surgiendo a través de las rejas de las casonas señoriales, entonados por dulces voces de mujer o elevándose por sobre los tapiales florecidos de madreselvas desde el patio de los ranchos, cuando retornaba del cuartel del Retiro, al trote largo de su caballo, por la calle de Santa Rosa o por el borde de la Alameda:

Sudamericanos
mirad ya lucir
de la dulce patria
la aurora feliz...

Sí, estaba ya identificado del todo con sus paisanos cuyo entusiasmo por la causa que él había venido a servir, que era la causa de América, acrecentaba su vinculación al país de su nacimiento, como si en su ser, incoercibles y llenas de un nuevo ardor, después de tantos años de ausencia, recobraran su imperio nativo las raíces telúricas. Además, y ésa era la íntima alegría que alborozaba su corazón, el gozo profundo y sereno de esos días en que su optimismo recibía tan fuertes estímulos, él hacía ya parte de la sociedad de Buenos Aires, porque unas semanas antes se había casado con Remedios de Escalada, hija de uno de los hogares más preclaros de la ciudad. Carlos Alvear había presentado a San Martín en la tertulia de don Antonio José de Escalada, donde el comandante de los granaderos, hijo de la lejana Yapeyú, conoció a la niña porteña y nació el idilio que unió sus almas de por vida y consagró el sacramento por mano del canónigo Chorroarín, después que ambos comulgaron, en la Catedral, el 19 de septiembre de 1812.

Problemas de la Asamblea del año XIII

Después del 8 de octubre el gobierno multiplicaba febrilmentesu afán para dar cumplimiento a las consignas de la revolución que lo había llevado al poder. El tono de los decretos era otro, se hablaba ahora con franqueza de la gran cuestión de la independencia y se proyectaba un régimen constitucional. El 24 de octubre se convocaba a elecciones de diputados para la Asamblea General que debía reunirse en enero, y los nuevos triunviros evidenciaban sus fines con absoluta claridad: "Ésta, sin duda, debe ser la memorable época en que el pueblo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, abriendo con dignidad el sagrado libro de sus eternos derechos, por medio de libres y legítimos representantes, vote y decrete la figura con que debe aparecer en el gran teatro de las naciones", decían en el preambulo del decreto y agregaban que "resignarían el mando en las manos que una legítima elección señale enteramente contentos con la gloria y el honor de haber conducido a los pueblos del Río de la Plata a la dignidad de una nación legítimamente constituida". En el mes de noviembre designaban a una comisión formada por Chorroarín, Agrelo, Herrera, Gómez, Somellera, García y Vieytes para que, asociados, preparasen las materias que habrían de ser presentadas a la Asamblea, formando, al mismo tiempo, un proyecto de constitución digno de someterse a su examen.

En los frentes de guerra la situación era francamente favorable, pues, mientras se estrechaba el sitio de Montevideo después del triunfo del Cerrito, que habían obtenido las fuerzas del general Rondeau el 31 de diciembre, el ejército de Belgrano en el Norte marchaba sobre Salta donde el enemigo, al parecer repuesto de su derrota en Tucumán, parecía dispuesto a afrontar una nueva batalla.

Pero, en realidad, estos hechos eran solamente buenos auspicios iniciales para la prosecución de una empresa que habría de exigir supremos esfuerzos y audaz perseverancia. Bien debía advertirlo San Martín en sus reflexiones sobre el plan de acción que correspondía seguir. Es cierto que la Logia había impuesto una dirección política definida y era indudable que la próxima Asamblea General a reunirse en enero habría de consagrar la decisión radical de la independencia y tal vez resolver sobre la organización constitucional; pero no había dejado de percibir sutiles disidencias y aun abiertas discrepancias en el seno mismo de la facción triunfante, en el propio organismo creado para señalar el rumbo y dirigir la aplicación sistemática de aquel programa.

Señalábase dentro del grupo la creciente ambición política de Alvear, su compañero de la primera hora desde que hicieron juntos el viaje para ofrecer sus servicios a la revolución y cuando decidieron fundar la Logia Lautaro y derribar al gobierno del primer Triunvirato; el amigo que le había introducido en los salones de Buenos Aires y había apadrinado su matrimonio con María de los Remedios. Esa actitud creaba círculos de atracción pero también originaba

resistencias, determinando un juego político cuyos peligros advertía con inquietud. Los hombres apartados del gobierno eran sin duda poderosos e influyentes, patriotas de la primera hora, con arraigo en la sociedad y prestigio en el pueblo. ¿No sería acaso ahondar más las pasiones y extremar las disidencias hasta hacerlas irreductibles, ese manejo político absorbente de su joven colega, que ya había comenzado a propiciar en el seno de la Logia la concentración unipersonal del poder ejecutivo? ¿No estaban a la vista aquellas disidencias como la demostrada sin ambages por el triunviro Juan José Paso?

Había, pues, que apresurar la acción; estos ajetreos de la política interna le desazonaban cada vez más a medida que penetraba en el ambiente y observaba el cruzarse de los intereses y la puja de los grupos; presentía los conflictos que iban necesariamente a presentarse y la demora que implicarían para realizar los grandes fines que constituían su obsesión. Tampoco podía ocultársele a él, que había vivido las horas más crueles de la experiencia española y había visto cómo la crisis política derivaba en conmoción social y la guerra de independencia en una honda revolución popular, la necesidad de observar atentamente la actitud de los pueblos y su manera de reaccionar ante las directivas de un gobierno que tal vez no consultaba debidamente su idiosincrasia o sus deseos. Por eso su gran bandera y el urgente reclamo de su espíritu era la independencia, sobre la cual habría de implantarse en seguida un orden interno fuerte y disciplinado como convenía a la situación presente. Alguna vez anticipó este juicio en la tertulia del doctor Anchoris, donde ciertos logistas que hacían ya parte de la Asamblea, discutían gravemente sobre los modelos constitucionales del tiempo.

San Lorenzo

En el orden militar había objetivos inmediatos que urgía resolver para que el gobierno se hallara en condiciones de promover la gran campaña de la independencia de América. ¡Qué lejos todavía parecía estar ese momento? Ahora había que enviar refuerzos a Belgrano para lograr la reconquista del Alto Perú; y era indispensable abatir cuanto antes el gran bastión realista de Montevideo, acabar con esa permanente amenaza de la Revolución que albergaba dentro de sus muros, hasta el presente inexpugnables, a una fuerte y decidida guarnición y cuyo puerto era la base segura de operaciones de su escuadra, que dominaba el río, obstaculizaba el comercio, bloqueaba a Buenos Aires y cometía todo género de hostilidades en las poblaciones de una extensa costa sin defensa.

El gobierno reclamó pronto los servicios de San Martín para una de esas urgencias del orden militar. Era necesario poner coto a las incursiones de los marinos de Montevideo que remontaban el río Paraná, en tren de corso muchas veces, capturando como presas los barcos que comerciaban con el Paraguay o haciendo fructíferos desembarcos para robar ganados que reforzaban el abastecimiento de la plaza sitiada.

Hacía mucho tiempo, desde que fracasó en San Nicolás a principios de 1811 la primera escuadrilla de Buenos Aires al mando de Azopardo, que tales incursiones se repetían impunemente y constituían un grave peligro incluso para establecer una base de operaciones militares en la costa del Paraná en conexión con Montevideo y en aptitud de servir a la ofensiva realista del Norte, felizmente detenida por Belgrano. Las baterías del Rosario habían dado poco resultado y más de una vez la flotilla realista había esquivado los fuegos de la establecida en Punta Gorda. Se pensó entonces extremar la vigilancia e infligir un duro castigo a las tropas de desembarco.

Llegaron noticias de Montevideo anunciando que una escruadrilla sutil había zarpado rumbo al Paraná, y el 28 de enero de 1813 el gobierno impartía instrucciones al coronel de los granaderos a caballo para que partiera de inmediato a proteger la costa amenazada.

Ese mismo día salía San Martín de Buenos Aires con 125 hombres. Era la primera vez que iba a batirse en su tierra y al frente de los hijos de la tierra, que él había adiestrado en el Retiro para afirmar con las armas la decisión de su libertad. Marcharon por el camino de la costa, de noche, para que el adversario no observase la vigilancia de que le hicieron objeto apenas divisaron a la flotilla navegando en conserva cuando penetró por las bocas del Guazú. Pasaron por San Pedro y San Nicolás, que habían sido asaltados y saqueados en el mes de octubre, y al cabo de dos jornadas llegaron al Rosario, cuyas baterías se habían desguarnecido. El 2 de febrero la escuadrilla estaba anclada frente al convento franciscano de San Carlos, que se alzaba sobre la barranca del río, un poco más arriba de la posta de San Lorenzo, y en la noche de ese día llegaba al lugar la implacable columna perseguidora.

Cuando en el amanecer del 3 de febrero las tropas de desembarco, unos 250 soldados de infantería al mando del capitán Juan Antonio Zabala, escalaron las sendas que conducían a la costa, alta y acantilada, y formaron en el campo que se extendía ante el convento para iniciar en seguida la marcha hacia él, distante unos trescientos metros, al son de pífanos y tambores que resonaron marciales y vibrantes despertando a la luminosa mañana, surgieron de pronto, desde las dos alas del edificio, incontenibles en el desbocado galope, desnudos y lucientes los afilados sables de combate, los dos escuadrones de granaderos a caballo que aquella noche habían hecho la vela de sus armas detrás de los muros del monasterio. San Martín dirigía el ataque por la izquierda y el capitán Bermúdez por la derecha. Se encontraron en el centro de las sorprendidas columnas del enemigo, desorganizadas y rotas por aquella carga fulminante y mortífera. En tres minutos se decidió el combate; al cuarto de hora, el sol apenas más alto iluminaba el campo de San Lorenzo, cuyo verde trebolar se esmaltaba de rojo con la sangre de los caídos. Los enemigos en derrota se habían refugiado en los barcos; los granaderos volvían a formar sus escuadrones; San Martín, a la sombra de un pino, redactaba el parte de la victoria.

La política de Alvear

En Buenos Aires le esperaban plácemes y disgustos. "Loor y gratitud a estos dignos defensores de la patria que en el primer ensayo de sus fatigas militares ha dejado la memoria de sus heroicos esfuerzos en los corazones de sus conciudadanos y en el ánimo de los enemigos de la libertad, la idea del temor y del escarmiento. Éstos recordarán con espanto el 3 de febrero de 1813, y los patriotas consagrarán este glorioso día a la admiración que inspira el valor de los héroes." Así escribía el redactor oficial de la *Gazeta* en el estilo del tiempo. El gobierno premiaba a los vencedores y decretaba pensiones a las viudas de Bermúdez y Díaz Vélez, que cayeron en la pelea. En la gran puerta del cuartel del Retiro mandaba colocar un cuadro en que se leía esta inscripción: "Juan Bautista Cabral murió heroicamente en el campo del honor". Era la gratitud de la patria hacia un bravo correntino que había venido a alistarse con los granaderos de San Martín y que actuó en San Lorenzo con valeroso denuedo salvando la vida de su jefe en uno de los trances más dramáticos de la cruenta refriega.

Pero desde el punto de vista político el desarrollo subsiguiente de los sucesos mostraría a San Martín la acentuación del espíritu de partido en el seno de los recién llegados al poder. En la Logia y en el gobierno era ya incuestionable el predominio de Carlos Alvear, a quien acababa de designarse presidente de la Asamblea General, inaugurada el 31 de enero, mientras él marchaba hacia San Lorenzo. La augusta corporación había hecho sus primeras declaracionescon estilo que seguramente le recordaría al de las Cortes de Cádiz; y había proclamado que en ella residía la representación y soberanía de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Pocos días después, el 20 de febrero, modificaba la composición del triunvirato ejecutivo confirmando a Nicolás Rodríguez Peña y a Antonio Alvarez Jonte, pero eliminando a Juan José Paso, que era sustituido por José Julián Pérez. Se dictaban leyes de inconfundible cuño republicano, que anticipaban, sin duda, la formal declaración de independencia y la instauración de un nuevo régimen.

Pero la modalidad centralizadora y absorbente del grupo alvearista creaba las resistencias que había temido y levantaba críticas y prevenciones que se extendían a los pueblos. Si proponérselo, porque le repugnaba la política y no tenía vocación de jefe de partido, vino a quedar al frente de quienes en la Logia, en la Asamblea y en el gobierno se oponían al avance de aquella bandería. Y esto era para él motivo de honda mortificación. ¿Acaso sus fines en el movimiento de octubre habían sido otros sino precisamente los de eliminar a las facciones y promover la unión bajo un gobierno consagrado exclusivamente a la emancipación? Además, como presidente de la Logia, aparecía en el hecho desairado estando en evidente minoría quienes se congregaban alrededor de su persona. Observaba los manejos del grupo dirigente y sin duda reprochaba la

conducta que siguió al hacer rechazar por la Asamblea a los diputados orientales, a quienes Artigas había dado instrucciones terminantes, que coincidían con su pensamiento, de proclamar de inmediato la independencia. Era un paso en falso que sin duda traería disensiones en los pueblos, y San Martín creía que era necesario contar con los pueblos.

Sí; estaban muy bien los decretos de la Asamblea, esa postura liberal y republicana que se exaltaba en las proclamas y se exhibía en el gorro frigio estampado en los papeles con el sello de la soberanía. Él era también liberal y comprendía que en el nuevo siglo se aventaran muchas cosas caducas del antiguo régimen; pero advertía en el país realidades que no podían ser llevadas por delante. Creía más en la acción que en las bellas teorías, porque era cualquier cosa menos un ideólogo. Unos años después, en una carta que muestra la intimidad viva de su pensamiento, él diría: "De muy poco entiendo, pero de política menos que nada, y como escribo a un amigo de toda mi confianza me aventuraré a esparcir un poco de erudición gabinetina. Al efecto haría mi introducción de este modo, propio de mis verdaderos sentimientos: 'Un americano, republicano por principios e inclinación, pero que sacrifica esto mismo al bien de su suelo'..."

Entretanto debía aguardar las perspectivas que ofreciese el plan a desarrollar por el gobierno. Belgrano había triunfado decisivamente en Salta, el 20 de febrero, y se abría un amplio horizonte para recuperar el Alto Perú. Estudiábase con prolijidad en el Estado Mayor y en Juntas de Guerra en las que participaba con su consejo militar los problemas del ataque definitivo contra Montevideo, que aparecía como lo más urgente.

Consagrado a tareas militares volvía las espaldas con desapego al juego envolvente de la política de Alvear, cuyo equipo tenía en Monteagudo a su corifeo más ruidoso y a Juan Larrea, Valentín Gómez y Gervasio Posadas como dirigentes más visibles en la Asamblea. Había sido designado jefe de las tropas que defendían a la capital, pero en los granaderos no estaba ya Alvear, a quien se había dado el comando del Regimiento Nº 2, que contaba con los mayores efectivos. Recabó varias veces del gobierno se aumentaran las plazas del suyo, pero no pudo conseguirlo, y finalmente, el 1º de septiembre, reiteró su renuncia al mando general de las fuerzas de la ciudad expresando lo siguiente: "Siendo la caballería el arma principal que debía obrar con ventaja en caso de invasión, creo de absoluta necesidad el ponerme a la cabeza de mi regimiento, tanto por mis conocimientos en esta arma como por la opinión que debo merecer de un cuerpo que he creado y he formado. Así es que si V. E. quiere esperar ventajas de la caballería, es indispensable el que me ponga al frente de ella y de consiguiente la imposibilidad del mando general de las fuerzas y atenciones de la capital"."Yo ofrezco a V. E. —concluía— que con sólo el cargo de mi regimiento podrá dar un día feliz a la patria."

Estos dos hechos traducían no solamente una especie de desánimo, sino la posición real de su positivo apartamiento de quienes ejercían la conducción

política, no obstante seguir siendo el presidente de la Logia y sin duda el jefe militar de mayor concepto.

Su renuncia al mando de la capital fue enviada el 1º de septiembre. Unos días antes, el 19 de agosto, Antonio Álvarez Jonte, único de los triunviros que correspondía con sus pensamientos, había concluido su período, siendo reemplazado por Gervasio Posadas; dos meses después la inhabilidad mental sobrevenida a José Julián Pérez hizo necesario sustituirle, y el elegido fue Juan Larrea. El equipo de Alvear reinaba, pues, omnipotente al tiempo que llegaban del norte halagüeñas noticias del ejército de Belgrano, que después del triunfo en Salta había invadido el Alto Perú estableciendo su cuartel general en Potosí y promoviendo la insurrección en todas las provincias del altiplano.

"Con usted se salvará la patria"

Pero la esperada victoria resultó una trágica derrota. Belgrano se había movido en busca del ejército realista, que mandaba el general Joaquín de la Pezuela, a fin de decidir una contienda de cuyo éxito dependía la posibilidad de marchar hasta Lima, según los cálculos del gobierno. El 1º de octubre lo encontró en la pampa de Vilcapugio y la suerte de las armas le fue adversa; y el 14 de noviembre era de nuevo vencido en Ayohuma, no quedando al infortunado general otro recurso que el de retirarse con el resto de las fuerzas hacia Jujuy, donde logró hacer alto favorecido por las guerrillas patriotas que obstaculizaron la persecución del enemigo.

Debió haber gran capítulo en la Logia Lautaro cuando estas desgraciadas noticias sucedieron a la que no hacía dos meses había anunciado la ofensiva del general Belgrano. Parecía evidente la necesidad de relevar a este jefe que, por otra parte, se había anticipado a hacer renuncia de su cargo. La determinación era singularmente grave y presentaba, además, la oportunidad de proveer el comando del ejército del Norte con uno de los dos altos jefes pertenecientes a la Logia: San Martín o Alvear. Se pensó antes en este último, pero la decisión final recayó en San Martín.

Afirma Mitre que Alvear, "recapacitando sin duda que era peligroso abandonar a San Martín la supremacía de la Logia, cedió a éste el poco envidiable mando de un ejército derrotado. San Martín comprendió que se trataba de alejarlo para anular su influencia; pero pensando quizá con más madurez que luchaba en terreno desventajoso para él y que en definitiva la supremacía sería del vencedor en los campos de batalla, se decidió a marchar al Perú y abandonó a su rival el imperio de la Logia. Alvear le acompañó hasta la salida de la ciudad y al separarse dijo a sus amigos riéndose alegremente: "¡Ya cayó el hombre!"

Lo cierto es que con fecha 3 de diciembre de 1813 el gobierno le enviaba una nota a San Martín en la que le decía: "Consecuente a los desgraciados sucesos

de nuestras armas en el Perú se ha resuelto en acuerdo de hoy nombrar a V. S. para jefe de la expedición que debe marchar en auxilio de aquellas provincias", agregando, en las instrucciones, que debía emprender la marcha dentro del preciso término de seis días, en la siguiente forma:"Los artilleros y granaderos con las carretillas de municiones saldrán en piquetes de cincuenta hombres por la posta, bajo cuyo concepto se han aprontado los auxilios de caballos y víveres según se ha prevenido al administrador de correos, y los infantes se conducirán en carretas".

El 16 de diciembre se le remitía el nombramiento de mayor general del Ejército Auxiliar del Perú en reemplazo de Díaz Vélez, cargo que implicaba la calidad de segundo jefe del ejército. Parece evidente que San Martín había opuesto objeciones al relevo de Belgrano. Nicolás Rodríguez Peña, miembro del gobierno, le escribía privadamente, el 27 de diciembre, una carta que delata el lenguaje logístico: "Tenemos el mayor disgusto por el empeño de usted de no tomar el mando en jefe, y crea que nos compromete mucho la conservación de Belgrano. Él ha perdido hasta la cabeza y en sus últimas comunicaciones ataca de un modo atroz a todos sus subalternos, incluso a Díaz Vélez, de quien dice que para cuidar la recomposición de armas será bastante activo y a eso lo ha destinado. Remito la carta del amigo Guido, que es la más circunstanciada que hemos logrado de los sucesos de Ayohuma. Allí se verán ustedes y espero que le harán variar de propósito. Hágame usted el favor de dar mi muy afectuosas expresiones a todos los hers. y disponga del afecto de su apasionado amigo Q.B.S.M. N. R. Peña".

Pero San Martín opinaba de muy otro modo que el triunviro sobre las cualidades del noble Belgrano, con quien desde tiempo atrás mantenía cordial correspondencia y a quien enviaba vistas y consejos de orden militar.

El viaje hacia el Norte le proporcionaba la primera oportunidad de conocer el país, a medida que por el polvoriento camino de la posta contemplaba el paisaje. En las primeras jornadas, agobiantes bajo el sol de enero, sólo fue la llanura interminable cuya inmensidad solitaria semejaba a la del mar. Iba hasta la frontera del Tucumán a ponerse al frente de un ejército en derrota y desmoralizado, sin otros recursos que los de la tierra que pisaba, y ése sería también su primer contacto con aquellos hombres que desde 1810 luchaban en los confines de la patria sosteniendo a la revolución.

Duro trabajo le esperaba. En Tucumán lo alcanzaría una carta de Posadas, en la que reiteraba la decisión del gobierno de confiarle el mando en jefe del ejército: "Exige el bien del país que por ahora cargue usted con esa cruz". Pero también recibía otra de Belgrano, desde Humahuaca:"Mi corazón toma un nuevo aliento cada instante que pienso que usted se me acerca, porque estoy firmemente persuadido que con usted se salvará la patria".

Sí; bien sabía él ambas cosas: las dos ideas atenaceaban su espíritu durante el viaje, acrecentando cada vez más la contenida impaciencia con que había

estado esperando el llamado de la acción. Ambas le mostraban con patética nitidez la índole excelsa y la exigencia inexorable de la misión que se había impuesto. ¿Qué otra cosa significaban esa cruz que le enviaba Posadas y la esperanza en él cifrada por Belgrano, sino su voluntario sacrificio para salvar a la patria y la convicción de lo que él se sentía llamado a hacer por ella?

Una recapitulación de San Martín

Pronto se cumplirían dos años desde que había llegado a Buenos Aires y recapitulaba los hechos salientes de la marcha seguida hasta entonces por la Revolución. Valoraba la experiencia que ahora le ofrecía un mayor conocimiento de los hombres del país y de sus actitudes, a veces tan diversas de las del grupo dirigente de la capital; discernía, tratando de penetrarlos con rigurosa objetividad, sobre los datos más auténticos que la realidad circundante le había proporcionado; y sobre todo calculaba la importancia de las noticias que llegaban del exterior y su repercusión probable en los destinos de América. Pues todo era para él, desde el principio, objeto de minuciosa y apasionada captación, de apreciación segura y meditada. Era un analista sagaz que meditaba sus conclusiones con la responsabilidad del jefe que debía conocer en qué medida los hechos habrían de interferir en sus propósitos.

Quizá no veía aún muy claro el papel que iba a desempeñar en el frente del Norte, pues su inquietud le hacía pensar con preocupación en el giro y en las alternativas de la política de Buenos Aires. Recordaba el plan categórico de la Logia Lautaro con aquellos amigos que ahora parecían obstinarse en aplazarlo; la decisión por la independencia fue el claro resorte de su triunfo cuando depusieron, el 8 de octubre de 1812, a un gobierno cuya actuación creían dilatoria, sujeta a los hilos de la diplomacia británica y encandilada por el rumbo liberal de las Cortes de Cádiz que lord Strangford insinuaba como posibilidad de un avenimiento con España.

Volvía a examinar, para afirmarse en su postura, el proceso ambicioso que llevaba a Alvear a un prematuro encumbramiento; pero se detenía en las consecuencias disgregadoras de esa política, cuyas nuevas dilaciones la hacían sospechosa y cuya actitud frente a quienes se le oponían debía necesariamente suscitar la desconfianza de los pueblos, ya evidenciada en no pocas expresiones violentas de rebeldía. ¿Por qué había rechazado la Asamblea a los diputados del coronel Artigas, jefe indudable de los orientales, que venían con instrucciones de hacer declarar la independencia? ¿Acaso no había que tener en cuenta esos anhelos, tal vez no manifestados hasta ahora con mayor vehemencia en el Río de la Plata como por ese pueblo, campesino y viril, que seguía por todas partes al enérgico caudillo, cuya pertinacia y reciedumbre le hacían recordar a aquellos guerrilleros de la Península, que se plantaban engreídos ante las Cortes o se reían

de los doctores de Cádiz mientras vertían su sangre por Dios y por la patria combatiendo como leones contra los franceses?

¿Por qué se demoraban la independencia y la constitución? ¿Qué había querido significar Monteagudo, vocero de Alvear, en plena sesión de la Asamblea, cuando haciendo alusión a los desastres del Norte indicó la conveniencia de no adelantar nada en materia constitucional?¿Adónde iban a parar aquellas disidencias? ¿Se haría indispensable otro 8 de octubre?

Para él no era dudoso el camino y veía claramente que los hechos deberían consumarse con la tajante decisión de las armas. ¡Cómo indicaban la urgencia de realizarla las noticias que llegaban de España! La guerra contra la invasión napoleónica había continuado cruenta y enconada en los diversos frentes de combate; pero desde mediados de 1812 la fortuna acompañaba al arrojo de las fuerzas de España, ayudadas vigorosamente por el ejército de Wellington. En agosto de aquel año se había levantado el sitio de Cádiz y después de notables triunfos obtenidos por los aliados en Extremadura y en Castilla, en el último junio los franceses habían sido derrotados decisivamente en Vitoria. Declinaba la estrella de Bonaparte después de la desastrosa campaña de Rusia y debía enfrentar a la gigantesca coalición que se había formado en Europa para abatir su predominio; y finalizaba este año 1813 mientras sus huestes en España buscaban las rutas de la frontera para abandonar el territorio.

San Martín había seguido estas noticias con ansiedad, feliz ante la liberación de la Madre Patria, que alejaba al mismo tiempo de América al "tirano de la Europa", pero comprendiendo las consecuencias que este hecho iba a importar. Más que nunca, pues, había que apurar el esfuerzo por la independencia americana, cuya justicia y necesidad se le aparecían asimismo más patentes que nunca frente al espectáculo de las facciones, que junto con la vicoria parecían acrecentarse en las Cortes de Cádiz. Había observado reflexivamente ese proceso y veía en él confirmadas sus previsiones de 1812, cuando comprendió que sólo con su emancipación podía salvar América la salud y el orden tradicionales, irremediablemente lanzados en España a las contingencias de una lucha cuyo símbolo se exhibía en aquellas tristes banderías de liberales y serviles que ahora, con el suceso de las armas, permitían presagiar una sombría reacción absolutista.

Además, a su salida de Buenos Aires no eran buenas las noticias enviadas por el doctor Bernardo Vera, agente de las Provincias Unidas ante el gobierno de Chile. Avisaban sobre los esfuerzos del virrey Abascal al sur de ese país y se reclamaba el envío de más tropas auxiliares argentinas, a las que miraban los chilenos "como el único apoyo de su libertad en medio de la horrible anarquía que padecen".

San Martín recordaba este informe, comentado en la Logia antes de su partida, y mientras proseguía la interminable marcha hacia el Norte, miraría pensativamente al Occidente, que podría ser muy pronto un peligroso flanco de la patria.

En el ejército del Norte

A medida que llegaba a su destino iba recibiendo una repetida correspondencia de Belgrano, que estaba ya en Jujuy, desde donde le decía en una carta del 25 de diciembre: "De los enemigos diré a usted que se hallan en Tupiza y Suipacha... Aquí estoy haciendo mi papel con un puñado de fusiles y tengo mi avanzada de cerca de 200 hombres en Humahuaca, treinta leguas de aquí, y voy a poner una partida de 25 facinerosos con un sargento desaforado que se les vaya hasta sus inmediaciones y les haga la guerra por cuantos medios se le ocurran para que no crea el enemigo que abandonamos todo". Y en otra, desde la Ciénaga, el 14 de enero: "Seguiré mi marcha mañana si la terciana me diese tiempo; pues deseo que organicemos lo que podamos a la mayor brevedad; es una desgracia que bajen de 500 a 600 hombres del enemigo y no los agarremos a todos". Desde Juntas, estando ya en Santiago del Estero, le llegó un pliego oficial, del 21 de enero, en que Belgrano le ordenaba se pusiese en marcha para Tucumán, donde debería darse a reconocer como segundo jefe del ejército.

Los dos generales se encontraron en Yatasto; pero casi en seguida se debió dar cumplimiento a la reiterada orden del gobierno que le enviaba el grado de coronel mayor y disponía su nombramiento de general en jefe del Ejército del Perú.

El gobierno quería investigar la conducta militar de Belgrano y pedía a San Martín hiciera saber al jefe en desgracia que sin pérdida de instantes se pusiera en camino hacia la ciudad de Córdoba "y cuando hubiese llegado a ese destino diera cuenta a la Supremacía para impartirle las órdenes convenientes al mejor servicio del Estado". Firmaba esta orden perentoria Gervasio Antonio de Posadas el 5 de febrero de 1814. Era ya director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Por segunda vez, fuera o no coincidencia, se operaban decisivos cambios políticos durante su ausencia. La primera vez, cuando la instalación de la Asamblea, hacía justamente un año, y la elección de Alvear para presidirla, estaba él marchando hacia San Lorenzo. Ahora se había realizado en Buenos Aires la concentración del poder, con la que él no había estado de acuerdo porque sabía el móvil político que la determinaba o sea el definitivo predominio en el gobierno de la facción de Alvear.

Éste haría alusión, años después, a esa actitud de San Martín: "El coronel San Martín había sido enviado a relevar al general Belgrano y la salida de este jefe de la capital, que habíase manifestado opuesto a la concentración del poder, me dejaba más expedito para intentar esta grande obra"... "Yo hubiese querido que Larrea hubiese sido el jefe supremo; era, sin duda, el más apto en las circunstancias, pues que a sus ideas elevadas se unía un alma fuertemente templada. Pero él mismo convino en que su calidad de español lo inhabilitaba para ejercer esta

magistratura. En seguida se dirigieron nuestros votos sobre el doctor don Valentín Gómez, que a la moralidad de su conducta reunía un talento distinguido. Pero no pudo vencerse su repugnancia porque su calidad de eclesiástico la miraba como un obstáculo insuperable"... "Fue preciso fijarse en don Gervasio A. de Posadas, que a la mucha opinión que disfrutaba se unió también que el gobierno deseaba en la variación que se iba a efectuar la autoridad recayese en un miembro de su seno para que, de este modo, no se pudiese interpretar había sido obligado a ceder sino que él mismo generosamente se había apresurado a adoptar una medida que traía utilidad al país. Allanados todos los obstáculos el mismo Poder Ejecutivo pasó un nota a la Asamblea invitándola a esta variación, y don Gervasio Posadas fue nombrado director supremo del Estado".

El hecho es que el alvearismo se afirmaba vigorosamente en el gobierno. Los otros dos vocales del disuelto Triunvirato ejecutivo pasaban a las primeras posiciones del nuevo ordenamiento: Rodríguez Peña a la presidencia del Consejo de Estado y Larrea al Ministerio de Hacienda. Alvear asumía el comando militar de las fuerzas de la Capital y se aprestaba a dirigir la definitiva empresa sobre Montevideo.

Así se consumaba una brillante operación política, que daba el gobierno a una facción, sincera sin duda en su inspiración patriótica pero obstinada en su centralismo autoritario; indecisa y dilatoria en el cumplimiento de los planes primitivos de la Logia Lautaro, postergando *sine die* la declaración de independencia y la labor constituyente; resuelta a eliminar de grado o por fuerza la divergencia de Artigas; y resuelta a manejar al país dentro de aquel sistema de unidad que, en el mes de septiembre, la había movido a enviar en comisión al interior del país a Ugarteche y Álvarez Jonte para que "procurasen impresionar con destreza a los pueblos contra las supuestas ventajas del federalismo"...

San Martín dio principio a sus tareas de general proclamando al ejército el 30 de enero de 1814 con las siguientes palabras:"Hijos valientes de la patria: El Supremo Gobierno acaba de confiarme el mando en jefe del ejército; él se digna imponer sobre mis hombros el peso augusto pero delicado de su defensa. Soldados: confianza, subordinación y valor. Yo, al admirar vuestros esfuerzos, quiero acompañaros en los trabajos para tomar parte en las glorias. Yo voy a hacer cuanto esté en mis alcances para que os sean menos sensibles los males. Vencedores en Tupiza, Piedras, Tucumán y Salta, renovemos tan dulces, tan heroicos días. La patria está en peligro inminente de sucumbir. Vamos, pues, a salvarla".

No hay duda que el peligro era de gravedad extrema. El ejército no estaba en condiciones de afrontar una ofensiva del enemigo, si éste hubiese realizado sus propósitos de acelerarla y provocar cuanto antes una poderosa diversión que fuese en auxilio de la apurada plaza de Montevideo, que a tanto aspiraban las directivas del virrey de Lima.

Pero Pezuela había debido dejar terribles adversarios a sus espaldas, que

siguieron hostilizádole bravamente después de Vilcapugio y Ayohuma. Sus flancos eran jaqueados de continuo por Warnes y Arenales desde Santa Cruz de la Sierra, y en todo el país que iba dejando atrás su retaguardia, desde Cochabamba hasta el Cuzco, bullía la insurrección indígena, alentada por los partidarios patriotas, que habría de estallar poco tiempo después conducida por el valiente Pumakahua. Además, la frontera de Salta era infranqueable. Estaba allí Martín Güemes y la guerra gaucha se iniciaba con audaz ardimiento e incontrolable eficacia. El adversario no acertaba a ser dueño ni del terreno que pisaba.

"He dicho a usted mi secreto"

San Martín captó de inmediato la situación y emprendió en Tucumán la tarea de reorganizar al maltrecho ejército del Norte, restaurando severamente su disciplina y manteniendo su moral mientras acosaba a Posadas con pedidos de fuerzas y suministros.

Pero el 22 de marzo le escribió esta carta a Nicolás Rodríguez Peña:

"No se felicite, mi querido amigo, con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta; no haré nada y nada me gusta aquí. No conozco los hombres ni el país y todo está tan anarquizado que yo sé mejor que nadie lo poco o nada que puedo hacer. Ríase usted de esperanzas alegres. La patria no hará camino por este lado del Norte que no sea una guerra permanente defensiva, defensiva y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar en otra cosa es echar al Pozo de Ayrón hombres y dinero. Así es que yo no me moveré ni intentaré expedición alguna. Ya le he dicho a usted *mi secreto*. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para acabar también con los anarquistas que reinan; aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar Lima; ése es el camino y no éste, mi amigo. Convénzase usted que hasta que no estemos sobre Lima la guerra no se acabará. Deseo mucho que nombren ustedes alguno más apto que yo para este puesto: empéñese para que venga pronto ese reemplazante, y asegúreles que yo aceptaré la intendencia de Córdoba. Estoy bastante enfermo y quebrantado; más bien me retiraré un rincón y me dedicaré a enseñar reclutas para que los aproveche el gobierno en cualquiera otra parte. Lo que yo quisiera que ustedes me dieran cuando me restablezca, es el gobierno de Cuyo. Allí podría organizar una pequeña fuerza de caballería para reforzar a Balcarce en Chile, cosa que juzgo de grande necesidad si hemos de hacer algo de provecho; y le confieso que me gustaría pasar mandando ese cuerpo".

He aquí la carta clave de la empresa de los Andes.

Poco tiempo había necesitado San Martín para comprender la inutilidad de los esfuerzos realizados en aquel frente de operaciones con el fin de asestar el

golpe decisivo al poderío español. Volvía a morderle la impaciencia de esa decisión y confiaba *su secreto* al presidente del Consejo de Estado, aunque bien conocía las opuestas direcciones que predominaban en Buenos Aires, las esperanzas alegres que alentaban los cálculos del futuro conquistador de Montevideo.

Poco o nada podía hacerse aquí. Su genio maduraba una audaz concepción estratégica que no sólo daría el triunfo militar sino la solución política, porque, además, llevaba la libertad a los otros pueblos de América. Pero había que esperar. Esperar buscando la coyuntura, sin embargo; porque en él era verdad aquello de que el genio es una larga paciencia. Esperar porque ahora el tiempo era quizá su aliado.

Mucho había visto y aprendido durante esos tres meses en la frontera del Tucumán. ¡Qué poca cosa sabían de la realidad del país sus amigos de la Logia, los antiguos triunviros que acababan de concentrar el poder! De esa realidad presente, la de este país y la de estos hombres arraigados en su tierra, componiendo un paisaje que él mismo creía no poder penetrar. Se le representaba anarquizado; de tal suerte estas gentes alternaban su ímpetu valeroso en la defensa del terruño con la desconfianza recelosa de las novedades que les enviaban los doctores de Buenos Aires. Pero comprendía muy bien las razones de su antecesor y la certera sagacidad con que había captado el espíritu de un pueblo que sabía verter su sangre por la libertad guardando como un tesoro su tradición y sobre todo esa fe religiosa cuya conservación debía ser un seguro inviolable y resultaba el resorte más íntimo de su adhesión a la causa revolucionaria. Aunque de esto se rieran los mentecatos, como decía el buen Belgrano renovándole su profundo y admirable consejo: "No deje de implorar a Nuestra Señora de las Mercedes, nombrándola siempre nuestra Generala, y no olvide los escapularios a la tropa. Acuérdese usted que es un general católico, apostólico, romano".

Y esta nueva experiencia le afirmaba en la convicción de que sólo la independencia debía ser la finalidad de su empresa.

Estaba realmente enfermo. A fines de abril tuvo un vómito de sangre que lo obligó a recluirse varios días en su casa de Tucumán y a ausentarse después a "La Ramada", una estancia cercana, en pleno campo, sobre el camino de Burruyacu. Pero el mal no cedía y decidió seguir el consejo de los médicos del ejército, que le indicaban pasar una temporada de descanso en la sierra de Córdoba. Delegó entonces el mando en el general Cruz y fue a instalarse en Saldán, una hacienda agreste sobre los faldeos de la Punilla.

Una revolución de carneros

En el ejército del Norte no se creyó al principio en la certeza de una enfermedad que obligaba a San Martín a pedir licencia por tiempo indefinido. El general Paz, entonces capitán, dice en sus *Memorias* que se la estimó como un pretexto para separarse de un mando en que no creía deber continuar: "La razón era el convencimiento que adquirió de que la facción que se entronizaba en Buenos Aires no le era favorable y que le escasearían los recursos con que había de sostener el ejército mientras venía a suplantarlo, cuando llegase la ocasión, otro general más favorecido; es decir, cuando fuese tiempo de obrar ofensivamente. Esta facción era la que forma y en que a la vez se sostenía el joven general don Carlos M. de Alvear, que de subalterno que había sido del general San Martín se elevaba rápidamente y amenazaba escalar el primer puesto".

La suposición de que la enfermedad fuera un pretexto no era fundada, porque los males de San Martín eran ciertos. Él mismo se los había anunciado a Rodríguez Peña antes de que hicieran crisis y le obligaran a cuidar seriamente su salud. Pero la versión sobre los propósitos del gobierno de cambiar el comando cuando se decidiera la ofensiva tenía firme asidero en los manejos de la política alvearista, cuyos avances y exteriorizaciones eran objeto de variada murmuración entre los jefes del ejército.

Lo cierto es que el apartamiento de San Martín, fundado en los reales motivos de su enfermedad, le proporcionaba al gobierno una coyuntura perfecta para efectuar sin complicaciones la sustitución del general Rondeau en el comando del ejército sitiador de Montevideo, cargo que se había resuelto discernir a Alvear. A nadie podía ocultarse que ese relevo, en momentos en que era prácticamente un hecho la caída de aquella plaza, significaba agraviar al jefe que durante tres largas campañas había sobrellevado las duras contingencias del sitio.

Pero el gobierno estaba firme en su propósito y el 14 de mayo el flamante general se presentaba en el campo de Rondeau con un oficio del director supremo, en que le hacía saber que habiendo caído por desgracia "mortalmente enfermo" el general del Ejército auxiliar del Perú, debía Rondeau, "sin embargo de lo necesario que es la persona de V. S. al frente de esa plaza", pasar sin dilaciones, aprovechando los momentos, a tomar el mando que dejaba San Martín después de hacer entrega a Alvear del ejército sitiador.

Sin embargo, el enfermo se reponía en la hacienda de Saldán con los aires puros de la sierra cordobesa. Allí recibía una frecuente correspondencia de Posadas. El 20 de mayo le comunicaba el triunfo de la escuadra de Brown en Montevideo: "Anoche antes de la comedia llegó y se leyó en ella el adjunto parte que ha llenado a este gran pueblo de júbilo indecible e inexplicable, de modo que me tuvieron sonrojado toda la noche con tantas aclamaciones de placer, como si yo tuviese parte o arte en esto, sino la señora suerte que al cabo se cansó un día de echar azahares". Y el 24 de junio: "¡Respire ese corazón! ¡Montevideo es nuestro por capitulación! Carlos está adentro con sus tropas; la escuadra del Estado se ha apoderado del puerto".

Otras veces el amable Posadas se refería a los sucesos de Europa: "Los

aliados pasaron el Rin y atacaron a los franceses a 40 millas de París", decíale el 26 de abril. "El maldito Bonaparte la embarró al mejor tiempo: expiró su imperio, cosa que los venideros no creerán en la historia, y nos ha dejado en los cuernos del toro. Yo soy de parecer que nuestra situación política ha variado mucho y que de consiguiente deben también variar nuestras futuras medidas", concluía en una carta del 18 de julio.

Pero también se hacía eco de la divergencia artiguista en la Banda Oriental: "Peña se embarcó ayer a la una con el doctor Gascón de asesor, Moreno de secretario y el edecán don Floro, a relevar a Carlos, el cual vendrá al momento, a no ser que Artigas no haya entrado en la transacción y tenga que batirlo".

Estas noticias deberían inquietar bastante al hombre que había confiado su secreto a ese mismo Rodríguez Peña que ahora iba a ocupar la Intendencia de Montevideo en nombre del gobierno supremo. El nombramiento solicitado para Mendoza no le llegaba aún; las nuevas decisiones sobre la marcha de la guerra quedaban sin duda alguna en manos de Alvear; nada se le decía sobre la independencia ni sobre la constitución, aquellos objetivos de la revolución de octubre que la Asamblea parecía olvidar deliberadamente y para colmo, Posadas afirmaba nada menos que con la caída de Napoleón debían variar las futuras medidas. ¿Qué quería insinuar con esto? La impaciencia era ya irritación. ¿Qué otra variación podía haber sino la enérgica prosecución de la guera y la declaración de independencia? ¿O se temían ya las consecuencias de la restauración de Fernando?

A fines de julio fue a verlo a su retiro serrano el capitán José María Paz, quien ha referido así el estado de ánimo de San Martín en aquellos días: "Estuve a visitarlo con otras personas; nos recibió muy bien y conversó largamente sobre nuestra revolución. Entre otras cosas dijo: 'Esta revolución no parece de hombres, sino de carneros'. Para probarlo refirió que ese mismo día había venido uno de los peones de la hacienda a quejársele de que el mayordomo, que era un español, le había dado unos golpes por faltas que había cometido en su servicio. Con este motivo exclamó: '¡Qué les parece a ustedes! ¡Después de tres años de revolución un maturrango se atreve a levantar la mano contra un americano!"

El nombramiento de gobernador-intendente de Cuyo le llegó al mes siguiente. Posadas lo había firmado el 10 de agosto, recordando en el texto que la designación se hacía a instancia y solicitud de San Martín y con el doble objeto de que continuara allí los distinguidos servicios que tiene hechos a la patria y el de lograr la reparación de su quebrantada salud "en aquel delicioso temperamento".

El 27 de agosto ya había salido San Martín para el país de Cuyo. Desde Córdoba escribió a Posadas para que facilitara el viaje de María de los Remedios, de quien había estado tanto tiempo separado, a fin de que fuera a reunírsele a Mendoza.

Y el buen director supremo le escribía un tiempo después, el 16 de septiembre: "Lo hago a usted descansando en su ínsula en la que aun habrá alcanzado a comer

algunas uvas frescas"; y el 24: "En breve tendrá allí a su costilla, con cuya amable compañía se acabará de poner bueno y hará una vida tranquila y deliciosa".

Ocurrente y protector, como siempre, le informaba también sobre los negocios del gobierno y de la guerra: Alvear seguía en la campaña uruguaya corriendo al "condenado Artigas". Pezuela había propuesto un armisticio. Cuando se concluya lo de la Banda Oriental, Alvear emprendería su viaje al ejército del interior: "Los árabes corren de un lado para el otro y así lo tienen encarnizado a Carlos en perseguirlos (a mi entender, sin juicio)..."

La vuelta de Fernando

Cuando San Martín se hizo cargo de la Intendencia de Cuyo en los primeros días de septiembre de 1814, el gobierno del Directorio hallábase ante muy graves problemas.

La rendición de Montevideo había sido, sin duda, una operación muy brillante y el botín conquistado verdaderamente extraordinario; pero este éxito planteaba cuestiones inquietantes. Por una parte Artigas, cuadrado con arrogancia ante diversos comisionados que trataron de lograr un avenimiento, reclamaba el gobierno de la provincia oriental; su actitud movilizaba inútilmente a las armas de Alvear, ansioso de concluir con el caudillo a quien no lograba vencer, ofreciendo en cambio el doloroso espectáculo de una guerra fratricida, cuya repercusión política se extendía ostensiblemente en todos los pueblos del Litoral. Además, la influencia del jefe de los orientales era grande y creciente, y antes de finalizar el año 1814 los pueblos de Entre Ríos, Corrientes y Misiones habrían cortado toda relación de obediencia con el Directorio, al que no quedaba otro recurso que hacerles la guerra para someterlos.

Había otra cuestión realmente delicada. Hacía más de un mes que Posadas y sus consejeros cavilaban ante un pliego que les había entregado personalmente Saturnino Rodríguez Peña, enviado desde Río de Janeiro por lord Strangford, ministro inglés ante la corte protuguesa. El pliego era un verdadero desahucio con respecto a la ayuda que los británicos habían venido prestando a Buenos Aires desde 1810.

Sostenía lord Strangford que "la toma de Montevideo coloca a ese gobierno en una situación enteramente nueva y le impone el deber sagrado de mostrar al mundo que sus deseos pacíficos no sufrieron alguna disminución en consecuencia de los sucesos victoriosos de sus armas"; y agregaba "estar seguro que no se habría consentido excitase en los ánimos de esos pueblos ideas y vistas cuya realización la suerte de la guerra (siempre incertísima) podía totalmente frustrar"; para concluir con la siguiente predicción desoladora: "V. E. permita que le pondere lo poco que se puede contar con el resultado final de operaciones militares y que le represente con franqueza que aunque esa Capital pudiese, con

su acostumbrado heroísmo, prolongar por algún tiempo una lucha desigual contra los recursos y esfuerzos que la España podría brevemente emplear, con todo es a lo menos posible que esta continuación de hostilidades sería al fin completamente infructuosa (en cuanto a cualquier vista de separación de la metrópoli) y que no serviría sino para atraer sobre esas provinciuas nuevas calamidades y desgracias reiteradas".

Lord Strangford no vacilaba en expresar a Posadas "cuánto más ventajoso no sería para ese gobierno el retirarse de la contienda, con honra y seguridad, como ahora bien se puede, aprovechándose de la crisis que le presenta la vuelta de su Soberano para el Trono de sus antepasados", agregando estas palabras, que envolvían apremiante exigencia: "No puedo dejar de rogar a V. E. con toda eficacia, se digne tomar en su consideración, sin pérdida de tiempo, la saludable resolución de mandar inmediatamente diputados a su Soberano para presentarle los votos de felicidad de sus súbditos de este hemisferio y para recibir de su Real Mano el deseado don de una pacificación sólida y equitativa".

Y como si esto fuera poco, asestaba el noble lord una final estocada al régimen instituido en Buenos Aires con motivo del exilio del Rey: "La restitución actual de la autoridad de S. M. C. y el ejercicio de ella en su Real Persona debe ahora hacer desvanecer todas las dudas e incertidumbres sobre la legitimidad de los depositarios de ella durante el infeliz cautiverio del Soberano, y por consiguiente ya no existe sombra de justificación (fundada sobre aquellas dudas) para que esas Provincias le resistan".

Era tan extraordinaria la propuesta formulada, seguramente de acuerdo con instrucciones de lord Castleregh, jefe del gabinete británico, que Strangford había creído necesario enviar a Buenos Aires a Saturnino Rodríguez Peña, su antiguo y adicto confidente en las cuestiones del Río de la Plata, para que explicara de viva voz el inquietante negocio. Amargas debieron ser, ciertamente, las reflexiones de quienes tuvieron que afrontarlo en el secreto de la Fortaleza.

En realidad, la actitud británica era consecuencia directa de la vuelta de Fernando VII al trono de España. Napoleón, después de sus derrotas de Leipzig y de la retirada de sus tropas de la Península, había debido pactar con su prisionero de Valençay el Tratado del 11 de diciembre de 1813; y unos meses después, la caída del Emperador, estipulada en Fontainebleau el 11 de abril de 1814, consolidaba la restauración. Fernando VII volvía, pues, anunciando desde Valencia el 4 de mayo que no juraría la Constitución de Cádiz, cuya nulidad declaraba en términos absolutos.

Inglaterra, aliada de Fernando VII, no podía seguir con su doble juego en América y, además, el propio rey de España llamaba a la conciliación a sus amados súbditos de las Indias. En una circular, firmada por el duque de San Carlos y enviada a las autoridades existentes en el Nuevo Mundo, consideraba a la situación americana como simples disidencias entre sus hijos de España y América y prometía medidas que harían cesar la discordia.

Finalmente el 13 de septiembre de 1814, se reunió el director supremo con su Consejo de Estado y después de discutir largamente el arduo negocio, se resolvió seguir el consejo de lord Strangford, a quien Posadas comunicó el envío de los diputados ante Fernando VII, diciéndole: "Espero que serán oídos no ya para obtener un perdón vergonzoso de culpas que no se han cometido ni para contentarse con un olvido humillante de las ocurrencias pasadas, que ni satisfaría nuestro honor ni a nuestros derechos, sino como los sinceros intérpretes de nuestro deseo de recibir de manos del rey el reconocimiento de tales derechos nuestros (no pedimos más) compatibles con los de la Corona".

La designación de diputados recayó en el general Belgrano y en Bernardino Rivadavia, este último en sustitución del doctor Pedro Medrano, nombrado primeramente, pero que no aceptó el encargo "por la falta de opinión que tenía en el País el logro de la comisión".

Los sucesos de Chile

Malos auspicios, consiguientemente, acompañaban a la situación general del país al tiempo en que llegaba a Mendoza el hombre que había solicitado el gobierno de Cuyo para preparar allí la realización de un plan cuyo secreto había recordado a Nicolás Rodríguez Peña a principios de ese año.

Llegaba precisamente cuando su nuevo campo de actividad asumía de pronto una importancia excepcional con motivo de los sucesos desgraciados que acaecían a la revolución chilena al otro lado de la cordillera.

El 8 de octubre recibía San Martín noticias concretas del desastre sufrido el 1º de ese mes por los patriotas en Rancagua. La victoria de los realistas había sido decisiva y los restos deplorables de los vencidos atravesaban los Andes para buscar asilo en Cuyo, protegidos por tropas auxiliares argentinas que desde el año anterior habían cooperado con las chilenas.

Él mismo referiría, en un documento famoso, las crueles peripecias de aquella emigración de los vencidos en Rancagua: "Hacía un mes de mi recepción del gobierno de la Provincia de Cuyo cuando el coronel Las Heras, desde Santa Rosa, al otro lado de los Andes, me comunicó el acontecimiento fatal de la completa pérdida de Chile, por resultado de la derrota del general O'Higgins, que, con novecientos bravos, dignos de mejor suerte, disputó en Rancagua la libertad de su patria. Concebí al momento el conflicto desolador de las familias y desgraciados que emigrarían a salvar la vida, porque fieles a la naturaleza y a la justicia se habían comprometido con la suerte de su país. Mi sensibilidad intensísima supo excitar la general de todos los generosos hijos del pueblo de Mendoza, de manera que con la mayor prontitud salieron al encuentro de estos hermanos más de mil cargas de víveres y muchísimas bestias de silla para su socorro. Yo salí a Uspallata, distante treinta leguas de Mendoza en la dirección

a Chile, a recibirlos y proporcionarles personalmente cuantos consuelos estuviesen en mi posibilidad".

La emigración chilena llegaba dividida en dos partidos que se recriminaban mutuamente las responsabilidades del desastre. Por una parte, José Miguel Carrera, que pretendía conservar, aun en territorio extraño, el gobierno ejercido por él desde que destituyó en un audaz golpe de mano al director de la Lastra, dos meses antes de Rancagua; y por la otra, Bernardo O'Higgins, a quien seguía un grupo numeroso de patriotas.

"Yo contemplaba con amargura —agregaba San Martín— que la odiosidad exaltada de los partidos era un efecto natural y necesario de la catástrofe de Chile. Era natural que los virtuosos ciudadanos que habían perdido su patria, sus comodidades y todas las relaciones que hacen amable la vida, se exacerbasen hasta la desesperación al verse defraudados de estos bienes, por el convencimiento en que estaban de que jamás se verificaría tal desgracia si una ambición ciega, destruyendo el orden, la unidad y el gobierno, no hubiese destituido a la patria de todos los arbitrios de su defensa. Y era necesario que los culpables aborrecieran a los testigos de su execrable conducta y que la existencia de los hombres sacrificados a su temerario orgullo pesara como un remordimiento de sus conciencias, como una reconvención de sus atentados".

¿Qué había ocurido en el país vecino? ¿Cuáles fueron las incidencias que culminaban en este drama doloroso? Chile se había pronunciado en 1810, casi al mismo tiempo que los demás pueblos de América española al tener conocimiento de la crisis determinada por la disolución de la Junta Central de Sevilla. El 18 de septiembre los patriotas obligaron a renunciar al conde de la Conquista, que había jurado al Consejo de Regencia, e instituyeron una Junta de Gobierno donde descollaba por su inspiración revolucionaria Juan Martínez de Rozas. Éste debió afrontar, desde el comienzo, la oposición de fuerzas conservadoras o moderadas que al final triunfaron al reunirse, en julio de 1811, un Congreso que asumió los poderes de la junta gubernativa, y la sustituyó por un triunvirato ejecutivo. Poco tiempo después, José Miguel Carrera impulsaba un nuevo movimiento que se imponía al Congreso y le obligaba a designar otra junta de gobierno, sustituida poco después por otro triunvirato, uno de cuyos vocales era el propio Carrera. El 2 de diciembre, Carrera disolvía el Congreso y se dedicaba a perseguir tenazmente a los adversarios que se había granjeado en su violenta irrupción política.

El año 1812 transcurrió entre agitaciones interiores, que motivaron la eliminación de Martínez de Rozas y afianzaron a Carrera en una verdadera dictadura. Entretanto, el enérgico don Fernando de Abascal, virrey del Perú, preparaba fuertes efectivos militares para anonadar a los insurgentes de Chile. La campaña se abrió en enero de 1813, al mando del general Pareja, quien ocupó fácilmente el sur de Chile. Carrera, con 12.000 hombres de fuerzas bisoñas y colecticias, le salió al encuentro en abril, y después de un éxito parcial en Yerbas-Buenas, lo obligó a encerrarse en Chillán; pero el general chileno no supo

aprovechar las ventajas obtenidas y, por el contrario, incurrió en repetidos desaciertos que le obligaron a retirarse en agosto y a dividir sus fuerzas en diversos destacamentos, uno de los cuales, al mando del propio Carrera, fue sorprendido por los realistas en El Roble, el 17 de octubre, donde aquél se salvó de una derrota completa gracias a un decidido contraataque del coronel Bernardo O'Higgins. El 27 de noviembre, Carrera era separado del mando de las tropas y sustituido por O'Higgins; poco después, una guerrilla realista lo hacía prisionero, llevándolo a Chillán, donde estaba el cuartel general de los españoles.

Nuevos efectivos y nuevo general, el brigadier Gabino Gaínza, enviaba a Chile el virrey Abascal a principios de 1814.Los patriotas, comandados por O'Higgins, recibieron la cooperación de una división de auxiliares argentinos que el gobierno de Buenos Aires había enviado a fines del año anterior con el teniente coronel Santiago de las Carreras, muy luego sustituido por el coronel don Marcos Balcarce. Fue varia la suerte de los combates, destacándose los argentinos, al mando de Las Heras, en Cucha-Cucha y Membrillar, y obteniendo O'Higgins, en Quechereguas, un éxito importante que obligó a los realistas a retirarse a Talca. La junta gubernativa, entretanto, había sido sustituida por un gobierno que se juzgó más vigoroso, nombrándose director supremo, con gran suma de poderes, al general Francisco de la Lastra.

Pero promediaba el año 1814 cuando el gobierno de Chile, de igual manera que había sucedido con el de Buenos Aires, recibía sugestiones inglesas, aquí por intermedio del comodoro Hillyar, que previamente había conferenciado con Abascal, para llegar a un entendimiento con el recién restaurado Fernando VII. Hubo conferencias y tratativas y al final se firmó, a orillas del río Lircay, el 3 de mayo, un tratado en que se reconocía la dependencia del rey de España, conservando los chilenos el derecho de gobernarse a sí mismos; evacuarían los realistas el territorio y quedaría subsistente el gobierno establecido por los patriotas. En realidad, este tratado no pasó de ser una tregua, porque nadie creía en que pudiera cumplirse, y sólo sirvió para determinar una ola de descontento en el ejército y el pueblo. José Miguel Carrera, que había logrado evadirse de Chillán, supo aprovechar con eficacia este malestar, y sublevando a la guarnición de Santiago, depuso al director supremo de la Lastra y creó una Junta de Gobierno a cuyo frente estaba él mismo.

Pero también el virrey del Perú había desaprobado el pacto de Lircay y enviaba a Chile, con poderosos refuerzos, al coronel Mariano Osorio. Éste reorganizó en Chillán al ejército realista y avanzó sobre Santiago. O'Higgins, distanciado de Carrera y a quien se preparaba a combatir a raíz del golpe de estado, se puso a sus órdenes y asumió el mando de la vanguardia patriota que salió a oponerse al invasor. Se atrincheró en Rancagua, donde el enemigo lo asaltó con grandes fuerzas el 1º de octubre. Dos días duró aquella lucha encarnizada, en que el pendón negro de la guerra a muerte fue izado por los chilenos en señal de no dar ni pedir cuartel. O'Higgins esperó en vano el auxilio de la división de

Carrera; pero éste se retiró sin acercarse al sitio del heroico y desigual combate, y esta actitud incomprensible precipitó la derrota. No quedó otro recurso que morir al pie de los muros humeantes o abrirse paso a través de las tropas enemigas. Rancagua fue una hecatombe. De los mil hombres que defendían la ciudad, sólo quedaban vivos trescientos. Al final, O'Higgins y los pocos soldados que le quedaban confiaron la salvación al filo de sus sables y lograron abrirse paso. En Santiago, que era un caos de aflicción, la gente sólo pensaba en huir del vengativo adversario. Y en marcha precipitada, confusa, horrendamente angustiosa, todos tomaron el camino de la cordillera.

La división de auxiliares argentinos, que después de Lircay se había retirado sobre los pasos del camino a Cuyo, protegió aquella triste caravana. Con ellos iba el doctor Juan José Paso, enviado del gobierno de Buenos Aires, que había sido testigo del desastre y de las malandanzas que lo provocaron. Y el nuevo gobernador de Cuyo salía a recibirlos en Uspallata.

San Martín decidió en favor de O'Higgins la querella de la emigración chilena. José Miguel Carrera, después de intentar resistirse a la autoridad de quien acogía a sus compatriotas en desgracia, recibió orden perentoria de retirarse a San Luis con cuantos le acompañaron en su desatinada actitud. Desde allí siguieron a Buenos Aires.

Combinaciones clandestinas

Apenas concluida la desagradable incidencia de la emigración chilena, que habría de granjear a San Martín la permanente y vengativa enemistad de los Carrera, su atención debía volverse sorprendida hacia las alternativas de la política en la capital.

Alvear había regresado a Buenos Aires a medidados de noviembre de 1814 sin haber podido batir a las partidas de Artigas y se aprestaba a hacerse cargo del ejército del Norte, reemplazando por segunda vez en un alto comando al general Rondeau. Al parecer, el gobierno supremo, al mismo tiempo que urgía a Rivadavia y Belgrano salieran cuanto antes a cumplir su cometido, deseaba hacer un esfuerzo militar que le permitiera recuperar las provincias del Alto Perú. Alvear era naturalmente el designado para llevar a cabo una empresa que se estimaba posible con el gran alivio representado por la toma de Monevideo y la considerable cantidad de armamento que fue el principal botín de esa victoria.

Pero en todo el país se levantaban el descontento y la oposición. Sobre todo suscitaba angustioso recelo la misteriosa misión que iban a desempeñar los diputados ante Fernando VII, que al fin saldrían, a bordo de la corbeta *Zafir*, en el mes de diciembre. No era solamente en el Litoral donde los gobernadores designados por el Director Supremo para las flamantes provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones debían retirarse corridos por los pueblos. En el ejército del Norte se producía un verdadero pronunciamiento para impedir a Alvear hacer efectivos sus designios.

Los jefes y oficiales, en la noche del 7 de diciembre, arrestaron al coronel Vázquez y otros militares adictos a quien debería ser su futuro general, y formularon ante Rondeau una representación escrita en la que expresaban haberse visto "en la dura pero inexcusable necesidad de oponer enérgicamente la fuerza de las armas que tenemos el honor de mandar a los progresos de la intriga, de la subversión y del desorden de que se halla amenazado el ejército al mando de V. S., próximo quizás a una completa y dolorosa disolución".

Denunciaban, además, haciéndose eco del asunto de los diputados ante el Rey, las noticias llegadas desde Buenos Aires sobre "combinaciones clandestinas contra el sagrado objeto de la gran causa que a costa de tanta sangre y sacrificio hemos sostenido y sostenemos con honor". Quejábanse de los favoritismos del gobierno que postergaba a jefes beneméritos y hacían presente el disgusto general de los pueblos. En síntesis, los jefes y oficiales estimaban que las medidas del gobierno y los propósitos del nuevo general importaban la disolución del ejército y se oponían resueltamente a ello.

Alvear tuvo noticia del levantamiento cuando iba camino del Norte, en la posta cordobesa de la Cruz; y aunque su primer impulso fue seguir adelante con las fuerzas que mandaba, un mejor conocimiento de la magnitud del suceso y del apoyo que tenía, según se lo comunicó un juicioso oficio del Cabildo de Salta, le resolvió a volver sobre sus pasos.

Aquella desobediencia era ya la subversión, el signo cierto de la impopularidad en que había caído el gobierno. Posadas lo vio claramente y el 9 de enero de 1815, con su habitual filosofía, renunció al cargo de director supremo: "a efecto de poder retirarse a pensar en la nada del hombre y preparar los consejos que debía dejar a sus hijos por herencia".

La Asamblea había aprobado su conducta unos días antes y dado un especioso Manifiesto, redactado por Monteagudo y Valentín Gómez, en que se justificaba el envío de los diputados a la Península: "Pacificado el continente de la Europa y restituidos los tronos a sus antiguas dinastías después de la jornada del 31 de marzo en París, cambió enteramente de aspecto nuestra situación política y fue necesario no abandonar del todo nuestros intereses al éxito dudoso de las batallas. El horror que inspiran los desastres de la guerra, el deseo de evitar por nuestra parte toda responsabilidad ante la Patria y el interés de manifestar al mundo que nuestras pretensiones no se fundan en ideas abstractas sino en principios prácticos de moderación y justicia, sugirió al gobierno la prudente empresa de enviar diputados a la Península que, garantidos por la mediación de la Gran Bretaña, expusiesen a Su Majestad Católica el estado de estas Provincias, la necesidad de oír las reclamaciones y el interés recíproco de satisfacerlas".

Pero el gobierno estaba muerto. Alvear era nombrado director supremo al día siguiente de ser aceptada la renuncia de Posadas, y trató sin éxito de hacerlo

sobrevivir. Su breve magistratura, que sólo apoyada en la violencia logró mantener unos tres meses, era invocada por los pueblos con el odioso dicterio de tiranía. No obstante su arrogancia y la aparente firmeza de sus pasos, aquel general de veinticinco años debía sentir moverse el suelo que pisaba; pero se dispuso a combatir animado por sus fieles amigos de la facción que se había entronizado en el poder, sin cumplir con los fines de la revolución de octubre. Como aquéllos a quienes habían contribuido a derribar por sospechosos de transar con las Cortes de Cádiz, estaban ahí, vacilantes ante la coyuntura de negociar con Fernando VII.

El análisis de estos arduos problemas, que configuraban la situación del país a principios de 1815, debería necesariamente inquietar al gobernador-intendente de Cuyo; pero no es aventurado imaginar la mezcla de frustrada esperanza y airado desencanto con que debió leer el Manifiesto de la Asamblea.

Este documento era la obstinación en el error y la jactancia de un grupo que daba las espaldas al pueblo desoyendo su clamor por la independencia. Además, era tomar una posición que significaba por lo menos el aplazamieto de la empresa de emancipación, pues el único y tímido programa militar que se anunciaba, casi como una disculpa, limitábase a la recuperación de las provincias del antiguo Virreinato.

¿Qué apoyo podía esperar de Alvear, cuya malquerencia no podía ya disimularse y con quien estaría intrigándole Carrera, su antiguo camarada de Cádiz? Pero, sobre todo ¿qué podía esperar de un gobierno supeditado a los azares de una funesta transacción para entregarse al lleno de la organización de aquella empresa que era ya concreción definida de su genio militar? ¿Y cómo podía mirar sin amargura una determinación que lesionaba íntimamente sus aspiraciones de luchar por la libertad de América? ¿A quién podía convencer esa dirección política embarcada en "combinaciones clandestinas", como decían los oficiales del ejército del Norte?

Nunca le pareció más urgente rectificar el rumbo y asumir la responsabilidad de declarar ante el mundo el auténtico objetivo de la Revolución, que no podía ser otro sino la independencia afianzada en la decisión de las armas. Pues ésta era en verdad "su" solución, a cuyo triunfo se lanzaría en su momento con la decisión arquetípica del héroe.

La marea federalista

Alvear asumió el 10 de enero de 1815 la dirección suprema del Estado, y el día 20 San Martín le enviaba un oficio solicitándole licencia por el término de cuatro meses para separarse de su cargo y radicarse temporalmente en el Rosario, dando por causa el mal estado de su salud. "Si antes estoy en estado de servir a mi patria —decía—, crea V. E. lo avisaré sin pérdida de tiempo para derramar

por ella la última gota de mi sangre". Sus viejas dolencias, que no le abandonaban, habían recrudecido, pero quizá deseaba estar más cerca de la capital para seguir el desarrollo de una crisis que le parecía inevitable.

Mitre sostiene que la ruina del gobernador de Cuyo estaba ya decretada en los consejos del nuevo director supremo y que tal vez quiso aquél prevenirse de una destitución. Lo cierto es que Alvear se apresuró a concederle la licencia "por tiempo ilimitado" y nombró de inmediato para reemplazarle, el 8 de febrero, al coronel don Gregorio Perdriel, quien además debía reasumir el mando de las armas a cargo hasta entonces del coronel Marcos Balcarce.

Cuandose supo en Mendoza la determinación del director supremo hubo una enorme conmoción que alcanzó las proporciones de un verdadero alzamiento popular. En pocos meses San Martín se había granjeado la estimación unánime del pueblo cuyano. Su sola presencia había dado alta jerarquía al gobierno y todos acataban en él a un auténtico jefe, cuyas insuperables dotes para el mando se unían a la autoridad moral resplandeciente en todos sus actos. Era respetado y amado a un mismo tiempo; conocíase su decidido anhelo de apresurar y ganar la independencia; y su apartamiento de las facciones políticas dirigentes en Buenos Aires, que en Cuyo como en todo el país eran objeto de ingratos y recelosos comentarios. Pero sobre todo simbolizaba el espíritu de la defensa de la gran causa del pueblo en su lucha contra los enemigos de la libertad.

Desde la derrota de los patriotas chilenos en Rancagua se vivía en las provincias cuyanas bajo la amenaza de la invasión; y San Martín había organizado y previsto todos los elementos posibles para detenerla. Alvear cometía un error al apresurarse a conceder la licencia a San Martín por mucho que éste la hubiera solicitado, y lo agravaba al otorgarla por tiempo ilimitado y al relevar a Balcarce del mando de las armas. Todo el mundo creyó que aquello era una destitución y el pueblo se agolpó frente al Cabildo mendocino, el 16 de febrero, para que el cuerpo pidiera al director supremo suspendiera su resolución. No obstante reflexiones del propio San Martín, el Cabildo elevó el petitorio y comisionó como su apoderado al doctor Juan de la Cruz Vargas para que se trasladara a Buenos Aires e hiciera presente de viva voz las ocurrencias que habían determinado su actitud. El pueblo en masa, durante los días subsiguientes, impidió a Perdriel se hiciera cargo del gobierno.

Alvear comprendió la situación, en un oficio del 22 de febrero respondía accediendo al pedido del Cabildo y disponía la continuación en el mando del coronel San Martín: "Soy el primero en aplaudir —añadía con un grano de ironía— que el estado de su salud sea tal que le habilite nuevamente a reasumir las fatigas del mando que antes le fueron insoportables".

Mientras el pueblo mendocino se entregaba a explosiones de entusiasmo por la restitución del "jefe que forma nuestra seguridad y confianza", según decía el Cabildo en un manifiesto público, el director supremo movíase estrechado dentro del círculo cada vez más ceñido que le formaba la creciente oposición a

su gobierno. Respirábase en Buenos Aires el ambiente de la conspiración y Alvear apretaba despóticamente los resortes de la fuerza con que todavía contaba, acumulando desacierto tras desacierto. Diríase que en la exasperación pasional de su personalismo desechaba toda confianza en el pueblo por cuya libertad había venido a combatir. Llegó a enviar a Manuel José García a Río de Janeiro con una carta dirigida al ministro de negocios extranjeros de Gran Bretaña, que aquél debía entregar a lord Strangford, y en la cual, después de referirle con negros colores la situación de las Provincias Unidas del Río de la Plata, decía que eran inhábiles "para gobernarse por sí mismas y que necesitaban una mano exterior que las dirigiese y contuviese en la esfera del orden antes que se precipitaran en los horrores de la anarquía. Estas provincias desean pertenecer a Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés, y yo estoy resuelto a sostener tan justa solicitud para librarlas de los males que las afligen".

Esta nota ignominiosa, que García no se animó a entregar, era el signo más claro de que Alvear había perdido la cabeza, lo cual era algo peor que perder la partida que pretendía aún seguir jugando.

Pero su caída podía conjeturarse ya como indubitable. El 25 de febrero, rotas sin fortuna las negociaciones que intentó hacer con Artigas por intermedio de Nicolás Herrera, había debido evacuar Montevideo. El jefe de los orientales con su bandera de independencia y federación pasaba a Entre Ríos, que le recibía como Protector de los Pueblos Libres, y a mediados de marzo amenazaba entrar en Santa Fe, donde sus adictos habían desalojado a Díaz Vélez, jefe directorial. Corrientes y Misiones le respondían enteramente desde el año anterior y ahora había abierto comunicaciones con Córdoba, a instancias de Juan Pablo Bulnes, que le había informado sobre la disposición en que se hallaba esa ciudad y la campaña para recibir su garantía. El 23 de marzo un cabildo abierto acogía favorablemente su intimación, obligaba a renunciar al gobernador-intendente Ortiz de Ocampo y elegía en su lugar, autonómicamente, al coronel José Xavier Díaz.

El movimiento federalista extendíase, pues, a todas partes; pero el grito de los pueblos coincidía sin discrepancias en alzarse contra el despotismo de la capital, contra "el tirano Alvear".

Revolución de 1815

El doctor Vargas informaba puntualmente al Cabildo mendocino sobre la gravedad creciente de la situación. "Vivan prevenidos —les decía—; yo no me muevo de aquí hasta ver en qué para esto". Alvear había enviado sobre Santa Fe al coronel Álvarez Thomas con la vanguardia del Ejército auxiliar, pero aquél se

sublevó en Fontezuelas, el 3 de abril, intimando al director supremo a desprenderse del mando para dejar "al inmortal pueblo de Buenos Aires elegir libremente su gobierno".

Las noticias de la sublevación de Fontezuelas llegaron a Buenos Aires pocos días después, y el director supremo, dispuesto a resistirla, instaló su despacho en el campamento de Olivos, mientras la Asamblea en febriles reuniones buscaba solución al conflicto de la constitución de un Triunvirato que integrarían Nicolás Rodríguez Peña, San Martín y Matías Irigoyen. El día 15 la revuelta convulsionó a toda la ciudad revelándose las ramificaciones que tenía el movimiento. Alvear, apremiado por el Consejo de Estado, había renunciado al cargo de director supremo, pero conservaba el mando militar; y el pueblo, encabezado por el gobernador-intendente Miguel Estanislao Soler, representaba al Cabildo, presidido por Francisco Antonio Escalada, para que exigiese a aquél cesara también en el mando del ejército. Los regimientos cívicos se armaban para resistir al "general agresor" al tener noticias de que éste se movía desde Olivos con ánimo de someter a la ciudad. Alvear, sin embargo, se iba quedando impresionantemente solo y, mientras sus amigos desaparecían, desertaban los oficiales y la tropa. En Buenos Aires la revolución triunfante encarcelaba a los principales corifeos de su facción, y el 17 debía entregar el mando de sus menguadas tropas al coronel Viamonte, embarcándose hacia el exilio en una fragata inglesa.

"Gracias a Dios que podemos escribir con regularidad, libres del espionaje eterno de nuestros opresores —informábale fray Cayetano Rodríguez a su amigo Agustín José de Molina—. Cayó el maldito partido que era forzoso alabar para no ser víctima. Oyó Dios los clamores de innumerables infelices que lo eran bajo el poder de esos Faraones..."

Yen parecidos términos don Juan de la Cruz Vargas, el 17 de abril, escribía al Cabildo mendocino: "Por fin llegó un día tranquilo en que asoma una nueva luz de libertad y aun de respirar. Cayó el tirano con su infernal pandilla. Tendré mucho cuidado en informar a V. S. todo lo que mañana se va a imprimir de la actual revolución y del gobierno provisorio que se establezca pasado mañana mientras los pueblos libres concurren a establecer el que sea estable, y ya pensamos que sea el centro en el Tucumán para quitar el descontento de los pueblos. Se trata de federación y que los mismos pueblos hagan las leyes municipales y elijan sus gobernantes".

Álvarez Thomas se había dirigido también al gobernador de Cuyo remitiéndole el Manifiesto de Fontezuelas. San Martín convocó entonces a una Junta de Guerra que se reunió bajo su presidencia el 21 de abril y resolvió lo siguiente:"Instruidos de las causas que motivaban aquella reunión, de unánime consentimiento dijeron: que no sólo desde aquel instante quedaban unidos al ejército libertador de la capital de Buenos Aires del mando del señor coronel Ignacio Álvarez, y separados del gobierno tiránico que representa el brigadier

Alvear, no obedeciendo en consecuencia orden alguna que dimane de éste directa ni indirectamente hasta que aquel pueblo libre nombrase al que debe regirle, sino que se auxiliase a aquél con dinero, armas y tropas si fuese preciso para cumplir la justa y noble empresa de libertar a los pueblos de sus opresores; que sus sentimientos se demostrasen al dicho señor coronel general; al señor brigadier general del Ejército Auxiliar del Perú, don José Rondeau; al de igual clase general de los Orientales don José Artigas y a las demás provincias de la coalición".

Un cabildo abierto congregaba el mismo día 21 de abril al vecindario mendocino, y en él se resolvía negar obediencia al gobierno de Alvear; pero que "no siendo regular destrozar unas cadenas para cargar otras nuevas", no se obedecería a otro gobierno que aquel que fuese elegido por los votos de los diputados legítimos de todos los pueblos que componen el estado en toda su plenitud. Al propio tiempo, agregando un nuevo hecho concreto al movimiento autonómico y federalista que se generalizaba en el país, el Cabildo Abierto resolvía por aclamación designar gobernadorilntendente al coronel mayor don José de San Martín hasta el tiempo que o un gobierno supremo de las cualidades arriba expuestas o, en su defecto, la voluntad general de toda la provincia juzgue conveniente.

En una nueva Junta de Guerra, reunida el 11 de mayo, los jefes militares de Cuyo, bajo la condición de reunir inmediatamente a un gobierno nacional, reconocían al gobierno de Álvarez Thomas, que había sustituido interinamente al nuevo director supremo, general José Rondeau, mientras éste siguiera en el mando del ejército del Norte preparando un movimiento ofensivo destinado a recuperar el Alto Perú.

III

LA LIBERTAD DE CHILE

En la empresa libertadora

He aquí cómo después de la revoluciónde 1815 podía afirmarse con entera propiedad que San Martín quedaba al frente de "su ínsula cuyana", según había dicho con su gracejo impenitente el viejo Posadas, que ahora meditaba sobre la injusticia de sus contemporáneos refugiado a bordo de un barco inglés.

Lo que San Martín hizo de Cuyo para convertirlo en base de la empresa libertadora que venía meditando desde 1814, fue la etapa inicial, de realización extraordinaria, increíble casi, por la suma de esfuerzos que debió promover y la unanimidad de voluntades que concitó para lograr sus propósitos; y lo que Cuyo dio de sí respondiendo a la exigencia de su jefe representaba la síntesis más viviente y expresiva del patriotismo argentino, como si éste se hubiera concentrado al pie de los Andes para alentar allí la esperanza de su destino.

Quizás en ningún otro momento de su actuación aparezca San Martín más identificado con el espíritu de su pueblo que en esos años de gobierno administrativo y militar, en cuyo ejercicio la severidad del magistrado se confundió muchas veces con el amor del padre y su autoridad inflexible de conductor halló la correspondencia más fiel. San Martín diría poco antes de partir a la reconquista de Chile: "Sería insensible al atractivo eficaz de la virtud si al separarme del honrado y benemérito pueblo de Mendoza no probara mi espíritu toda la agudeza de un sentimiento tan vivo como justo. Cerca de tres años he tenido el honor de presidirle y sus heroicos sacrificios por la independencia y la prosperidad común de la Nación pueden numerarse por minutos de la actuación de mi gobierno".

Porque efecivamente fue así, minuto sobre minuto, para responder a la apremiante exigencia del tiempo; en una labor común, constante y obstinada para concluir la obra, piedra sobre piedra; y hacer surgir de la nada, puede decirse, el instrumento necesario a la empresa de libertad. Todo el pueblo acudió al llamamiento del jefe y la colaboración fue unánime, sufrida y alegre a un mismo tiempo; ardorosa y viril, inteligente, fecunda; llena de coloreada vivacidad y con

esa inventiva que nace en lo hondo la imaginación popular y aporta a la obra común, como un fruto en agraz, la ofrenda de una creación ingenua o una idea espontánea.

José de San Martín estaba ya en la plena consagración de su esfuerzo, aunque aquella etapa de Cuyo sólo era el punto de partida. Era ya el realizador de "su" secreto y de sus manos dependía el modelar la obra; el héroe en la forja de sus armas; y la tarea era en verdad hercúlea frente al grandioso panorama que habría de servirle de escenario.

Debía crear el ejército de los Andes y tramontar con él aquella mole imensa y abrupta. La creación fue ardua y genial porque las dificultades que surgían a cada instante se suplieron con recursos que dictaba sobre la marcha, con segura intención de lo que era capaz de rendir la laboriosa legión que dirigía personalmente, con perseverancia incansable. Pedía sin cesar refuerzos y elementos al director supremo, pero manejaba su propia fragua con un ritmo ininterrumpido y febril. Fueron tan pobres los medios con que contó y tan rico el espíritu con que logró alcanzar el objetivo, que esta creación del ejército de los Andes hacía parte de la hazaña a que estaba destinado.

Porque no sólo era cuestión de organizar disciplinariamente a las tropas y darles la instrucción y tener listo un ejército de tres armas para invadir a Chile. Los hombres estaban ahí y el cuerpo de oficiales en su faena militar. Pero había que sostenerlo, vestirlo, alimentarlo y armarlo; y allegar los recursos para hacerlo, pues las libranzas de Buenos Aires eran escasas y tardías y no había tiempo que perder, aunque el tiempo corría inexorable mordiendo la impaciencia del general.

San Martín, que había exaltado el patriotismo de Cuyo, encontró esos recursos en la propia tierra a la que pidió, absorbió y exaccionó con la seguridd de obtener su aporte, próvido e inexhausto; y organizó sin contemplaciones una serie de contribuciones ordinarias y extraordinarias, de la más variada índole, con las que pudo afrontar los gastos del ejército. "Cuyo comenzó a sudar dinero para la redención de la América meridional", anota Mitre; pero aquellos recursos llevaban la impronta magnífica de un don que se hace a la patria; y eran los propios regidores de los cabildos, los decuriones de la ciudad cuyana, quienes lo enaltecían al otorgarle carácter de voluntario consentimiento popular.

Pudo así realizar durante los meses que siguieron a su afianzamiento en el gobierno de Cuyo la sorprendente y continua faena: fray Luis Beltrán en su maestranza fundiendo cañones, balas y granadas, cureñas, cartuchos y caramañolas; el mayor de la Plaza, un bravo artillero, al frente de su parque y la armería; el tucumano Álvarez Condarco, en su laboratoro, manipulando salitres y fabricando pólvora; Tejeda, el molinero, abatanando el picote puntano para transformarlo en el paño, teñido de azul, con que las tropas se vistieron; Paroissien y el doctor Zapata en el hospital; Zenteno en la Secretaría. Y tantos

otros. Por sobre ellos, a diario, vigilante y avizor, viéndolo todo, estimulando y corrigiendo, severo o cordial, amado y temido, el general San Martín.

Llegaban de Buenos Aires noticias diversas, algunas inquietantes como la que comunicó Álvarez Thomas sobre la expedición del general Morillo, que Fernando VII había enviado a la reconquista de sus Indias y cuyo rumbo seguro parecía ser, en junio de 1815, nada menos que el Río de la Plata; y como esta otra, también del director supremo, que le avisaba haber roto con Artigas, "de modo que me he visto en la dura necesidad de hacer marchar a Santa Fe 1.500 hombres y la escuadra" y, además, el 1º de septiembre, que Pezuela en el Alto Perú había sido fuertemente reforzado debido a haber sido sofocada en el Cuzco la insurrección de los naturales. Después, en diciembre, la peor de todas: el general Rondeau, que había iniciado confiadamente la invasión, había sido deshecho en Sipe-Sipe.

Estas graves novedades acrecentaban la convicción de San Martín sobre la necesidad de acelerar la marcha de los planes en que fundaba la suerte de la Revolución. Discernía con claridad sobre las dificultades y apuntaba con resolución a superarlas sin ceder un ápice en la heroica constancia con que preparaba su ejército en aquel vergel cuyano, al pie de los Andes. A la noticia de la expedición de Morillo respondió con un bando terrible: "Es llegada la hora de los verdaderos patriotas. Se acerca al Río de la Plata una expedición de diez mil españoles. Ya no se trata de encarecer ni exaltar las virtudes republicanas ni es tiempo de exhortar a la conservación de las fortunas o de las comodidades familiares. El primer interés del día es el de la vida: éste es el único bien de los mortales. Sin ella también perece con nosotros la patria. Basta de ser egoístas para empeñar el último esfuerzo en este momento único que para siempre fijará nuestra suerte. A la idea del bien común y a nuestra existencia todo debe sacrificarse. Desde este instante el lujo y las comodidades deben avergonzarnos. La pobreza de las cajas de esta provincia no alcanza a las primeras atenciones al paso que ellas se multiplican. Desde hoy quedan reducidos nuestros sueldos a la mitad. El empleado que no quiera donar lo que deja de percibir recibirá un boleto para su abono en mejores circunstancias.Yo graduaré el patriotismo de los habitantes de esta provincia por la generosidad, mejor diré, por el cumplimiento de la obligación de sus sacrificios. Al indolente se lo arrancaré imperiosamente a la fuerza, estrechando a servir la ley de la seguridad individual general. Cada uno es centinela de su vida".

Fue entonces cuando se produjo aquel gesto magnífico de las damas mendocinas, que encabezadas por Remedios de Escalada, la esposa del general, se despojaron de sus alhajas ante el Cabildo, diciendo: "Los diamantes y las perlas sentarían mal en la angustiosa situación de la patria, y antes de arrastrar las cadenas de un nuevo cautiverio oblamos nuestras joyas en su altar".

En cambio, la noticia de Sipe-Sipe, que era en realidad la confirmación de su

profecía sobre la suerte de las armas en el frente del Norte, fue recibida por San Martín con una confiada impavidez y su comentario fue un brindis a que invitó a sus oficiales: "Por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes".

La declaración de la independencia argentina

De acuerdo con los planes de la revolución de abril se preparaba la próxima reunión en Tucumán del Congreso General de las Provincias Unidas.

Ya se había hecho la elección de los diputados de Cuyo: Juan Agustín Maza y Tomás Godoy Cruz representaban a Mendoza; Narciso Laprida y fray Justo de Santa María de Oro, a San Juan; San Luis eligió a Juan Martín de Pueyrredón. El antiguo triunviro depuesto por la revolución del 8 de octubre de 1812, a cuyo triunfo contribuyó tan eficazmente San Martín, había vivido desde entonces en la provincia puntana, forzosamente apartado de la política; pero las relaciones entre ambos se reanudaron poco después de que San Martín asumiera su cargo en Mendoza, y no hay duda que auspició esa designación, destinada a tener extraordinaria trascendencia.

El 19 de enero de 1816, después de "un furioso ataque de sangre y en su consecuencia una extremada debilidad que me han tenido postrado diecinueve días en cama", le escribía a Godoy Cruz, ya instalado en Tucumán: "¿Cuándo empiezan ustedes a reunirse? Por lo más sagrado les suplico hagan cuantos esfuerzos quepan en lo humano para asegurar nuestra suerte; todas las provincias están en expectativa esperando las decisiones de ese Congreso".

Pero el Congreso se reunió recién a fines de marzo. Y el 12 de abril volvía a escribir a Godoy Cruz:"¿Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia? ¿No le parece a usted una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cocarda nacional y por último hacer la guerra al Soberano de quien en el día se cree dependemos?"

San Martín estaba resueltamente decidido a influir en el Congreso para que declarara la independencia. Era el paso definitivo del movimiento de Mayo, la suerte echada que su empresa libertadora consumaría en Lima con la decisión victoriosa de sus armas. Franqueaba su planes a Godoy Cruz comentando los propósitos del Congreso sobre una nueva ofensiva en el Alto Perú: "El Perú no puede ser tomado sin verificarlo antes con Chile; este país estará enteramente conquistado a fines de abril del año entrante, con cuatro mil o cuatro mil seiscientos hombres: estas tropas deben embarcarse en seguida y en ocho días desembarcar en Arequipa". Por último, el 24 de mayo, impaciente aunque confortado por la noticia de que Juan Martín de Pueyrredón había sido elegido director supremo, le vuelve a encarecer: "Veo lo que usted me dice sobre el punto de que la independencia no es soplar y hacer botellas; yo respondo a usted que mil veces me parece más fácil hacerla que el que haya un solo americano que

haga una sola".

Por fin, el 9 de julio de 1816, el Congreso de Tucumán proclamaba la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y no hay duda de que en este hecho reside la más alta gloria de los ilustres diputados. Fue la carta solemne y definitiva del advenimiento de una nueva acción y su trascendencia domina las restantes cuestiones que resolvió esa asamblea. Pero en ella estaba el cuño cierto y la garra viril de la política sanmartiniana. Él había bregado sin descanso por esa única solución, a su juicio, que ahora se proclamaba en el país entero. Por eso cuando todos desesperaron el año 14 ante la vuelta de Fernando y las desdichas de Belgrano en el Norte, San Martín no desesperó; y, cuando perdida la cabeza se peregrinaba por las cortes de Europa ofreciendo el trono del Río de la Plata o se imploraba en la antesala del Palacio la benevolencia del Soberano, San Martín, en su ínsula cuyana, estaba afilando en silencio las armas de la revancha y forjaba el instrumento militar que le daría la victoria.

Recibió, pues, con el alma inundada de gozo, la magnífica nueva y releyó conmovido los términos decisivos de la proclamación del 9 de julio. Su mirada se tornó hacia Occidente, más allá del nevado perfil de la montaña que se destacaba sobre el cielo de nubes, de un azul purísimo, y sonrió satisfecho; pensó en ese momento enviarle el Acta a don Francisco Casimiro Marcó del Pont, nuevo gobernador de Chile, e hizo llamar al comandante Álvarez Condarco.

San Martín se había entrevistado a mediados de julio, en Córdoba, con el nuevo director supremo Juan Martín de Pueyrredón. Después de un viaje penoso por los fríos excesivos, en compañía del doctor Vera y de sus fieles Vargas y Cruz, llegó a esa ciudad precisamente el 9 de julio, y fue allí donde le llegó la noticia de la memorable decisión del Congreso. El 16 le escribió a Godoy Cruz: "Ha dado el Congreso el golpe magistral con la declaración de la Independencia. La maldita suerte no ha querido que yo me hallare en mi pueblo para el día de la celebración; crea usted que hubiera echado la casa por la ventana". Y el 22 volvía a informarle: "Me he visto con el dignísimo director que tan acertadamente han nombrado ustedes; ya sabe usted que no soy aventurado en mis cálculos, pero desde ahora les anuncio que la unión será inalterable, pues estoy seguro que todo lo va a transar; en dos días con sus noches hemos trazado todo; ya no nos resta más que empezar a obrar. Pasado mañana partimos cada uno para su destino, con los mejores deseos de trabajar en la gran causa".

Así fue. Desde entonces sería inalterable la unión de Pueyrredón y San Martín para los altos fines de la emancipación. En todo el segundo semestre del año 1816 la actividad del general en jefe del Ejército de los Andes, cargo que le discernió el director supremo, apenas llegado a Buenos Aires el 1º de agosto, se aceleró y multiplicó en forma extraordinaria.

Mientras daba término a la preparación del ejército, San Martín proseguía con sagacidad la guerra de zapa con que desde el año anterior intranquilizaba al activísimo Osorio y ahora enloquecía los nervios del capitán general de Chile,

contraespías en todo el territorio chileno, que le informaban de continuo sobre los movimientos del enemigo, esparcían rumores falsos, seducían empleados, ganaban adeptos, promovían focos de insurrección y mantenían en secreta actividad a los patriotas chilenos que no habían emigrado a Cuyo.

Fue ésta una campaña habilísima, llena de ingeniosos recursos y lances inesperados, que él dirigió personalmente, utilizando la colaboración popular cuando era necesario y disponiendo de un núcleo sacrificado de hombres cuyo desinterés daba la pauta del patriotismo con que supieron cumplir su riesgosa misión.

Su propósito era desconcertar al adversario, engañarle sobre las intenciones reales de la invasión, obligarle a distraer sus fuerzas y vigilar todos los boquetes de la montaña. San Martín tenía ya todo perfectamente meditado y calculado; tramo por tramo y hora por hora sabía cuáles habrían de ser las rutas de su marcha, sus necesarias incidencias y el final desenlace ante el previsto objetivo. Cuando en agosto envió a Álvarez Condarco para que llevara a Marcó del Pont el Acta de la Independencia, le expresó lo siguiente: "La verdadera comisión es que me reconozca los caminos de los Patos y Uspallata y que me levante dentro de su cabeza un plano de los dos, sin hacer ningún apunte, pero sin olvidarse de una piedra. Lo despacharé por el camino de los Patos, que es el más largo y el más lejano, y como es seguro que así que entregue usted el pliego que lleva lo despedirán con cajas destempladas por el camino más corto, que es el de Uspallata (si es que no lo ahorcan), dará usted la vuelta redonda y podrá a su regreso formarse un croquis sobre el papel".

Pues por allí, por esas dos rutas de la alta montaña, pensaba tramontar los Andes con su pequeño ejército y llevar decidido ataque al centro del enemigo, cuyas fuerzas meditaba dividir, no sólo con las falsas noticias de la guerra de zapa, sino con positivos amagos que columnas menores harían por otros rumbos, al Norte y al Sur de la cordillera. En septiembre se fue al fuerte de San Carlos sobre la línea fronteriza con los indios y celebró un gran parlamento con los jefes pehuenches, pidiéndoles permiso para pasar por sus tierras a fin de atacar a los realistas por el Planchón; pero esto no era más que una nueva jugada a Marcó del Pont, a quien los indios informaban sobre el supuesto plan, determinándole a distraer fuerzas en esa dirección.

En medio de este intenso trajín se informaba con precisión sobre las candentes alternativas de la política. Algunas noticias eran desalentadoras y le confirmaban en la necesidad de emprender cuanto antes la expedición. El Congreso había dado el gran paso de la independencia, pero luchaba ahora con grandes dificultades y se desorientaba en arduas discusiones sobre la forma de gobierno.

En Córdoba, en Santiago del Estero, en La Rioja surgían disidencias que preludiaban la guerra civil, pues sólo la fuerza parecía ser el medio de allanarlas, como si fuera poco el conflicto con Artigas, que se agravaba ante la ya ostensible resolución de los portugueses de invadir el territorio oriental.

Más indispensable que nunca le parecía el arbitrio de una autoridad fuerte frente a aquellos pueblos que se mostraban ingobernables; deberían acallarse estos conatos anárquicos para concluir la guerra de independencia. En el Congreso se debatía sobre sistemas de gobierno y muchos se inclinaban por la monarquía, otros por la federación. Se hablaba de restaurar la dinastía incásica, proyecto que indignó a su adicto consejero el doctor Vera, fogoso republicano.

Una buena síntesis de su visión realista de los hechos la había formulado en aquella carta a Godoy Cruz, en la que afirmaba ser republicano por principios, pero apuntaba con penetrante exactitud las presentes dificultades para organizar la república constitucional a base de los modelos teóricos de la "erudición gabinetina": "Los americanos de las Provincias Unidas no han tenido otro objeto en su revolución que la emancipación del mando del fierro español, y pertenecer a una nación... Seis años contamos de revolución y los enemigos victoriosos por todas partes nos oprimen: ¡falta de jefes militares y nuestra desunión son las causales! ¡Y se podrán remediar!" El remedio no era otro que el orden, implacablemente mantenido por un gobierno fuerte que asegurara los fines de la guerra. Comentando el plan de monarquía incásica, formalmente presentado al Congreso por el cura Acevedo, de Catamarca, había escrito irónicamente: "Ya digo a Laprida lo admirable que me parece el plan del Inca a la cabeza; las ventajas son geométricas; pero por la patria les suplico que no se metan en una regencia de personas; en el momento que pase de una todo se paraliza y nos lleva al diablo; al efecto no hay más que variar de nombre a nuestro director y queda un regente: esto es lo seguro para que salgamos a puerto de salvación".

El ejército de los Andes

Confiaba en Pueyrredón, con quien se puso de acuerdo en Córdoba para reorganizar la Logia Lautaro, a cuyos principales miembros de la facción alvearista había dispersado la revolución de abril. Él, por su parte, como lo hizo en Tucumán durante su breve comando del ejército del Norte y de acuerdo con los estatutos de la entidad matriz, había instalado a principios del año en Mendoza una filial lautarina, en la que juntó como en un haz, juramentándolos para el objeto de la independencia, a los principales jefes de su ejército, a los emigrados chilenos del grupo de O'Higgins y a muchos de los más prominentes vecinos de Cuyo.

Pueyrredon le escribía sibilinamente desde Buenos Aires, el 10 de septiembre, sobre este particular:"El establecimiento de Matemáticas será protegido hasta donde alcance mi poder. El nuevo secretario interino Terrada es también matemático y por consiguiente me agradará el fomento de un objeto tan útil".

San Martín, que siempre creyó en la eficacia de este tipo secreto de asociaciones políticas, recibiría complacido esa nueva seguridad de disponer

ante el gobierno central de un resorte poderoso que sirviera a los fines de su empresa.

Pero también le escribió Pueyrredón, el 2 de noviembre, aquella famosa carta que es una síntesis pintoresca y emocionante de los esfuerzos con que el director supremo respondía a los multiplicados e incesantes pedidos del general, que no se conformaba solamente con hombres y libranzas:

"Está dada la orden para que se remitan a usted las mil arrobas de charqui que me pide para mediados de diciembre: se hará. Van los pedidos de reconocimiento a los cabildos de ésa y demás ciudades de Cuyo. Van los despachos de oficiales. Van todos los vestuarios pedidos y muchas más camisas. Si por casualidad faltasen en Córdoba las frazadas, toque usted el arbitrio de un donativo de frazadas, ponchos o mantas viejas de ese vecindario y el de San Juan: no hay casa que no puede desprenderse sin perjuicio de una manta vieja; es menester pordiosear cuando no hay otro remedio. Van cien recados. Van hoy por el correo, en un cajoncito, los dos únicos clarines que se han encontrado. En enero de este año se remitirán a usted 1.383 arrobas de charqui. El secretario de Hacienda, Obligado, era un pobre hombre que no sabía más que decir *no* a todo indistintamente; lo tengo separado con licencia y este ramo va mejorando con el oficial mayor; pero es necesario un secretario y no lo encuentro. Van los 2.000 sables de repuesto que me pide. Van doscientas tiendas de campaña o pabellones, y no hay más. Va el Mundo. Va el Demonio. Va la Carne. Y no sé cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo. A bien que en quebrando chancelo cuentas con todos y me voy yo también para que dé usted algo del charqui que le mando. ¡Carajo! No me vuelva a pedir usted más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado de un tirante de la Fortaleza".

Por fin, el 2 de enero, el director supremo remitía a San Martín las instrucciones oficiales del gobierno. Su primer párrafo contiene el enunciado magnífico de la política argentina al emprender la campaña de libertar a los países hermanos: "La consolidación de la independencia de la América de los reyes de España, sus sucesores y metrópoli y la gloria a que aspiran en esta grande obra las Provincias Unidas del Sur son los únicos móviles a que debe atribuirse el impulso de la campaña. Esta idea la manifestará el general ampliamente en sus proclamas, la difundirá por medio de sus confidentes en todos los pueblos y la propagará de todos modos. El ejército irá impresionado de los mismos principios. Se celará no se divulgue en él ninguna especie que indique saqueo, opresión, ni la menor idea de conquista, o que se intenta conservar la posesión del país auxiliado".

Comenzaba el año 1817. San Martín disponía ya de su fuerte y pequeño ejército, perfectamente equipado y disciplinado, tal como lo había imaginado al señalar dos años antes con lacónica sencillez el rumbo que debía seguirse para conquistar la libertad. Los refuerzos enviados por el director supremo se habían ya incorporado, y Cuyo, "la inmortal provincia de Cuyo", como decía San Martín

rindiendo merecido tributo a sus esfuerzos, completaba los cuadros de la infantería con más de setecientos hombres provenientes de la manumisión voluntaria de los esclavos. "Admira, informó el general, que un país de mediana población, sin erario público, sin comercio ni grandes capitales, haya podido elevar de su mismo seno un ejército de tres mil hombres, despojándose hasta de sus esclavos, únicos brazos para su agricultura; ocurrir a pagas y subsistencia y a la de más de mil emigrados; fomentar establecimientos de maestranza, el laboratorio de salitre y pólvora, armerías, parque, batán, cuarteles, campamentos; erogar más de tres mil caballos, siete mil mulas, innumerables cabezas de ganado vacuno, hacer el servicio de cordillera con sus milicias, concurrir con sus artesanos; en una palabra, haciendo las fortunas particulares cuasi del público. ¡La América es libre! Sus enemigos se sentirán vencidos ante virtudes tan sólidas y calcularán por ellas el valor unido de toda la Nación".

Todo estaba, pues, listo para la marcha. Bernardo O'Higgins, nombrado brigadier general de las Provincias Unidas, tenía a su cargo la comandancia del cuartel general, y el general Miguel Estanislao Soler era jefe del Estado Mayor. Cuatro batallones formaban la infantería: el Nº 1, al mando del teniente coronel Rudecindo Alvarado; el Nº 7, del teniente coronel Pedro Conde; el Nº 8, del teniente coronel Ambrosio Cramer, y el Nº 11, del coronel Juan Gregorio de Las Heras. El regimiento de Granaderos a Caballo, con cuatro escuadrones, constituía la fuerza de caballería al mando del coronel Matías Zapiola, más el Escuadrón Escolta del General mandado por el teniente coronel Mariano Necochea. La artillería, 18 piezas, estaba a cargo del teniente coronel Pedro Regalado de la Plaza. Todas estas fuerzas de línea totalizaban 3.778 soldados, y a ellas se sumaban 1.392 hombres correspondientes a los servicios auxiliares: barreteros, baquianos, milicianos y sanidad. Entre todos, agregando los jefes, oficiales y personal civil, formaban en el ejército de los Andes, al tiempo de emprender la campaña, 5.423 hombres, pero el personal combatiente, como puede apreciarse en el detalle transcripto, apenas excedió los 4.000.

La Virgen y la Bandera

El 5 de enero de 1817 fue un día de extrordinaria animación para Mendoza, la pequeña e industriosa ciudad que había vivido los afanes, las inquietudes y los sacrificios que acompañaron a la creación del ejército, dándole de sí todo cuanto puede rendir un patriotismo exaltado hasta la sublimación. En el esplendor de la mañana, radiante y cálida, a la vera de los arcos florales y enarbolados estandartes, apiñábase la emocionada multitud. Un eco vibrante de clarines y el redoblar de los tambores anunciaban la entrada de las tropas que desde el campamento del Plumerillo llegaban a la ciudad por la calle de la Cañada.

Era de parada la marcha, que rompían el general Soler con los jefes del Estado

Mayor, coruscantes en el brioso pelotón de corceles, al frente de los marciales regimientos, de gala los uniformes, relucientes las armas.

El Ejército de los Andes venía en busca de sus dos más altos símbolos espirituales: la imagen de su Patrona y la Bandera. San Martín había hecho declarar Patrona a Nuestra Señora del Carmen. Manos femeninas —las de Remedios Escalada, Margarita Corvalán, Dolores Huisi, Laureana Ferrari, Mercedes Álvarez, Carmen Zuloaga, Elcira Anzorena y Mercedes Zapata— habían bordado la Bandera.

El ejército se detuvo ante el convento de San Francisco y allí se puso a su frente la Virgen Generala, tras de la cual siguió la marcha, encabezada ahora por San Martín, hasta la Iglesia Matriz, donde al pie del altar aguardaba la Bandera. Terminada la misa, en el atrio, sobre un tablado donde estaban juntas la Virgen y la Bandera, San Martín se acercó a la imagen y le colocó en la mano su bastón de mando. Después enarboló la Bandera y la batió tres veces ante la tropa y el pueblo, cuyos corazones se apretaron unánimes en el silencio súbito que provocó la expectación conmovida y solemne del juramento: "Soldados: Ésta es la primera Bandera que se ha levantado en América. Jurad sostenerla, muriendo en su defensa, como yo lo juro".

El paso de los Andes

La audaz concepción estratégica de San Martín, que era la clave de su plan de emancipación americana, iba a concretarse de inmediato en el cruce de la cordillera de los Andes por el camino de sus más altas cumbres, que emergen sobre la abrupta montaña asentándose sobre una espesa capa de escombros volcánicos y antiguos glaciares, sombrío y grandioso panorama que evoca una visión pavorosa de tremendas conmociones geológicas.

Viniendo desde los valles mendocinos aparecía como un obstáculo insuperable, adusto y vasto antemural de piedra cuyos conos de nieve se confundían con el cielo más allá de los seis mil metros de altura. Eran sin duda enormes las dificultades de la marcha, nunca hasta ahora intentada por un ejército numeroso que debía hacerlo ceñido al ritmo previsto de las jornadas y a la absoluta precisión con que el general había calculado cada uno de los detalles del cruce de la montaña para que llegara dispuesto a combatir inmeditamente después de tramontarla.

San Martín dio las últimas órdenes para que comenzara a moverse su ajustado dispositivo militar. La invasión de Chile iba a realizarse de la siguiente manera: el grueso del ejército iría por la ruta de Los Patos, dividido en tres escalones, al mando de Soler, O'Higgins y el mismo San Martín; por el camino de Uspallata, más al Sur y más corto que el anterior, marcharía el coronel Las Heras con su batallón Nº 11 y la artillería. La columna principal pasaría las cumbres por el paso

de Llaretas, mientras la otra alcanzaría igual objetivo por el paso de Iglesias y aguardaría su unión con las tropas del general en jefe sobre el valle de Aconcagua, del otro lado de los Andes.

Columnas menores, con escasos efectivos pero destinadas a la misión de importancia excepcional de sorprender al enemigo y obligarle a distraer fuerzas en todas direcciones, invadirían a Chile por el Norte y por el Sur: desde la Rioja, por el paso de Comecaballos, saldrían el teniente coronel Zelada y el capitán Dávila, con 50 infantes y 80 milicianos, con destino a Huasco y Copiapó; desde San Juan, por la ruta de Pismata, con 40 infantes, 20 granaderos y 80 milicianos, marcharía el teniente coronel Cabot con el objeto de insurreccionar a Coquimbo; y por el Sur, finalmente, por los pasos del Portillo y del Planchón, penetrarían a Chile amagando a Talca el teniente coronel Freyre, con 80 infantes y 25 granaderos, y el capitán José León Lemos, con 25 blandengues y 30 milicianos mendocinos.

El 18 de enero salió del campamento del Plumerillo la división de Las Heras y el 19 el grueso del ejército al mando de O'Higgins a quien San Martín alcanzaría días después, sobre la marcha. Y cuando a las pocas horas abandonaron las rientes campiñas del valle mendocino para adentrarse en el ríspido paisaje de la precordillera comenzó prácticamente la ascensión.

Soler, en la vanguardia de la columna principal, llegó al paso de Llaretas el 2 de febrero y comenzó el descenso hacia el campo de los Pinquenes, a occidente del cordón fronterizo. Desde allí torcieron hacia el sur, en busca de la columna de Las Heras, que ya debería haber traspuesto las cumbres; pero a poco andar, el 4 de febrero, en el fondo de una garganta llamada de Achupallas, encontraron a la primera partida realista, unos cien hombres que vigilaban los pasos de la montaña. Soler destacó sobre ellos un destacamento al mando del mayor Arcos, pero fue una carga de veinticinco granaderos a cuyo frente se puso el teniente Juan Lavalle, sableador heroico y terrible, la que desbarató completamente al enemigo, lográndose este primer triunfo inicial, que llegó como buen auspicio al grueso del ejército, que ya había tramontado la cordillera y se unía a su vanguardia.

Por su parte, Las Heras cruzó el paso de Iglesias el 2 de febrero, después de haber tenido en el transcurso de su ruta por Uspallata dos encuentros con partidas enemigas en Picheuta y Potrerillos. El 4 de febrero, el mismo día en que se combatía en Achupallas, una columna de la división de Las Heras, al mando del mayor Enrique Martínez, se apoderaba del caserío de Guardia Vieja, donde derrotó a la guarnición española tras una lucha breve pero encarnizada. El 8 de febrero, Las Heras recibía en Santa Rosa una comunicación de San Martín, fechada el mismo día en San Felipe.

El enlace de las dos columnas invasoras estaba, pues, a punto de realizarse. Y así fue, al sur del valle del Aconcagua y ante la serranía de Chacabuco, después que las tropas de Soler, bajando hacia el encuentro, resolvieron victoriosamente,

esta vez con el escuadrón de granaderos al mando de Necochea, en las Coimas, el 7 de febrero, la oposición que intentó hacerle un destacamento enemigo.

Chacabuco y la libertad de Chile

¿Qué hacía entretanto el mariscal de campo don Francisco Casimiro Marcó del Pont, capitán general de Chile?

San Martín había dicho más de una vez que Chile era el bastión de América y que su posesión importaba decidir la guerra de la emancipación. Así lo estimaba también el virrey del Perú, que apenas tuvo medios para sofocar la revolución chilena, envió al coronel Osorio con las fuerzas suficientes, y Rancagua fue el resultado de esos esfuerzos. Pero había cometido sin duda un error en reemplazar a Osorio con Marcó del Pont. Si la guerra de zapa había desconcertado a aquél, la inminencia de la invasión, considerada un hecho desde la primavera de 1816, desesperó literalmente a éste. Disponía, sin embargo, de efectivos superiores a los de San Martín, más de cinco mil soldados de las tres armas, y no obstante haber podido invadir a Mendoza y caer sobre el ejército enemigo en formación se mantuvo en expectante defensiva que sin duda favoreció los planes del astuto general argentino. Éste terminó por dominar la situación, comenzando por disimular hasta el último momento su ruta verdadera y haciéndole creer en las especies que distribuían centenares de espías y partidarios en todo el territorio chileno; y al final lo determinó a dividir sus fuerzas no obstante la opinión contraria del Estado Mayor, que sostenía la necesidad de oponer la máxima defensa en el valle de Aconcagua, llave de los caminos que desde Cuyo conducían rectamente a Santiago.

Marcó del Pont habia escalonado sus efectivos desde Aconcagua hasta Valdivia y pueden imaginarse sus apuros cuando tuvo las primeras noticias de la invasión por Los Patos, el 4 de febrero; y la información, el día 5, de que otra columna poderosa ascendía los Andes por Uspallata; para enterarse casi enseguida por un chasqui enviado desde Curicó que otras fuerzas, al parecer la vanguardia del ejército invasor, que tal era la desconcertante novedad hábilmente difundida por Freyre, acababan de aparecer por el Planchón.

Decidió finalmente defender a todo trance la capital y ordenó a las tropas que se hallaban en el sur se replegaran hacia Santiago para unirse con las situadas en el centro. Nombró comandante de las fuerzas que debían afrontar al enemigo ya concentrado en el valle de Aconcagua al brigadier Rafael Maroto, quien partió de inmediato con los batallones de Talavera y Chiloé y 50 húsares, hacia la hacienda de Chacabuco, situada al pie de la serranía del mismo nombre, único obstáculo que el invasor debía salvar para descender sobre Santiago. Allí lo esperaban otras fuerzas y alguna artillería.

Pero al otro lado de la serranía acampaba el general San Martín listo para el

combate y no podría Maroto sin afrontarle ocupar posiciones en la cresta. Era el 11 de febrero de 1817 al atardecer. Por la noche maduraron su plan ambos generales: Maroto esperaba el día siguiente para ocupar la altura y mantenerse allí, donde tenía una avanzada, hasta que le llegaran refuerzos; San Martín resolvió precipitar la acción y a las dos de la mañana, bajo la luna que esparcía su claridad en la montaña, los soldados patriotas trepaban los escalones de la sierra y alcanzaban su cumbre cuando clareaba el 12 de febrero.

Al pie de la cuesta abajo divisó al ejército realista que advertido de la maniobra formaba en línea de batalla. Chacabuco se decidió militarmente en ese momento; en la certera apreciación del atacante que comprendió cómo podía envolver al adversario en la trampa de su propio dispositivo.

Había dos sendas para descender al llano: la del este llevaba sobre la derecha del enemigo; la del oeste, más larga y envolvente, llena de vericuetos, la Cuesta Nueva, venía a caer detrás de su izquierda. Eran dos garfios dibujados en la montaña cuyo cierre tenía que ser mortal. San Martín dispuso que O'Higgins, al mando del ala izquierda, atacara por la Cuesta Vieja y aferrara allí al adversario sin comprometer el combate hasta que Soler, que con la otra división daba el rodeo de la Cuesta Nueva llegara al campo a golpear sobre su flanco izquierdo y retaguardia. O'Higgins alcanzó la posición prefijada antes del mediodía, pero Soler no podía llegar sino dos horas después. Sin embargo aquél empeñó enseguida la suerte de la batalla y hubo que luchar bravamente hasta que se vio bambolear al flanco del oeste de los realistas ante el ataque de los primeros batallones de Soler que llegaban al combate. Mientras tanto los granaderos de Zapiola, a cuyo frente se puso el propio San Martín en lo más arduo de la refriega apoyando el reiterado ataque de O'Higgins, completaban la maniobra y consumaban la desarticulación del enemigo sableando terriblemente sus últimos cuadros. Quinientos muertos del ejército realista quedaron sobre el campo atestiguando la tremenda derrota. Únicamente a 12 alcanzó la pérdida de los patriotas.

La victoria de Chacabuco abrió al ejército las puertas de la capital de Chile, de la cual había huido Marcó del Pont, hecho prisionero poco después. San Martín entró en Santiago el 14 de febrero y allí, de acuerdo con lo establecido en sus instrucciones, convocó a una asamblea de notables para que designaran la primera autoridad del Estado chileno. Descartó con energía el ofrecimiento que se le hizo para ocupar el cargo de director supremo, que en definitiva fue discernido al general Bernardo O'Higgins. El general de los Andes había cumplido brillantemente la primera etapa de su empresa, pero faltaba aún consolidarla. Los restos del vencido ejército de Maroto unidos a las fuerzas que no llegaron al combate se replegaban hacia el sur donde prolongarían la resistencia. Además, pensaba ya San Martín en la preparación de su plan continental y la expedición al Perú constituiría desde entonces el objeto predominante de sus afanes.

Debía resolverse previamente la ocupación de todo el territorio chileno. No se había extremado la persecución después de Chacabuco y en el sur, impulsada intrépidamente por el coronel Ordóñez, jefe militar de Concepción, se hacía fuerte la resistencia realista. Se envió a sofocarla al coronel Las Heras con su ya famoso batallón Nº 11 y un escuadrón de granaderos. Salió de Santiago el 18 de febrero, pero sus marchas fueron lentas y el adversario tuvo tiempo de reorganizarse, apoyándose en la plaza fuerte de Talcahuano, mientras esperaba los refuerzos que por el mar habría de enviarle el virrey del Perú. Recién a comienzos de abril se acercaba Las Heras a Concepción, acampando en la hacienda de Curapaligüe. Allí le fue a buscar Ordóñez con 80 infantes y 100 jinetes, pero el jefe argentino resistió victoriosamente la embestida y transformó en derrota la retirada que su atacante debió emprender después de un duro combate. El 5 de abril ocupaba Las Heras la ciudad de Concepción y se fortificaba en el centro de Gavilán mientras aguardaba a O'Higgins, que alarmado por la inusitada resistencia se había puesto en marcha desde Santiago para reforzar las operaciones. Pero Ordóñez volvió a atacar el 5 de mayo. Habían desembarcado en Talcahuano 1.600 hombres que le enviaban desde el Perú y se propuso desbaratar a Las Heras antes de que llegara O'Higgins. Gavilán fue una nueva victoria para el bravo Las Heras que derrotó totalmente al adversario obligándole a huir con grandes pérdidas.

La situación, sin embargo, tornábase grave porque significaba la prolongación de la guerra de Chile aplazando los planes para la expedición al Perú. La resistencia realista había dado sus frutos, Talcahuano se convertía en un bastión por el momento inexpugnable. O'Higgins tomó el comando del ejército del sur y formalizaba el sitio mientras la mala estación paralizaba las operaciones.

Las dificultades de Pueyrredón

El 10 de marzo, un mes después de Chacabuco, San Martín emprendía viaje a Buenos Aires. Esta vez repasaba la cordillera sin más compañía que la de su ayudante el capitán O'Brien, un joven irlandés de magnífica estampa. Chile seguía siendo una etapa en la ruta, el tránsito necesario para cumplir la misión que se había impuesto, y por esto pudo decir que aquel viaje a Buenos Aires era el camino de Lima. La gloria de Chacabuco no le había envanecido y sabía hasta qué punto había acrecentado su responsabilidad. De golpe se hallaba colocado en el primer plano del gran escenario de América; los pueblos confiaban en él y lo miraban como a su caudillo; había dejado de ser una esperanza para ser el conductor de la gran empresa de la emancipación. Quería conferenciar con Pueyrredón, ajustar las bases políticas y financieras de la gran expedición, saber cuál sería su cooperación para la formación de la escuadra.

Su salud se había resentido nuevamente. Desde Uspallata le escribió a O'Higgins: "Pienso detenerme en ésta un par de días, pues la fatiga del pecho no

me permite marchar". Iba además inquieto por la salud de Remedios, que con la pequeña Merceditas, nacida en Mendoza hacía apenas unos meses, había regresado a Buenos Aires poco después de emprender él el cruce de los Andes.

En Mendoza, su amada capital cuyana, le fue imposible substraerse al entusiasmo popular, a la aclamación unánime que rayó en el delirio. Pero el día 19 emprendía el largo viaje desde la posta del Retamo meditando ensimismado sobre las dificultades que debería vencer en Buenos Aires y las decisiones que debería proponer a su amigo el director supremo.

Antes de partir había recibido varias cartas de Pueyrredón. En una de ellas le informaba sobre la marcha de la guerra en el continente: "Son lisonjeras las noticias de la América del Oeste: parece que van los patriotas dando fin del sargento Morillo y de todo su ejército"; pero en otra se refería con amargura al mal sesgo que tomaba la invasión portuguesa a la provincia oriental: "Los portugueses han manifestado ya su mala fe: su objeto y sus miras tan ponderadas de beneficencia a estas provincias están ya descubiertas y no son otras que agregar a la corona del Brasil la Banda Oriental; y si nosotros proclamamos por emperador al rey don Juan admitirnos como por gracia bajo su soberano dominio. ¡Bárbaros miserables! Tenemos más poder y dignidad que ellos y jamás las provincias de Sudamérica tendrán un monarca tan subalterno. Vea V. mi manifiesto de ayer y gradúe por él mis sentimientos. El nombre americano y nuestro noble amor propio debe sentirse humillado y ofendido. Yo deseo un soberano para nuestro Estado, pero lo quiero capaz de corresponder a la honra que recibirá en mandarnos: es decir quiero alguno que sea más grande que don Juan y lo quiero para sólo nosotros".

Por fin, en una tercera carta, el director supremo le hablaba sobre lo que constituía el objeto de su viaje: "¡Qué bella ocasión para irnos sobre Lima ahora que el señor Pezuela está en calzones blancos! Pero desgraciadamente no hay marina que proteja la empresa. Sin embargo creo que antes de mucho saldrán de aquí los cinco barcos americanos, de los que están dos en estas balizas".

Indudablemente los problemas del país se complicaban y aún estaba lejos esa meta de Lima que era menester alcanzar a toda costa. San Martín discernía sobre ellos, colocando en primer término, inflexiblemente, la prosecución del plan continental. De la misma manera que había luchado antes por la declaración de independencia venciendo todas las demás vacilaciones, le parecía ahora obvio consumarla con la decisión de las armas. Esa guerra inminente con Portugal se le aparecía como un fantasma amenazante que iba a enervar la acción del gobierno de Buenos Aires y distraer sus recursos en otra dirección. Comprendía la odiosidad de la conducta de los portugueses, la doblez indudable con que habían ocupado la provincia oriental alegando motivos fútiles que no le engañaban; y valoraba el trance doloroso y heroico con que Artigas, distanciado del Directorio y prácticamente abandonado por éste, estaba afrontando solo al invasor, que ahora le estrechaba sobre el Uruguay y hacía poco más de un mes,

el mismo día de Chacabuco, había arrasado a su nativa Yapeyú. Era un duro trance, sin duda, pero quizá fuera posible postergar la decisión del conflicto, que al fin y al cabo venía prolongándose desde agosto del año anterior y no había modo de atender dos guerras al mismo tiempo.

Conocía bien, por otra parte, las dificultades de Pueyrredón. "Si no apretamos los puños estamos amenazados de ver al país convertido en un Argel de hombres con peluca", le había escrito el enérgico Juan Martín, aludiendo a las disensiones en el Congreso y a la discordia federalista que arreciaba frente al centralismo directorial. Él mismo había contribuido desde Mendoza a afirmar la autoridad cuando el levantamiento de Bulnes en Córdoba; y sabía que Belgrano, ahora en el comando del ejército del Norte, establecido en Tucumán mientras Güemes y sus gauchos custodiaban la frontera, apenas podía mantenerla. El Litoral se había colocado bajo la protección de Artigas y el director supremo debía permanecer en pie de guerra frente a Santa Fe. Y por si fuera poco el encono provinciano, en la propia capital se había hecho tan apasionada y candente la controversia, que los federales porteños no sólo combatían al centralismo gubernativo sino que denunciaban como una traición la solución monarquista y la actitud pasiva del gobierno ante el problema oriental.

Pero Pueyrredón tenía la mano dura y había desterrado a Norteamérica, a principios del año, a Dorrego, French, Agrelo, Moreno, Chiclana, Pazos Silva, Pagola y Valdenegro. No se entendía tampoco con el Congreso, que había decidido trasladarse a Buenos Aires el 1º de febrero; y le irritó el Reglamento Provisional dictado para regir al Estado, estimándolo peor que el Estatuto de 1815, por sus ribetes localistas, que trababan, según él, la acción del director supremo. Además de todo esto, eterno problema de un mísero Estado, la permanente angustia financiera. ¿No pretendía el buen Pueyrredón que le auxiliara desde Chile con parte del dinero tomado al enemigo? "Mándeme usted la mitad —instábale— para equipar a Belgrano que me saca los ojos por la desnudez y miseria de su ejército que ha estado privado de auxilios necesarios para atender a Chile".

¡Inquietantes noticias ciertamente para quien llevaba a Buenos Aires el fresco laurel de Chacabuco!

El Ejército Unido

San Martín llegó a Buenos Aires en los primeros días de abril entrando de incógnito a la ciudad con su fiel O'Brien, cuya brillante efervescencia irlandesa no se avenía con la modestia pertinaz de su general. Pero hubo naturalmente fiestas y aclamaciones demostrativas del intenso júbilo con que le recibía la capital de las Provincias Unidas. El gobierno le había promovido a brigadier general, mas él declinó reiteradamente ese honor destinado a recompensar su

proeza: "Yo me considero sobradamente recompensado —escribió en esa renuncia memorable— con haber merecido la aprobación de este servicio: es el único premio capaz de satisfacer el corazón de un hombre que no aspira a otra cosa. Antes de ahora tengo empeñada solemnemente mi palabra de no admitir grado ni empleo alguno militar ni político. Por lo mismo espero que V. E. no comprometerá mi honor para con los pueblos y que no atribuirá a amor propio la devolución del despacho, cierto de que, contento con el empleo a que me ha elevado V. S., sacrificaré gustoso mi existencia en obsequio de la patria y servicio de V. E".

Y ante la insistencia del director tuvo que dirigirse al Congreso para que mandara "tener sin efecto dicha gracia en la inteligencia de que Vuestra Soberanía, ni mi modo de pensar, no permitirá exista en sus ejércitos un oficial que no sabe cumplir con lo que promete".

San Martín permaneció en Buenos Aires el tiempo indispensable para convenir con Pueyrredón los medios de formar la escuadra: adquirir y asegurar el envío de armamentos; destinar algunos jefes y oficiales; y sobre todo ratificar por su decisiva intermediación la alianza argentino-chilena, gran pivote de la campaña emancipadora, no sólo de gobierno a gobierno sino también entre los dirigentes de la restaurada Logia Lautaro —habían creado con O'Higgins una filial en Santiago antes de su viaje—, comprometiéndolos a apoyar esa política.

Tuvo también que afrontar, en esos días, el problema de los Carrera, irreconciliables enemigos de O'Higgins y ahora sus tenaces adversarios. José Miguel Carrera, después que San Martín lo hubo apartado de Mendoza a fines de 1814, había sido acogido por Alvear en Buenos Aires, y cuando éste fue depuesto en 1815 resolvió ir a los Estados Unidos con algunos fondos que reunió entre sus partidarios con el fin de adquirir allí los elementos necesarios para organizar por su cuenta la reconquista de Chile. Consiguió comprar a crédito, pagadero después de logrado su propósito, hasta cinco naves, y de una de ellas, la corbeta *Clifton*, llegaba a Buenos Aires el 9 de febrero de 1817, enterándose entonces del cruce de los Andes por la expedición de San Martín, del triunfo en Chacabuco, de la elevación de O'Higgins a la Dirección Suprema de Chile. A pesar de ello trató de llevar adelante su plan, que consistía en transportar en la flotilla, por el Cabo de Hornos, hasta las costas de Chile a una expedición de sus partidarios y cooperar allí en la guerra contra los realistas. Pero Pueyrredón se apercibió del juego y el peligro que importaba favorecer en Chile a una facción opositora al gobierno de O'Higgins. Cortó en seco las pretensiones de Carrera, secuestró sus naves todavía impagas e incluso lo hizo arrestar cuando supo que insistía en realizar de cualquier modo su propósito. Poco despues, negándose a un esfuerzo de conciliación, que el propio San Martín le propuso personalmente, consistente en volver a los Estados Unidos como agente diplomático de las Provincias Unidas, el frustrado caudillo, intransigente y altivo, encendidas al rojo su pasión y su ira, que avivaban el ansia del desquite, se fugaba del cuartel

del Retiro y se dirigía a Montevideo desde donde iniciaría contra sus adversarios una audaz y escandalosa campaña difamatoria.

San Martín regresó a Santiago de Chile el 11 de mayo, el mismo día en que se recibía la noticia del triunfo de Las Heras en el Cerro del Gavilán, O'Higgins, que estaba en el sur, dirigiendo personalmente la campaña, había dejado el gobierno a cargo del coronel Hilarión de la Quintana.

Al general de los Andes aguardábanle en esta nueva etapa de sus tareas nuevos y molestos problemas, mientras debía avenirse forzosamente a la larga espera de los recursos. Un año calculaba Pueyrredón que sería necesario para armar la escuadra. Más de tres años faltaban en realidad para que al fin zarpara con rumbo a las costas del Perú.

Entretanto había que liquidar la resistencia española en Talcahuano, pero en eso estaba O'Higgins; organizar el "Ejército Unido de los Andes y Chile", del cual había sido nombrado general en jefe; atender las grandes y las pequeñas cosas del gobierno y de la política que refluían sobre él aunque el mando oficial recayese en Quintana; vigilar la disciplina de jefes y oficiales, a veces levantisca y no muy avenida a la colaboración estrecha con los camaradas locales; realizar, aunque íntimamente detestara el cometido, una vida política y social intensa, que muchas veces sólo lleva a su estrado minúsculos problemas y rencillas caseras o le obligaba a participar en fiestas y saraos en los cuales se convertía naturalmente en la figura central.

Todos estos meses de 1817 fueron sin duda para él un paréntesis enervante. Creía que O'Higgins daría fin a los matuchos de Talcahuano y no pensaba aún seguramente en que tendría que desenvainar de nuevo la espada para afianzar la libertad de Chile. Mientras, se consumía aguardando la buena hora de proseguir su empresa. Y entre papeles y confidentes; disipando suspicacias o resolviendo pleitos; atendiendo con permanente tensión las noticias de Buenos Aires, su espíritu no estaba tranquilo y su salud se resentía. El 22 de julio le escribía a Godoy Cruz: "Mi salud sigue en un estado bien miserable; conozco que el remedio es la tranquilidad por cuatro o seis meses, pero mi extraordinaria situación me hace ser víctima desgraciada de las circunstancias; crea usted, mi amigo, que no hay filosofía para verse caminar al sepulcro y con el desconsuelo de conocerlo y no remediarlo. Dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza me darían vida".

Sí; poníanle "el humor malditísimo" aquel diario lidiar con "díscolos, apáticos y sarracenos", según decía en otra carta. Pero la verdad es que estaba enfermo y tanto que el cirujano mayor del ejército, doctor Zapata, se creyó en el deber de comunicar su diagnóstico a Tomás Guido, nuevo agente diplomático de las Provincias Unidas ante el gobierno de Chile, diciéndole: "Empeñe V. S. toda su amistad para que este hombre todo del público, se acuerde alguna vez de sí mismo; que dejando de existir no servirá ya a esa patria para quien debía vivir y por quien se hace inaccesible al consejo".

Tuvo finalmente que acceder a ese consejo y pasó una temporada de curación y descanso en la hacienda de Tagle, cerca de Santiago. Pueyrredón designó para reemplazarle interinamente al brigadier general Antonio González Balcarce, pero cuando éste llegó a la capital chilena San Martín se había recobrado y vuelto a sus actividades. Reasumió el mando del ejército a fines de noviembre, quedando Balcarce como general sustituto.

Cancharrayada

El 10 de diciembre le escribía a O'Higgins, que había asaltado inútilmente Talcahuano cinco días antes: "Parece que los matuchos quieren tentarnos la ropa. Dios lo haga pues de este modo tendremos más asegurada la expedición a...; creo que sería conveniente retirar a Talca todo lo que a usted le fuese útil en ésa; yo creo que si los sacamos a los llanos el golpe debe ser decisivo". Y en la postdata: "Desde que tengo la noticia de la venida de los matuchos todos mis males y lacras se me han quitado".

¿Qué había ocurrido? La novedad era de bulto. El virrey Pezuela había decidido tomar la iniciativa e ir a buscar en Chile al adversario antes de que pretendiera a su vez abatirle en Lima. San Martín, que ya había comenzado con respecto al Perú los mismos trabajos de zapa empleados desde Mendoza con Marcó del Pont, conoció los propósitos del virrey y supo que una expedición de tres mil cuatrocientos veteranos al mando del brigadier Osorio se dirigía a Chile con ánimo de recuperarlo. El problema consistía en saber dónde se efectuaría el desembarco: si en Valparaíso, para atacar en seguida a la capital o en el sur para unirse a las tropas de Ordóñez, que resistían victoriosamente en Talcahuano. Por eso San Martín, después del fracaso de O'Higgins en su asalto a esta plaza el 6 de diciembre, dispuso que levantara el sitio y se replegara hacia el norte concentrándose en Talca. De esta suerte, según fuera el sitio elegido por el enemigo para iniciar su ofensiva, ambas fracciones del Ejército Unido estaban en condiciones de reunirse y dar la batalla campal decisiva, sobre todo "si los sacamos a los llanos", como decía San Martín, seguro de la temible superioridad de su caballería.

O'Higgins, comprendiendo el plan del general, le escribía desde su campo: "Celebro infinito que quieran decidir la suerte de Lima en Chile", y levantaba el sitio de Talcahuano el 1º de enero de 1818, poniéndose en marcha hacia Talca, del otro lado del río Maule.

Osorio desembarcó en Talcahuano a mediados de enero y recién el 12 de febrero salía a buscar al adversario, que continuaba su repliegue hacia el norte, atrayéndole a la mortal decisión. Entretanto San Martín venía hacia el sur y sus fuerzas se unían con las de O'Higgins en Quechereguas, 25 kilómetros al norte de Talca. Hasta allí adelantó Osorio la punta de su vanguardia, pero comprendió

la celada; se había alejado mucho de sus bases, no había logrado alcanzar a O'Higgins para batirlo solo, como era su propósito, y ahora vacilaba ante el Ejército Unido. Resolvió sobre la marcha volver las caras y rehuir el combate.

Replegábase, pues, sobre Talca, pero antes de repasar el Maule le daban alcance las tropas de San Martín, que advirtiendo la maniobra había seguido sus pasos y le impedía la retirada. Finalizada la tarde del 19 de marzo, Osorio debía necesariamente afrontar al enemigo y formar en batalla frente a un campo que llamaban Cancharrayada, hacia el noroeste de la ciudad. Ante él desplegó su línea el general patriota, pero la noche, oscurísima, abatíase ya sobre ambos ejércitos y obligaba a postergar la acción.

Los jefes realistas, que preveían la derrota, resolvieron atacar por sorpresa esa misma noche. Ordóñez, el defensor de Talcahuano, había sido el enérgico impulsor de esta bizarra decisión, y a él se le encomendó la dirección del ataque. Pero San Martín había sido advertido a última hora del inesperado movimiento del adversario y dispuso de inmediato el cambio de posición de las dos alas en que estaba formada su línea. De acuerdo con estas órdenes, rápidamente circuladas, pudo notarse en la oscuridad circundante el presuroso movimiento masivo que obedecía silenciosamente el mandato. La división de la derecha, dirigida por Hilarión de la Quintana, giró hacia el noroeste y se situó sobre el camino de Santiago; pero la izquierda, a cuyo frente estaba O'Higgins, no tuvo tiempo de realizar su maniobra y debió apercibirse de golpe para el combate, recibiendo la carga cerrada del enemigo que la desbarató completamente tras breve y encarnizada refriega, para arrollar en seguida a los desprevenidos granaderos, a la artillería y a la reserva. San Martín, envuelto en el tumulto, y el bravo O'Higgins, herido en un brazo, debieron unirse a los dispersos, que ya atravesaban el Lircay retirándose hacia el norte, camino de San Fernando, donde se detuvieron.

Cancharrayada, que prometía ser una victoria en el siguiente día, había sido una sombría derrota en la noche. Sin embargo, inadvertida por los vencedores y sin haber podido tomar parte en la batalla, hallábase íntegra, aunque sin jefe y sin órdenes, la división de la derecha, porque después de colocarla en su nueva posición, el coronel de la Quintana había quedado envuelto en el colapso del cuartel general. Eran 3.500 hombres, de cuyo mando se hizo cargo el coronel Las Heras. Con ellos, asumiendo la responsabilidad de salvarlos, decidido y sereno como siempre, pero más adusto que nunca su fiero semblante de guerrero, mordiéndose los foscos bigotazos con rabia contenida e implacable en el estricto cumplimiento del deber apremiante, el vencedor de Gavilán emprendió la retirada por el camino de Santiago.

Serían la base preciosa de la revancha, y por eso su arribo al campamento de San Fernando, dos jornadas más tarde, inundó de júbilo al preocupado general de los Andes, que, sin embargo, no había perdido el tiempo y remontaba nuevas fuerzas, reorganizando a los dispersos batallones, mientras O'Higgins con su

brazo en cabestrillo, se dirigía sin demora a la capital para reasumir la dirección suprema del estado y poner orden en la inmensa confusión que allí reinaba. El propio San Martín lo hizo el 25 de marzo, y después de una junta de guerra anunció que se proponía abrir los accesos de la ciudad. "La patria existe y triunfará —dijo en una breve arenga ante la conmovida multitud—, y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la América del Sur".

La batalla de Maipú

Había elegido el sitio en que atajaría al ejército de Osorio. Era una lomada que se extiende desde el sur de Santiago hasta la llanura bañada por el río Maipú, dominando los caminos que conducían a la capital y el que llevaba, bifurcándose, a Valparaíso. Por allí tendrían que pasar los realistas, sea para empeñarse en un ataque frontero, o bien para torcer hacia el puerto, o quizá para tratar de rodear la posición.

A los quince días de Cancharrayada, con su ejército rehecho, San Martín aguardaba optimista la nueva decisión.

En los primeros días de abril se supo con certeza la cercanía de las tropas realistas. El 5 a la madrugada el general pudo advertirlas marchando sobre una altura triangular separada de la Loma Blanca, que él ocupaba, por una hondonada de mil metros en su parte más ancha, la del oeste, y doscientos cincuenta en la más angosta. La intención del enemigo parecía ser la de seguir avanzando hacia el camino de Santiago, y entonces extendió su línea a lo largo de la Loma, resuelto a empeñar el combate. Su ala derecha estaba al mando de Las Heras y la izquierda tenía a su frente a Rudecindo Alvarado, todavía teniente coronel. Había dispuesto además una fuerte división de reserva, que comandaba Hilarión de la Quintana. Los realistas se desplegaron sobre la loma triangular, cuyo ángulo sudoeste caía sobre la hacienda de Espejo, donde tenían el parque y los bagajes.

Un sol brillante, en aquella límpida mañana de abril, agregaba sus oros al coloreado paisaje, y llegaban desde las huertas vecinas olor de viña y perfumes de azahar; pero las huestes estaban bajo el luciente mediodía apercibidas para la muerte y la sangre. Una seca andanada resonó de improviso, y fue la señal de la refriega. Había partido de la línea patriota, y en seguida comenzó el ataque por la derecha del bravo coronel Las Heras, que cargó sobre la izquierda del enemigo mandada por Primo de Rivera y acantonada en unos cerrillos al oeste de la Loma triangular. Desde ésta, las otras divisiones realistas, a cargo de Ordóñez y de Morla, iniciaban su avance para recibir a los ágiles negros de Alvarado, que se habían descolgado a la hondonada y corrían con sus desnudas bayonetas al terrible encuentro. La fusilería del famoso regimiento de Burgos los obligó a detenerse, duramente diezmados, y pareció decidirse por las armas del rey el contenido asalto de la izquierda.

En tanto, Las Heras, que también había oscilado un momento ante los fuegos de su adversario, reiniciaba su ataque, apoyado por los granaderos de Zapiola, y no sólo arrollaba su frente, sino que acudía, como una cuña oblicua, sobre el flanco de la derecha enemiga, procurando aliviar a Alvarado, que se rehacía en medio de la hondonada protegido por la artillería del chileno Borgoño, que adelantó al galope sus pequeños cañones, certeros y mortíferos.

Pero lo decisivo, la solución táctica del problema, prevista por el general en jefe para su ejecución de acuerdo con las contingencias de la lucha, fue el fulminante empleo de la reserva, pronta desde el comienzo a asegurar un eventual tropiezo o resolver el triunfo allí donde su ojo avizor descubriera una debilidad del enemigo. Y así fue. Mientras Las Heras, que había hecho retroceder a Primo de Rivera, golpea furiosamente los flancos de Morla y los granaderos sableaban ya en su retaguardia, San Martín, en el instante preciso dio orden al coronel de la Quintana para cargar con la división de reserva sobre el regimiento de Burgos, adelantado peligrosamente en su avance sobre Alvarado.

Un inglés que presenciaba la batalla, Samuel Haigh, describió este momento: "El choque fue tremendo, cesando el fuego casi de golpe y ambos bandos cruzaron bayonetas. Los gritos repetidos de '¡Viva el Rey!' y '¡Viva la Patria!' demostraban que cada pulgada de terreno era disputada desesperadamente; pero a causa del polvo y del humo era difícil saber de qué lado se inclinaba la victoria. Finalmente el grito realista enmudeció y el avance patriota gritando '¡Viva la Patria!' proclamaba que la victoria era suya".

La batalla de Maipú estaba decidida y el final se consumó en la hacienda de Espejo, de la cual hizo Ordóñez su último reducto. Allí fueron a buscarle los cazadores de Coquimbo, que arrostraron sus fuegos en el callejón de la Hacienda, y el regimiento de Las Heras, a quien se entregaron vencidos Ordóñez, Morla, Primo de Rivera y otros jefes. Osorio había huido.

Cuando O'Higgins, poco antes de terminar la jornada, se presentó en el campo, con su herida todavía abierta y abrazando a San Martín le dijo: "¡Gloria al salvador de Chile!", sintetizaba en una frase los resultados decisivos que acababan de obtenerse en Maipú. La misma conclusión, pero a la inversa, expresaría el virrey Pezuela, unos días después, cuando se enteró de la derrota: "Chile está perdido".

La batalla no solo ratificaba en los hechos y para siempre la independencia chilena. Tenía trascendencia americana y era el jalón concluido que necesitaba el plan libertador de San Martín. Había transcurrido más de un año desde Chacabuco y, como entonces, juzgó indispensable iniciar sin demora la empresa sobre Lima. Hacia allí, a la antigua y orgullosa ciudad de los Reyes, donde anidaba el corazón del imperio enemigo, se volvían como siempre los resortes íntimos de su acción, el renovado afán de cumplir la misión que se había impuesto y cuyas exigencias le atraían inexorables como un llamado del destino.

IV

LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

La financiación de la empresa

San Martín se apresuró a viajar de nuevo a Buenos Aires y el 13 de abril salía de Santiago para repasar la cordillera y realizar de nuevo la larga travesía. Debería replantear ante Pueyrredón y los prohombres de la Logia en Buenos Aires los planes elaborados después de Chacabuco, que la invasión de Osorio había postergado y la gestión de Manuel Aguirre y Gregorio Gómez, enviados a Norteamérica para adquirir navíos, demoraba todavía más.

Pueyrredón le esperaba dispuesto a recibirle con los grandes honores que reclamaba la gloria del vencedor de Maipú: "Sin embargo de que usted me dice que no quiere bullas ni fandangos —le escribió en una carta que recibió en el viaje— es preciso se conforme a recibir de este pueblo agradecido las demostraciones de amistad y ternura con que está preparado". Pero San Martín, siempre esquivo, evitaba las aclamaciones y el 11 de mayo entraba a la ciudad sin aviso previo, a la hora del alba, yendo directamente a su casa donde le aguardaban María de los Remedios y su hijita, a quienes no veía desde aquella mañana de Mendoza, hacía más de un año, cuando se despidió de ellas para conducir su ejército a través de la cordillera.

Estuvo en Buenos Aires poco más de un mes. Pero si pudo evitar la efusión popular del recibimiento le fue imposible substraerse a los honores oficiales. El 17 de mayo debió asistir a la sesión extraordinaria que el Congreso acordó celebrar para expresar públicamente la gratitud de la Nación al vencedor de Maipú.

La ciudad se había engalanado para adherir a la solemne ceremonia y se volcó sobre las calles del breve recorrido que haría la comitiva desde el Fuerte hasta la Casa Nacional, sede de la Soberanía, en el antiguo local del Consulado sobre la misma calle que ahora se llama de San Martín.

El general de los Andes, de gran uniforme, adelantaba su figura marcial al lado del director supremo, y la multitud que lo contemplaba aplaudiendo su paso debió comprender enternecida, en aquella hora de emoción y de gloria, el

significado cabal de la misión que ese hombre estaba realizando con un fervor tan intrépido e indeclinable en el propio sacrificio como tenaz e intransigente en el reclamo con que llamaba a compartirla. Porque en el corazón del pueblo era ya San Martín algo más que el extraordinario ejecutor de las proezas militares y veía en él al símbolo de los grandes ideales que le habían movilizado, al héroe que encarnaba la esperanza y los anhelos de la Revolución.

Ahora su sola presencia era un llamado a proseguir la obra todavía inconclusa y casi un reproche que hacía acallar las disidencias y pasiones que la retardaban, pues todos sabían que en el éxito de su empresa estaba la aspiración más auténtica y profunda del pueblo. Por eso alcanzaron vigorosa expresión las palabras con que saludó a San Martín en la reunión de la Asamblea el presidente de turno don Matías Patrón: "La Patria se gloria por la victoria obtenida y sus consecuencias, y no es menor su satisfacción al esperar de vuestro valor y vuestra constancia, iguales y mayores glorias sobre los peligros que restan arrostrar".

San Martín estaba ansioso por terminar rápidamente el cometido que le había traído a Buenos Aires. Tenía ante el gobierno y los "amigos" de la Logia un inmenso prestigio y no hay duda que supo aprovecharlo. Su autoridad pesó decididamente en los acuerdos que se adoptaron para cooperar en el plan continental. Era necesario acelerar la formación de la escuadra para librar de enemigos al Pacífico y hacer posible la expedición a Lima: debían ser reforzados los efectivos del ejército con nuevos reclutas y oficialidad competente; había que suministrar armamentos, vestuarios, caballadas; y todo eso requería urgente financiación. San Martín expuso concretamente sus demandas, allanó objeciones, explicó de nuevo la trascendencia de su empresa, enfrentó al ceñudo doctor Tagle y convenció a todos, primero a los amigos, y después a Pueyrredón en su chacra de San Isidro.

Había dificultades indudables, que se irían complicando cada vez más y, en primer lugar, estaba la penuria financiera que desesperaba a Gascón, ministro de Hacienda, y amargaba la vida del director supremo, que debía multiplicarse para atenderlo todo. El gobierno tenía que responder a las exigencias del frente del Norte continuamente amenazado por La Serna, y estar a la mira de la situación creada en la Banda Oriental por la invasión portuguesa, que en cualquier momento a pesar de su actual actitud pasiva podía plantear una crisis de atención inmediata. Además, se venía temiendo con fundamento la realización de la gran amenaza de Fernando VII, que preparaba en Cádiz un ejército a órdenes del conde del Abisbal para invadir el Río de la Plata.

Pero San Martín fue perentorio y convincente. El 16 de junio tomaba la galera para volver a Mendoza, esta vez en compañía de Remedios y Merceditas. Llevaba además las promesas del gobierno de realizar un empréstito forzoso de quinientos mil pesos durante los próximos cuatro meses destinado a las necesidades de la expedición.

En realidad, desde al año anterior habían comenzado las gestiones para la

adquisición de la escuadra. San Martín comisionó a Álvarez Condarco, primero y después a Álvarez Jonte para que fueran a Londres con ese objeto; Manuel Aguirre y Gregorio Gómez viajaron a Norteamércia para contratar barcos de guerra por cuenta de los gobiernos argentino y chileno. Se irían adquiriendo, además, algunas naves que se ofrecieran en el Río de la Plata o en Valparaíso. Buscábase también un almirante para la futura flota: desde Europa vendría lord Cochrane. En cuanto a los preparativos militares, San Martín confiaba en O'Higgins y en la terminación de la guerra en el sur de Chile, donde prolongaban su resistencia los realistas, ahora a órdenes del general Sánchez: sabía también cuánto habría de rendirle, para remontar su nuevo ejército, el inextinguible celo de su amada provincia de Cuyo, siempre en manos de sus adictos Luzuriaga, La Rosa y Dupuy. En Buenos Aires había comprado armas y pertrechos de guerra.

Volvía, pues, satisfecho de su viaje. Comprendía las razones del gobierno y los aspectos diversos de la situación general, pero ya había hecho su opción frente a esos problemas y por eso la había auspiciado con tanto empeño.

La expedición a Lima significaba resolver el máximo problema; era la conquista de la independencia de América, que por añadidura daría al gobierno la fuerza y los medios de resolver las otras cuestiones. No sólo el patriotismo y la fidelidad a los principios adoptados indicaban este camino sino también el buen sentido y las conveniencias del mismo gobierno. Por eso, con optimismo estimulante, había escrito a O'Higgins antes de partir: "El empréstito de los quinientos mil pesos está realizado. Hágase por ese Estado otro esfuerzo y la cosa es hecha. Sobre todo auméntese la fuerza lo menos hasta nueve mil hombres, pues de lo contrario nada se podrá hacer. Prevengo que en los quinientos mil pesos va inclusa la cantidad del valor de cuatro mil quinientos vestuarios destinados para el ejército de los Andes. Póngase usted en zancos y dé una impulsión a todo para que haya menos que trabajar. De lo contrario yo me tiro a muerto".

La cordillera estaba cerrada cuando llegó a Mendoza y debió aguardar allí la buena estación. Pero a fines de agosto Pueyrredón le escribía una carta desoladora. El empréstito fracasaba. "No hay numerario en plaza —agregaba el 2 de septiembre—, es imposible el medio millón aunque se llenen las cárceles y cuarteles". Ante la primera noticia, San Martín que conocía cuánto debía jugar en la emergencia reaccionó con violencia inesperada: envió su renuncia de director supremo. Si el ejército no era socorrido no solamente no podría emprender operación alguna sino que estaba muy expuesto a su disolución. Además su salud era muy mala y su médico, el doctor Colisberry, no le daba ni seis meses de existencia, y habiendo variado las circunstancias rogaba se le admitiera la renuncia. Y a Guido, a su entrañable Guido, que seguía la negociación desde Chile, le explicaba que el director como jefe del Estado y como amigo había sancionado el auxilio pedido. El incumplimiento era cuestión de honor: "Yo no quiero ser juguete de nadie", terminaba.

La renuncia cayó en Buenos Aires como una bomba. Volvieron a reunirse los prohombres del Congreso y los amigos. Puerredón, recapacitando sobre su actitud anterior tal vez un poco débil frente a los comerciantes, metió a todos en un puño. apretó terriblemente y consiguió exprimir hasta 300.000 pesos. Zañartú, ministro de Chile, le explicaba a O'Higgins la situación: "El empréstito se lleva a cabo porque la Logia no se detendría por consideración alguna que se oponga a la realización del fin. San Martín ha dado un golpe maestro". Y es que la autoridad de San Martín seguía siendo incontrastable. Le volvió a escribir a Guido: "Todo eso ha mejorado mi salud y sólo espero un poco más de tiempo para que venga todo el dinero y marcharme a ésa aunque sea muriéndome".

Un manifiesto a los peruanos

Y ya estaba al pie de su mula, con el fiel padre Bauzá, su capellán y administrador privado que le acompañaría hasta Santiago, cuando a fines de octubre recibió una visita importante: nada menos que el prominente logista Julián Álvarez venía a verle en persona de parte de los amigos, tan delicada era la nueva que debía participarle. Se había decidido en los consejos de Buenos Aires enviar a Europa al talentoso canónigo Valentín Gómez, como diputado del gobierno para gestionar ante el Congreso de los Soberanos, reunido en Aix-la Chapelle, el reconocimiento de la independencia del país sobre la base del establecimiento de una monarquía constitucional en el Río de la Plata. Pueyrredón le había escrito también, el 24 de septiembre, con ingenuo entusiasmo, sobre este negocio de cuyo éxito a su juicio dependía la salvación del país: "Él solo va a terminar la guerra y asegurar nuestra independencia de toda otra nación extranjera; por él haremos que al momento evacuen los portugueses el territorio oriental".

San Martín escuchó con mucha atención al secretario de la Logia; tampoco le disgustaba a él una solución monárquica siempre que tuviera por base la independencia; sobre ello habían conversado los amigos en la chacra de Pueyrredón, durante la reunión de junio. Pero sin duda pensó que si esa solución podía adoptarse en el Río de la Plata, para hacerla viable en toda América debía conquistarse antes la libertad del Perú. Además, algo le dejó una espina mordiente. Cuando Álvarez viajaba para Mendoza divisó en lontananza al cruzar la frontera de Santa Fe a una partida de jinetes, que, a no dudarlo, venían a registrar su galera. "Eran los montoneros —explicó con el lenguaje de los doctores de Buenos Aires— y no había tiempo que perder". Y el buen don Julián, antes de que llegaran, había hecho detener el carruaje y con los documentos de la negociación monárquica hizo una pira y los quemó. ¿No era ése un proceder semejante al de quien destruye la prueba de un delito? ¿Estaría acaso esta negociación estinada a ahondar la gran crisis abierta por la divergencia del Litoral?

San Martín con el buen franciscano siguió viaje a Chile. Dejaba a su Remedios convaleciente de un nuevo contratiempo tenido a poco de llegar a Mendoza. En Santiago tuvo una excelente noticia. La naciente escuadra chilena —habían llegado ya varios de los buques contratados— daba los frutos esperados. El coronel Blanco Encalada, improvisado almirante, acababa de apresar en Talcahuano a una fragata española, la *Reina María Isabel*, magnífica presa que venía a engrosar la flota.

En su atareado bufete de la casa del Obispado, San Martín recomenzó su actividad. La minuciosa, concreta y permanente faena de la empresa peruana. Hacia tiempo, desde antes de su viaje a Buenos Aires, habíala iniciado con sus métodos habituales. Iban y venían mensajes hasta Lima o Arequipa o al Callao; informaciones, libelos, cartas misteriosas, anónimos. Todo pasaba bajo su mirada infatigable. Las cosas iban bien. Quizá pudiera comenzarse en esta estación, apenas llegara el famoso lord Cochrane.

Entre tanto, el 13 de noviembre, escribió un manifiesto a los peruanos en que se presentaba como su Libertador: "Mi anuncio no es el de un conquistador que trata de sistematizar una nueva esclavitud. Yo no puedo ser sino un instrumento accidental de la justicia y un agente del destino. El resultado de la victoria hará que la capital del Perú vea por la primera vez reunidos a sus hijos eligiendo libremente su gobierno y apareciendo a la faz de las naciones del globo entre el rango de las naciones".

Pocos días después, el 28 de noviembre, llegaba a Valparaíso lord Alejandro Cochrane, precedido por la fama resonante de sus acciones navales en la guerra contra Napoleón. Álvarez Condarco, en Boulogne-sur-Mer, habíalo convencido fácilmente a enrolarse en la gran aventura que para él significaba participar en la contienda americana. Servía de esta manera a sus propios ideales y a las conveniencias de su país a quien sabía interesado en la libertad de la América española. Era una nueva ocasión para el noble lord e iguales motivos habían decidido a otros marinos ingleses —Wilkinson, Guise, O'Brien, Forster— a comandar los barcos de la armada independiente.

Mecíanse ya en el puerto de Valparaíso, en airoso conjunto, las fragatas, corbetas y bergantines, y el 14 de enero de 1819 Cochrane saldría rumbo al Callao para hacer su primer crucero por el Pacífico y combatir a la flota española que hasta entonces no había tenido oposición alguna. La iniciación de la guerra marítima era la etapa indispensable de la expedición al Perú.

Pero en algunos aspectos las cosas no marchaban bien. Prolongábase la guerra en el sur, adonde se había enviado al general Balcarce, que debía habérselas a un mismo tiempo con realistas y montoneros. Además, el gobierno de O'Higgins era jaqueado por una oposición creciente y se hallaba prácticamente paralizado por falta de recursos o de energía para conseguirlos; incluso podía acusarse algún desgano en la realización de los aprestos del ejército, que San Martín urgía sin descanso. Advertíase en ciertos círculos notoria

animadversión hacia determinados elementos del gobierno que fue necesario desplazar; y reaparecían peligrosamente algunos restos del partido carrerino cuyas aspiraciones promovía desde Montevideo José Miguel Carrera, que clamaba venganza por la ejecución de sus hermanos Luis y Juan José realizada en Mendoza poco despuésde la batalla de Maipú, triste final de una funesta aventura.

El director supremo de Chile, fraternalmente unido a San Martín, sufría más que ninguno estas dificultades, pero se veía obligado a considerarlas a pesar de ser, por otra parte, el primer interesado en cooperar con la fuerza que era su más firme sostén. San Martín pintaba a Pueyrredón esta situación con sombríos colores y le instaba a aumentar sus auxilios.

San Martín y la crisis directorial

En este final del año 1818 era mucho peor la crisis política en las Provincias Unidas. El gobierno y el Congreso se habían embarcado decididamente en la negociación monárquica cuyos detalles refirió Julián Álvarez a San Martín en la entrevista de Mendoza. Pero adoptaban esa determinación en plena lucha con las provincias del Litoral, que el Directorio había reabierto con imprudencia incalculable, sin parar mientes en sus consecuencias ni en el pábulo que daba a la política de Artigas, pertinaz en su postura federalista y en su exigencia de no aprobar ningún avenimiento mientras el gobierno de Buenos Aires no declarara la guerra a Portugal, invasor del territorio nacional desde 1816. En realidad, el proceso federalista estaba abierto en el Litoral desde antes de la revolución de 1815, y Álvarez Thomas primero y después Pueyrredón se empeñaban en sofocarlo.

Mucho había maniobrado el director supremo con comisionados y tropas sobre Santa Fe y Entre Ríos, durante los dos últimos años, pero el resultado, entre otras consecuencias adversas a sus fines, había sido promover la aparición de dos fuertes caudillos, Estanislao López y Francisco Ramírez, que ahora se presentaban como abanderados de un auténtico programa federal y, sobre todo, como intérpretes de la oposición de los pueblos a la actitud del gobierno central ante el invasor portugués y al plan monarquista que era una claudicación.

Santa Fe era la posición clave y por eso resultaba indispensable dominarla para vencer en la nueva campaña, que Pueyrredón decidió abrir en agosto de 1818 enviando contra su territorio al general Juan Ramón Balcarce, que avanzó hasta el Rosario; y al general Belgrano, que desde Tucumán destacó una división al mando de Bustos para amagar desde Córdoba a la rebelde provincia. Pero ni Balcarce ni Bustos pudieron hacer nada efectivo contra el caudillo santafesino, que les hizo una guerra de montonera, terriblemente eficaz aunque debiera retroceder casi siempre ante las tropas regladas, que sólo encontraban ante sí la tierra asolada y la airada protesta campesina.

Así comenzó, en medio de esta guerra civil, el año 1819. Belgrano había debido trasladarse a la frontera de Córdoba para asumir personalmente el mando del ejército, mientras Balcarce era reemplazado por Viamonte en la dirección de las fuerzas de Buenos Aires.

Entre tanto llegaban de Europa noticias alarmantes sobre la expedición española que proyectaba enviar Fernando VII, y con el pretexto de este peligro e invocando las cartas que recibía de San Martín sobre la inacción del gobierno chileno, demorado en su cooperación a la expedición sobre Lima, el Directorio envió a San Martín, el 27 de febrero, la orden de repasar la cordillera con el ejército de los Andes y situarse en Mendoza a la espera de nuevas instrucciones.

Pero cuando esta orden viajaba para Santiago el general se había trasladado a Mendoza desde su acantonamiento en Curimón, enviándole antes una nota a O'Higgins en la que le decía: "La interrupción de correos que hace más de un mes se experimenta con la capital de las Provincias Unidas, las noticias que me suministra el gobernador intendente de la Provincia de Cuyo con respecto a la guerra de anarquía que se está haciendo en las referidas provincias por parte de Santa Fe, me han movido como un ciudadano interesado en la felicidad de la América, a tomar una parte activa a fin de emplear todos los medios conciliativos que están a mis alcances para evitar una guerra que puede tener la mayor trascendencia a nuestra libertad. A ese objeto he resuelto marchar a dicha provincia de Cuyo, tanto para poner a ésta al cubierto del contagio de anarquía que la amenaza, como de interponer mi corto crédito, tanto con mi gobierno como con el de Santa Fe, a fin de transar una contienda que no puede menos que continuada ponga en peligro la causa que defendemos. El general Balcarce queda encargado del mando del ejército de los Andes. V. E. podrá nombrar para el de Chile el que sea de su superior agrado; tendré la satisfacción de volver a ponerme a la cabeza de ambos ejércitos luego que cesen los motivos que llevo expuestos y que los aprestos para las operaciones ulteriores que tengo propuestas y confirmadas por V. E. estén prontos".

Evidentemente San Martín veía cada vez más claro en las causas y en las consecuencias de la guerra civil argentina; en la guerra de anarquía como él y los amigos la llamaban. ¿Cómo no había de inquietarse ante la tremenda perspectiva de una lucha en la que el Directorio de Buenos Aires no vacilaba en dejar desguarnecida la frontera del Norte, siempre amenazada por el ejército de La Serna? ¿Cómo no había de ver el peligro que ella implicaba para la causa americana?

Su decisión fue terminante y, como siempre, puso el interés de la patria por encima de sus propias convicciones, comprometidas sin duda con los amigos de la Logia de Buenos Aires en más de uno de los capítulos enrostrados por "los anarquistas". Y desde Mendoza, el 13 de marzo, se dirigió a Estanislao López pidiéndole aceptara la mediación que el gobierno de Chile, a indicación suya, había interpuesto entre el director supremo de las Provincias Unidas y el

gobernador de Santa Fe, a fin de llegar a un acuerdo que hiciera cesar la guerra. El mismo día y con igual instancia se dirigía al general Artigas.

Le decía a Estanislao López en esta carta famosa: "Unámonos, paisano mío, para batir a los maturrangos que nos amenazan; divididos seremos esclavos; unidos estoy seguro que los batiremos; hagamos un esfuerzo de patriotismo, depongamos resentimientos particulares y concluyamos nuestra obra con honor: la sangre americana que se vierte es muy preciosa y debía emplearse contra los enemigos que quieren subyugarnos".

Y es a López, e igualmente a Artigas, a quienes dirigió en esta misma carta aquella advertencia: "Mi sable jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas".

Esta actitud de San Martín ante los caudillos del Litoral ha de contarse sin ambages entre las decisiones más notables de su intervención en el problema político argentino y por ello corresponde señalar su trascendencia en la crisis final del régimen y medirla por la significación nacional de quien tuvo la extraordinaria entereza de producir un acto que era una clara definición histórica. Por mucho que San Martín estuviera vinculado al equipo gobernante; por más que compartiera la responsabilidad de sus planes como gran dirigente de la Logia, y por poco que le gustara, según expresó más de una vez, la solución federativa, no pudo permanecer indiferente ni sordo ante la guerra civil, ni su visión penetrante de las cosas podía dejar de advertir la realidad y características del drama político y social que se estaba desarrollando en su tierra y que los ideólogos se empeñaban en no ver. Por eso hizo cuestión de patriotismo al promover y favorecer la mediación chilena entre los partidos en lucha. E hizo más: desahució rotundamente a quienes contaban con el prestigio de su espada para dirimir la contienda.

Se ha dicho que estas cartas no llegaron con oportunidad ni a López ni a Artigas porque las interceptó Belgrano en la frontera de Córdoba; pero sin duda alguna por esta misma causa llegaron a conocimiento del gobierno de Buenos Aires, que era en definitiva el verdadero destinatario. Es seguro que desde entonces comenzó a pensar el doctor Tagle en el relevo de San Martín; y de todos modos el director supremo no había querido ni siquiera recibir a la comisión mediadora del gobierno chileno formada por el coronel Cruz y el regidor Cavareda. La mediación, advirtióles Pueyrredón, "es desagradable a este gobierno y da al caudilo de los orientales una importancia que él mismo debe desconocer por su situación apurada".

Pero lo cierto es que las cartas de San Martín a Estanislao López y a José Artigas son del 13 de marzo y que el 5 de abril se acordaba entre las fuerzas de López y Viamonte un armisticio, que era ratificado formalmente en San Lorenzo el día 12 de abril por los representantes de Santa Fe y el delegado del gobierno central, Ignacio Álvarez Thomas.

Belgrano comunicó la firma del armisticio a San Martín y éste le contestó el 17 de abril: "Este pueblo ha recibido el mayor placer con su noticia, esperanzados todos en que se corte una guerra en que sólo se vierte sangre americana".

En Buenos Aires no pensaban de la misma manera; y el equipo directorial no habría de perdonarle nunca su actitud.

La "desobediencia"

Cuando San Martín tomó esta resolución trascendental había ido a Mendoza desde su campo en Curimón con el propósito de llegar hasta San Luis para cerciorarse de las verdaderas proporciones de una sublevación promovida por los prisioneros españoles allí confinados y entre los cuales se contaban los jefes que se habían rendido en Maipú: Ordóñez, Morla, Primo de Rivera, Morgado y otros. Se habían alzado contra el gobernador Dupuy y estuvieron a punto de matarle; pero fracasaron y la represión fue terrible y sangrienta, fueron todos ellos muertos o ajusticiados.

Tenía motivos para sospechar una conexión entre aquel hecho y la reaparición de José Miguel Carrera y Carlos Alvear, que se había unido al caudillo chileno en la actividad difamatoria contra el Directorio y especialmente contra él y O'Higgins. Ahora se hallaban ambos en el campo de Ramírez, en Entre Ríos, esperando sacar cada uno su especial provecho de la guerra civil, porque la lucha de los gobernadores del Litoral contra la política del gobierno de Buenos Aires envolvía en la intención siniestra de aquéllos a San Martín y O'Higgins que se hallaban comprometidos en ella.

Con anterioridad se había descubierto en Buenos Aires una conjuración fraguada por Carrera y su círculo, en la que se mezclaron algunos aventureros franceses que fueron detenidos cuando emprendían viaje a Chile, y el plan era asesinar a O'Higgins y a San Martín e insurreccionar el país para entregarlo a la facción de Carrera. Pero los franceses y sus cómplices pagaron con la vida la intentona y poco después de la sublevación de San Luis fueron fusilados en Buenos Aires, mientras O'Higgins perseguía con mano dura a los carrerinos exiliando a muchos de ellos a la isla de Juan Fernández.

Y fue en Mendoza, disipados los presuntos peligros que estos hechos configuraban, donde San Martín recibió aquella orden que el Directorio había enviado el 27 de febrero para que el ejército de los Andes repasara la cordillera. El general la trasmitió a Balcarce, el cual adoptó enseguida disposiciones para cumplirla ante la gran alarma de O'Higgins y del Senado chileno que se apresuraron a escribir a Buenos Aires pidiendo su revocación.

Además el gobierno estaba alarmado con la situación en el Norte e insistía el 25 de abril ante San Martín, ordenándole que una vez llegado su ejército a Mendoza pasara sin dilación a Tucumán a defender esa frontera. Pero el 1º de mayo había contraorden: se disponía ahora suspender la marcha, el ejército

quedaría en Chile, se activarían los preparaivos sobre Lima.

Puede ser tedioso pero es necesario puntualizar esta cronología. ¿Qué significaba todo esto? ¿Qué motivaba estas órdenes y contraórdenes, estos cambios de rumbo al parecer precipitados? Así habría de suceder en todo el año 1819 y ellas no sólo enunciaban la vacilación provocada por la crisis interna sino la real incertidumbre sobre la tremenda amenaza de la invasión española. Los hombres del gobierno vivían sin duda una dramática situación y aquel peligro se abatía constantemente en los consejos del director supremo como un fatídico fantasma. Sabíase positivamente que en el ejército de Cádiz había fuertes focos de rebeldía y el propio Directorio tenía allí agentes que contribuían pródigamente a fomentarlos; los liberales españoles preparaban un movimiento contra Fernando para obligarle a deponer su absolutismo y aceptar la constitución de 1812; pero la esperada sublevación no se producía y llegaban de pronto a Buenos Aires noticias alarmantes que ponían en tensión los espíritus, aunque muy luego fueran desvirtuadas por las siguientes informaciones. Y por cierto era fundado el temor que debía producir una fuerza atacante de 20.000 hombres para cuyo tranquilo desembarco en Montevideo ni siquiera podía descartarse la complicidad de Portugal.

Pero no hay duda que el armisticio de San Lorenzo contribuyó tanto como la última noticia halagüeña recibida de Cádiz, a la suspensión de la orden dada a San Martín de repasar los Andes y, por otra parte, la amenaza de verse desamparado movió al gobierno chileno a pedir al de Buenos Aires quedaran por lo menos 2.000 veteranos para que con otros tantos que se comprometía a reclutar fueran la base de la expedición al Perú.

Mientras O'Higgins se entregaba con renovado entusiasmo a extremar su cooperación, en Buenos Aires se aprovechaba la paz del armisticio para sancionar el 22 de abril la constitución que venía preparando el Congreso, aquella famosa Carta de 1819 que consagraba el régimen unitario y centralista y de la cual el deán Funes, su docto sostenedor, había dicho repitiendo a Sieyés que no establecía "ni la democracia fogosa de Atenas ni el régimen monacal de Esparta ni la aristocracia patricia o la efervescencia plebeya de Roma ni el gobierno absoluto de Rusia ni el despotismo de la Turquía ni la federación complicada de otros estados"... Aunque lo que sí establecía, sin duda alguna, era un sistema fuertemente conservador y aristocrático, que descartaba la federación reclamada por el Litoral y se prestaba en cambio, maravillosamente, a ser la Carta que debía jurar el príncipe que Bernardino Rivadavia y Valentín Gómez andaban buscando en Europa.

Pueyrredón renunció a su cargo el 9 de junio. Era la tercera dimisión que formulaba y debio aceptársele. El 10 de junio prestaba juramento el nuevo director supremo, general José Rondeau. Pero la constitución de 1819 tenía que precipitar la gran crisis planteada por la divergencia federalista y, además, el armisticio de abril amenazaba romperse en cualquier momento porque para

establecer una paz permanente Artigas exigía al director supremo definiera la cuestión oriental declarando la guerra a los portugueses.

San Martín asistía desde Mendoza, con angustiosa desazón, a las dramáticas contingencias de la crisis que él había querido evitar. Estaba solo, pues María de los Remedios, enferma, había regresado a Buenos Aires con Merceditas, el 24 de marzo. Recrudecieron por entonces sus achaques reumáticos y su malestar en el pecho, que le ocasionaban dolorosas padecimientos, y debió pasar en el campo una larga temporada.

En julio volvió, esta vez amenazante y concreta, la noticia de Cádiz y él sugirió un plan de defensa a Buenos Aires: la escuadra chilena saldría a atajar a los navíos españoles; pero de nuevo se desvaneció el peligro.

O'Higgins y Guido le instaban a regresar a Chile para dirigir personalmente los trabajos del ejército; temían a la nueva guerra civil argentina y que San Martín fuera envuelto en la vorágine. Alvarado, Necochea, Escalada, jefes de los regimientos que habían llegado a Mendoza antes de que la orden del repaso fuera suspendida, también querían volver. Sabían que el espíritu de su general estaba en Lima y únicamente con él querían seguir en la empresa de América que era la causa de todos y no en la guerra civil desencadenada por el error o la ambición de unos pocos.

Era evidente que San Martín atravesaba ahora una profunda crisis espiritual. En la medida que se ahondaba la disidencia nacional se le aparecía claramente el fin de aquel régimen que él, sin embargo, había prohijado y comprendía que era ya inútil exigirle más para la causa que había sido la razón de ser del apoyo que él le había prestado. Pero era un duro trance, sin duda, el tener que hablar con los amigos y de ir al gobierno que no podía ser parte en la contienda fratricida. Sin embargo se decidió a ir a ver a Rondeau y le escribió a Guido el 21 de septiembre, desde San Luis: "Al fin me resolví a ponerme en marcha para Buenos Aires; pero no pude pasar de ésta en razón de lo postrado que llegué; en el día me encuentro muy aliviado y pienso ponerme en marcha dentro de cinco o seis días, permaneciendo en la capital sólo ocho o doce días a lo sumo".

Pero recién pudo tomar la galera el 4 de octubre, apenas restablecido de la penosa enfermedad en que había recaído. Al acercarse a la frontera de Cordoba, en la Posta del Sauce, le avisaron que no era posible seguir adelante, pues estaba cerrada por las fuerzas del general Estanislao López. El armisticio de San Lorenzo había sido roto y la guerra civil ensangrentaba de nuevo al país.

San Martín retomó el camino de Mendoza. Era inútil ahora entrevistarse con Rondeau y el 17 de octubre estaba de vuelta en la capital cuyana. Allí le llegaron órdenes reiteradas del director supremo, firmadas por el ministro de Guerra, Irigoyen, pidiéndole se trasladara en seguida a Buenos Aires con toda la caballería y le prevenían que si hallaba oposición en su marcha, por parte de los enemigos del orden, obrara contra ellos hostil y vigorosamente. Pero también había sabido, en la Posta del Sauce, que la ruptura de las hostilidades se había

señalado por parte de los santafesinos con la captura de una carreta en la que viajaban varios personajes oficiales a los que hicieron prisioneros, entre ellos, el general Marcos Balcarce que iba hacia Chile, según la voz pública, a relevar a San Martín en el comando del ejército de los Andes...

San Martín leyó con inquietud creciente y sin duda con una profunda tristeza las órdenes desesperadas del ministro, a través de las cuales se transparentaba la realidad viviente del país que se estaba incendiando por los cuatro costados.

Bien lo sabía él por los informes que le llegaban de todas partes. En el Litoral dominaban sin discrepancias los caudillos federales; en Córdoba se sostenía a duras penas el gobernador Manuel Antonio de Castro y era aún peor la situación del coronel Motta Botello en Tucumán; Güemes en Salta era una entidad prácticamente autónoma, entregada por cierto a su heroica defensa de la frontera; y en la propia gobernación de Cuyo, tan adicta sin duda a su antiguo gobernador-intendente, crecía la oposición al centralismo porteño instigada por jefes y oficiales confinados allí por el gobierno central.

Por desgracia, la crisis se agudizaba precisamente cuando en Chile realizábanse al fin las tareas por él mismo requeridas para llevar a cabo su empresa de libertad, y cuando la campaña naval de lord Cochrane estaba a punto de dar sus frutos y abrir las rutas del Pacífico.

A medida que examinaba los términos opuestos de la situación el dilema se hacía más dramático. Lamentaba las crueles convulsiones de lo que él también llamaba la anarquía; no creía que el país estuviese en condiciones de establecer un régimen republicano según los modelos en boga; y menos creía en las ventajas de la federación, que a su juicio debilitaría ese gobierno fuerte, guardián implacable del orden, que estimaba indispensable por lo menos hasta terminar con la victoria la guerra de independencia. Pero la intransigencia del Directorio a nada conducía. ¿Qué valor podía tener cualquier solución que no se afirmase sobre la libertad conquistada? ¿Acaso era ya viable ese negociado monárquico que el gobierno miraba como áncora de salvación pero cuyo solo enunciado insurreccionaba a los pueblos como si fuera una traición a la causa de América? ¿Iba él a resolver esa crisis a sangre y fuego arrojando a la contienda fratricida los soldados de Chacabuco y de Maipú? No. La verdad es que había sido profundamente sincero cuando les hizo saber a López y a Artigas que jamás desenvainaría su espada por opiniones políticas y que cada gota de sangre vertida por los disgustos domésticos le oprimía el corazón. Estas palabras no habían sido dichas en vano y volvían a pesar solemnemente sobre su espíritu porque había sonado la hora de la decisión.

Y San Martín se resolvió. Surgía imperativo de su convicción más íntima el mandato inexcusable del deber. Él lo diría más tarde con clásica concisión: "Yo debo seguir el destino que me llama. Voy a emprender la grande obra de dar libertad al Perú".

Por eso, el 9 de noviembre, al comunicar a O'Higgins las órdenes que había

recibido del gobierno, agregó lo siguiente: "No pierda usted un momento en avisarme el resultado de Cochrane para sin perder un solo momento marchar con toda la división a ésa, excepto un escuadrón de granaderos que dejaré en San Luis para resguardo de la provincia: se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible, pero si no se emprende la expedición al Perú todo se lo lleva el diablo".

Quedó todavía dos meses en Mendoza. Los hechos confirmaban la inevitable caída del régimen y la crisis se precipitaba con violencia incontenible. El12 de noviembre un movimiento popular deponía en Tucumán al gobernador Motta Botello y era arrestado el general Belgrano; en Cordoba se mantenía aún el doctor Castro merced al amparo del ejército del Norte, acantonado en el Pilar a órdenes del general Cruz; los gobernadores del Litoral, en cuyas filas iban Alvear y Carrera, cada cual con su consigna de ambición o de odio, se acercaban al Arroyo del Medio. El director supremo había salido a hacerles frente dirigiendo a las tropas de Buenos Aires, al tiempo que ordenaba a Cruz avanzase a marchas forzadas para salvar la situación.

Mientras adoptaba las últimas previsiones para salvaguardar el orden en Cuyo, San Martín volvió a enfermar. Lo postró un ataque reumático y le era indispensable ir a Chile a tomar los baños de Cauquenes que aliviaban infaliblemente sus males. Estaba, pues, ante la urgencia de partir y reponerse para reasumir las tareas de la expedición al Perú. Comunicó su decisión a Rondeau enviándole su renuncia e informando que dejaba al coronel Alvarado al frente de las tropas en Mendoza.

Tuvieron que llevarlo en camilla a través de la cordillera, que traspuso a comienzos de enero. Y fue en Santiago donde tuvo noticias del último acto del drama directorial. El ejército del Norte se había sublevado el 9 de enero de 1820, en la Posta de Arequito, y en vez de acudir en defensa del gobierno central se replegó a Córdoba conducido por el general Bustos. En Buenos Aires los caudillos federales derrotaban a Rondeau en la Cañada de Cepeda, el 1º de febrero; renunciaba el director supremo y el Congreso Nacional se disolvía. El país parecía un caos, pero el orden habría de recuperarse. Nuevas formas, nuevos hombres advenían al primer plano. Cada provincia se replegaba sobre sí misma y fundaba su autonomía.

Era la marea federal que desbordaba en medo de la locura y la esperanza del pueblo que creía haber abatido a los tiranos. En la capilla del Pilar, el 23 de febrero, Estanislao Lopez y Francisco Ramírez dictaban a Manuel de Sarratea, el elegante triunviro del año 11, ahora gobernador de Buenos Aires, las cláusulas del famoso Tratado: "El voto de la Nación se ha pronunciado en favor de la federación, que de hecho admiten..."

Al grito de "¡Viva la federación!" se sublevaron también las ciudades de Cuyo y el batallón de Cazadores de los Andes se plegó al movimiento. Luzuriaga, La Rosa y Dupuy, los antiguos colaboradores de San Martín, eran barridos de Mendoza, San Juan y San Luis. El coronel Rudecindo Alvarado, con los

granaderos de Necochea y un resto de los cazadores, ganó las gargantas de la cordillera y la cruzó de nuevo para ir a alinearse bajo la enseña de su general.

Hacia el Perú

El 2 de abril de 1820 realizábase en la ciudad de Rancagua una reunión cuya grave trascendencia no podía escapar a quienes a ella concurrían, todos ellos jefes del Ejército de los Andes. En su presencia, el general las Heras, que los había convocado, abrió un pliego remitido por San Martín y leyó lo siguiente: "El Congreso y director supremo de las Provincias Unidas no existen: de estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del Ejército de los Andes y de consiguiente creo que mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad nombren un general en jefe que deba mandarlos y dirigirlos, y salvar por este medio los riesgos que amenazan a la libertad de América. Me atrevo a afirmar que ésta se consolidará no obstante las críticas circunstancias en que nos hallamos si conserva como no lo dudo las virtudes que hasta aquí lo han distinguido".

Pero los jefes respondieron a San Martín: "La autoridad que recibió el señor general para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país no ha caducado ni puede caducar, porque su origen que es la salud del pueblo es inmutable". Y se atuvieron con lealtad magnífica a la calidad heroica de la empresa. Sabían que su conductor era algo más que un jefe del ejército y reconocían en él al artífice insuperable de la obra todavía inconclusa.

Entretanto la ruta del Pacífico había sido franqueada por lord Cochrane. Desde el año anterior el almirante corría sin descanso a la armada realista, obligándola a encerrarse en el Callao bajo la protección de sus fuertes.

Allí la fue a buscar desafiando los fuegos de la poderosa fortaleza con increíble audacia, pretendiendo incendiarla con sus famosos cohetes a la Congreve, como Nelson en Copenhague, y declarando el bloqueo de toda la costa peruana. Se había presentado después ante Guayaquil y a principios de febrero de 1820 estaba asaltando los fuertes de Valdivia, último baluarte de la resistencia en el sur de Chile, que conquistó tras una cruenta y memorable jornada. Ahora, al tiempo que San Martín terminaba con O'Higgins los minuciosos aprestos del "Ejército Libertador del Perú", nuevo nombre del Ejército Unido, la escuadra fondeaba en el puerto de Valparaíso lista para proteger el largo convoy en que aquél sería trasladado a la costa peruana.

Durante las últimas semanas el trajín había sido extraordinario y se multiplicaron las tareas con febril intensidad. Iban llegando las tropas desde el campamento de Quillota y arribaban al puerto carretas atestadas de aprovisionamientos. En incesante ajetreo los encargados de distribuirlos ambulaban entre pilas de fardos. Cargábanse en los barcos de transporte

pertrechos y municiones; alimentos y vestuarios; caballadas y arneses; armas y cañones, entre los cuales andaba fray Luis Beltrán, enérgico y gesticulante como siempre, embutido en su nuevo uniforme de capitán de artillería; mientras Nicolás Rodríguez Peña, el ilustre triunviro de 1813 y primer confidente de la empresa, vigilaba el cumplimiento de los contratos, y su antiguo colega, Antonio Álvarez Jonte, mortalmente enfermo, se empeñaba en rendir sus postreros esfuerzos.

Más de cuatro mil hombres de las tres armas fueron embarcándose en un orden perfecto, 2.313 de ellos eran argentinos y 1.805 chilenos, sin hacer cuenta de la numerosa oficialidad.

Por fin, el 20 de agosto la armada se alineaba en la hermosa bahía, deslumbrante la blancura de sus velámenes, relucientes los cascos recién pintados, al tope la bandera con la estrella de Chile, formados en cubierta los batallones. En una empavesada falúa, que se deslizaba airosamente entre las naves, pasaba revista antes de embarcrse el general José de San Martín, a quien O'Higgins había enviado su nombramiento de capitán general. Acompañábanle en la carroza sus generales divisionarios José Antonio Álvarez de Arenales, el recio vencedor de la Florida, y Toribio de Luzuriaga, que tan eficazmente había colaborado con él en el gobierno de Cuyo; e iban también el general Las Heras, designado jefe del Estado Mayor, y los secretarios de guerra Bernardo Monteagudo y Juan García del Río, junto al flamante coronel don Tomás Guido, que acababa de trocar por la espada su cartera de diplomático y era el primer edecán del general en jefe.

El espectáculo era imponente y magnífico. Partía desde a bordo la aclamación emocionante de los soldados del glorioso ejército de los Andes, unidos a las tropas de Chile en el nuevo "Ejército Libertador", en cuyas filas formaban ahora los Granaderos a Caballo, los Cazadores, los artilleros, los veteranos de la infantería. Sus vivas a la patria se unían a los ¡hurras! estentóreos de las tripulaciones mandadas por aquellos rudos capitanes ingleses de chaqueta blanca y patillas rojas. Desde la playa, en un revolar de pañuelos, que también servían para enjugar las lágrimas de la despedida, respondía incesante el clamoreo unánime de la multitud.

Poco después zarpaba la expedición y las naves se alejaban lentamente del puerto para tomar el largo, hendiendo las ondas del océano rumbo al norte. En la vanguardia iba el almirante lord Cochrane, que enarbolaba su enseña en la *O'Higgins*, fragata de 44 cañones, a cuyo lado navegaban la *Lautaro*, de 46, y el bergantín *Galvarino*, de 18; seguían después los dieciséis transportes flanqueados por el *Araucano*, de 16, y la goleta *Montezuma*, de 7; y cerraban la marcha, tras una línea de lanchas cañoneras, la *Independencia*, de 28, y el navío *San Martín*, de 64, el más poderoso de la flota, donde se había instalado el rancho del general en jefe.

Los factores de la nueva campaña

La guerra del Perú fue un triunfo de la inteligencia y de la virtud; una audacia del raciocinio sustentada por la prudencia de la acción. El conductor debía medir la magnitud de la empresa por la trascendencia de su fin, concebido como término decisivo de la emancipación americana. Pero tenía que adecuar la realidad precaria de sus fuerzas a las circunstancias en que debía utilizarlas y hacerles rendir el máximo provecho frente a un rival que por lo menos triplicaba su poderío. Otros factores, en consecuencia, deberían concurrir, así fueran diversos, complejos o inesperados; y había que hacer jugar todas las piezas con suma habilidad, colocarlas en la precisa situación de servir al resultado. Y no podía equivocarse porque ese resultado era nada menos que la realización del plan libertador y era también la medida de su propia responsabilidad.

Eso fue la campaña que determinó la ocupación de Lima y la independencia del Perú. Un problema resuelto antes en la mente y una conducción cuya fina sutileza debía trascender los obstáculos de la realidad que pudieran interferirla y alcanzar el fruto esperado por quien supo prever con lúcida certeza y dirigir con paciente constancia.

Todos los términos del acuciante problema bullían en la cabeza de San Martín hasta que consiguió ordenarlos. Pero primero fue naturalmente su conocimiento cierto, la minuciosa intelección de los hechos que denunciaban la realidad de su objetivo, esa viviente realidad del Perú, sede y baluarte del tenaz adversario, que él no iba a atropellar como un romántico porque su comportamiento sería siempre el de un clásico.

Desde que concibió y aconsejó la estrategia del plan continental se había aplicado con empeñosa prolijidad a obtener la información precisa de todos esos hechos sobre los cuales debería discernir de acuerdo con las cambiantes circunstancias del momento de obrar. Chile había sido una etapa; y apenas hizo pie en este país, cuya libertad había fundado después de una brillante pero dura campaña, su vista se volvió inmediatamente hacia el Perú, que era su meta real, la obsesión de su espíritu. En medio de las inmensas dificultades que sobrevinieron después, durante su angustiosa lucha para formar la expedición, no obstante los amargos contratiempos de la crisis política y la guerra civil, paralelamente a estas fatigas su esfuerzo mental estuvo siempre concentrado en la empresa de Lima.

Y ahora, cuando navegaba hacia el norte, repasaba los datos ciertos de su prolija información y se aprontaba a dibujar sobre la tierra peruana las líneas de su esquema militar y a movilizar los otros factores que le ayudarían a resolver el complejo problema. Porque guerra y política iba él a mover con maestría consumada para decidir la victoria.

Conocía bien la situación del virrey Pezuela, sucesor del enérgico Abascal, y sobre todo la distribución de sus fuerzas en el extenso territorio. No contaba ya con la armada, que lord Cochrane tenía bloqueada en el Callao, y al ejército, sin

duda con pésimo concepto, lo había dividido en tres fracciones principales, sin perjuicio de otras dispersiones parciales. Cerca de Lima, en el campamento de Aznapuquio, estaba la fuerza principal, con más de 7.000 soldados, defendiendo la sede del Virreinato y guardando la región de la costa; otra división se hallaba en Puno, al parecer dominando los valles de la sierra; y la tercera, fuerte de 6.000 hombres, estaba en el Alto Perú, sobre la frontera de Salta, u ocupando las diversas intendencias de esta región, cuya jurisdicción correspondía al antiguo virreinato del Río de la Plata y hacía parte, por consiguiente, de las Provincias Unidas. Había, además, otras fuerzas diseminadas en el norte de la costa, sobre Trujillo, o hacia el sur, en Arequipa. El virrey contaba en realidad con más de 20.000 hombres, y San Martín llevaba hacia el Perú apenas 4.000.

Pero el general del Ejército Libertador sabía también cuál era la realidad política en que Pezuela se estaba debatiendo. Una red de informantes, como cuando su famosa guerra de zapa en Chile, le tenía al corriente de cuanto ocurría en el virreinato peruano y le permitía a su vez influir constantemente en el ánimo de quienes, de una manera u otra, habrían de apoyar sus propósitos.

En primer lugar, el movimiento patriota tenía extensas ramificaciones y los ideales de la revolución americana alentaban en los núcleos más diversos, desde los indígenas, todavía intranquilos en muchas zonas donde había sido sofocada unos años atrás la sangrienta insurrección de Pumakahua, hasta personajes de la nobleza y el clero. El país estaba minado podía decirse, y listo para levantarse a pesar de las medidas del virrey y de la cruel represión a que había sometido a muchos conspiradores. En segundo término, estaba el ejército realista. San Martín lo sabía dividido por graves disensiones, y a algunos de sus jefes en resuelta oposición con Pezuela. He aquí algo acerca de lo cual estaba muy bien informado, porque era en realidad la repercusión en América de la crisis de España que él había venido observando con interés profundo, a través del famoso asunto de la expedición española cuyas alternativas tanto habían alarmado hasta fines del año anterior al gobierno de Buenos Aires.

Había sido precisamente en el ejército del conde del Abisbal donde se encendió la primera chispa de la revolución liberal en España. Desde la restauración de Fernando VII en 1814, liberales y absolutistas mantenían su enconada discordia. Extremaban éstos su intolerancia que acentuaba el rey con medidas de implacable rigor y porfiaban aquéllos en la propaganda sediciosa que salía de las logias y se multiplicaba en libelos y conjuraciones con el propósito ostensible de implantar la Constitución de 1812. Pero al fin estalló la revuelta. El 1º de enero de 1810 el comandante Riego, jefe de uno de los batallones del ejército expedicionario, proclamó en las Cabezas de San Juan, cerca de Cádiz, la constitución liberal; y desde ese momento, en rápida sucesión de movimientos, el alzamiento se generalizó, transformándose en exigencia revolucionaria. Fernando VII había debido jurar en marzo la Carta de Cádiz y convocar a Cortes, que se abrieron el 9 de julio. Pero era, en realidad, un prisionero de la facción

triunfante; y cuando el Ejército Libertador del Perú salía de Valparaíso, las últimas noticias de España informaban sobre las reacciones suscitadas por la frenética tiranía de los prohombres liberales, que obligaban a leer la constitución hasta en los púlpitos y semejaban un trasnochado remedo de los jacobinos del 93.

La discordia se había trasladado a América y el liberalismo español era una mina en el ejército del virrey.

Por fin, estaba el otro gran elemento de la situación de la guerra en Sudamérica. Y San Martín sabía que su presencia en el Perú partiría en dos el frente de los realistas. Las armas independientes habían triunfado en Boyacá, el 7 de agosto de 1819, sobre el general Morillo, conducidas audazmente a través de los Andes por el general Simón Bolívar, y poco después, en Angostura, se constituía la República de Colombia. El Libertador del Norte seguía luchando con el ejército del rey, y Pezuela no podía esperar auxilio alguno desde Nueva Granada.

Guerra y política

La escuadra navegaba ya ante las costas peruanas, y San Martín dispuso realizar el desembarco en la bahía de Paracas, en una playa arenosa a diez kilómetros de la cual se alzaba la villa de Pisco. Así se hizo con absoluta tranquilidad el 8 de septiembre. ¿Por qué desembarcó en Pisco? Lord Cochrane, obstinado escocés, no terminaba de entenderlo, y sostenía con terquedad que debía tomarse tierra frente a Lima para atacar enseguida al virrey. El general en jefe había decidido con admirable previsión. Pisco se hallaba a 260 kilómetros de Lima, y esta circunstancia le daba tiempo para promover la insurrección del país sobre el cual debía sostenerse, elemento de primera fuerza para el desarrollo de sus planes. Además, evitaba afrontar de golpe a un ejército muy superior en número, y desde Pisco podía realizar con eficacia el designio militar de darle inmediato quehacer a sus espaldas, mientras él iba a presentársele en el norte haciéndole creer entretanto que buscaría su objetivo desde el sur.

Quería también iniciar las primeras fintas del manejo político que tenía meditado, y sabía que llegaba en el mejor momento para ello. Estaba cierto que los jefes liberales del ejército de Pezuela presionaban sobre el virrey para buscar un avenimiento con los disidentes sobre la base de la Constitución de 1812, recién jurada por Fernando, y de las Cortes, en las cuales se había acordado dar representacion a los diputados de América. Ése era, además, el propósito del nuevo gabinete español.

San Martín había decidido cruzar definitivamente esa esperanza. Demasiado conocía él a los liberales de las Cortes: eran los mismos que en Cádiz le habían asqueado tanto como los serviles de Fernando. Él también era liberal y sabía cómo envolver al adversario en la trampa de los principios.

El mismo día del desembarco, desde Pisco, al tiempo que sus tropas desalojaban a la guarnición realista, 500 hombres al mando del coronel Quimper, dio su primera proclama a los peruanos, y en ella, al referirse a la constitución, que Pezuela había dispuesto jurar en todo el virreinato, expresó rotundamente esta advertencia: "La América no puede contemplar la constitución española sino como un medio fraudulento de mantener en ella el sistema colonial. Ningún beneficio podemos esperar de un código formado a dos mil leguas de distancia, sin la intervención de nuestros representantes. El último virrey del Perú hace esfuerzos por prolongar su decrépita autoridad. El tiempo de la opresión y de la fuerza ha pasado. Yo vengo a poner término a esa época de dolor y humillación. Este es el voto del Ejército Libertador, ansioso de sellar con su sangre la libertad del Nuevo Mundo".

Pezuela quedaba, pues, notificado, y más que él, los jefes liberales del ejército realista. La Constitución de Cádiz, el nuevo régimen de la revolución española, nada valían para el jefe del Ejercito Libertador. Y se dijera que acentuaba más el terminante repudio al dirigirse él mismo, y en otro proclama, a la nobleza del Perú: "Ilustres patricios —les decía—, la voz de la revolución política de esta parte del Nuevo Mundo y el empleo de las armas que lo promueven no han sido ni pueden ser contra vuestros verdaderos privilegios".

Púsose en seguida en contacto con las gentes de la tierra y se desparramaron por todas partes sus proclamas. Y el general, que no quería perder mucho tiempo en Pisco, comenzó a conferenciar reservadamente con Arenales.

No había transcurrido una semana desde el desembarco cuando se presentaba un representante de Pezuela. El virrey pretendía abrir la negociación e invitaba a San Martín a designar diputados para escuchar sus proposiciones. San Martín aceptó. Como había imaginado el juego comenzaba por la política; y sus diputados, Guido y García del Río, se trasladaron a Miraflores, un pequeño villorrio al sur de Lima, a tratar con los del virrey. Pero era natural que no pudieran entenderse. Proponían los realistas, como base de arreglo, la constitución española y el envío de diputados americanos a las Cortes. Pero no era posible aceptar lo que San Martín había rechazado expresamente en su proclama. Pidieron entonces aquéllos la suspensión de las armas y el retiro de las tropas invasoras hasta que fueran diputados a España; pero la contrapropuesta patriota era también inaceptable, porque exigieron para acceder, entre otras cosas igualmente sustanciales, la evacuación del Alto Perú, que sería ocupado por el Ejército Libertador.

El 1º de octubre terminaba la fracasada conferencia de Miraflores, pero quedaba de ella una inquietante sugerencia que los diputados independientes, siguiendo el juego de su general, deslizaron en el oído del virrey: "acaso sobre la base de la independencia política del Perú, la pacificación podría convenirse estableciendo una monarquía con un príncipe de la casa reinante en España..." San Martín explicaría años después la cabal inteligencia de esta proposición.

Durante el breve armisticio, San Martín había redactado unas prolijas instrucciones para el general Arenales, que debía expedicionar a la Sierra, o sea a la región que se eleva hacia el Oriente inmediatamente después de la región de la Costa. Tenía como objetivo realizar una doble acción militar y política, pues debería ocupar e insurreccionar las poblaciones existentes en los valles que van escalonándose entre las dos cadenas de los Andes.

Arenales debería irrumpir por el desfiladero de Castro Virreyna, con una columna de mil hombres, y recorrería esos valles de sur a norte, desde Huamanga, ocupando sucesivamente a Huancavelica, Jauja y Tarma, para descender hacia la costa, desde Pasco, y colocarse al norte de Lima. Allí le esperaría San Martín con el ejército, porque pensaba reembarcarlo en Pisco y llevarlo por el mar, para situarse al norte de la capital. Era una fina operación semienvolvente, que por cierto no esperaba Pezuela. Es verdad que dejaba libre el sur, pero su ejecución cortaba al virrey las comunicaciones con el norte, donde sabía el general era inminente el pronunciamiento de Trujillo, con cuyo gobernador, marqués de Torre-Tagle, estaba en relaciones desde Chile; y, además, a las espaldas de Lima dejaba toda la Sierra en insurrección. Era, sin duda, una audaz diversión, que comprometía a la cuarta parte de su ejército en una empresa llena de peligros; pero San Martín confiaba en la pericia de Arenales, veterano batallador en las campañas del Alto Perú e insuperable conductor para una guerra de montaña.

El general aguardó en Pisco hasta saber que Arenales escalaba los pasos de la sierra, después de haber derrotado a algunas fuerzas enemigas en Ica y en Nazca, contra las cuales desprendió ágiles columnas al mando de Rojas y Lavalle, que iniciaron con la victoria esta primera etapa de la campaña

San Martín reembarcó el ejército el 25 de octubre y se trasladó hasta el puerto de Ancón, desembarcando poco después en el de Huacho a 150 kilómetros al norte de Lima, para instalar su campamento en Huaura. Allí esperaría el resultado de la expedición a la Sierra, mientras comenzaba en seguida su diligente actividad proselitista para sublevar en su favor a las provincias septentrionales. Había en esa espera, que exasperaba al irritable lord Cochrane, la paciente confianza del buen ajedrecista; no quería ni debía apresurarse, sino dejar actuar a los factores diversos que integraban su plan. Por eso le había escrito a O'Higgins explicándole la marcha de Arenales y su reembarco hacia el norte: "Mi objeto es bloquear a Lima por la insurrección general y obligar a Pezuela a una capitulación".

Estaba cierto de obtener este resultado en menos de tres meses; pero no hubo, sin embargo, capitulación, y la guerra se prolongaría aunque San Martín lograse su propósito esencial, entrando a Lima sin lucha y proclamando desde la capital la independencia del Perú en julio del año entrante. Lo notable fue que habrían de ser los jefes liberales del ejército realsita los que interfirieran el plan del Libertador, pues cuando Pezuela estaba moralmente vencido fueron ellos

quienes le impidieron capitular.

A poco de establecer su campamento en Huaura, fueron produciéndose los hechos que San Martín esperaba para estrechar al virrey. Guayaquil, que se había levantado el 9 de octubre al solo anuncio de su presencia en Pisco, le enviaba sus diputados y se acogía a su protección; poco después, el 5 de noviembre, el almirante Cochrane realizaba una hazaña incomparable capturando a la fragata *Esmeralda*, en su refugio del Callao, cuyos fuegos desafió impávido ante el asombro de los propios adversarios; a principios de diciembre los trabajos de zapa, que minaban constantemente el frente interno enemigo, obtenían un éxito brillante al decidir la deserción en masa del regimiento"Numancia", formado en gran parte por colombianos, que se pasó a sus banderas con armas y bagajes; y para Navidad el marqués de Torre-Tagle se pronunciaba en Trujillo.

Por su parte permaneció en posición defensiva, preparado para recibir un ataque, aunque conocía bien la indecisión de Pezuela, que él había determinado con su estrategia. Si salía de Lima para buscar a San Martín en Huaura debía temer con fundamento que éste embarcara su ejército en Huacho y cayera sobre la capital indefensa. Por eso el virrey se contentaba con mantener una fuerte vanguardia sobre la línea del Chancay, reteniendo a su ejército en Aznapuquio, mientras su adversario explotaba hábilmente la situación inundando de agentes y proclamas a la ciudad de los Reyes, y movía ágiles guerrillas en sus alrededores que jaqueaban los caminos y entorpecían los abastos. A principios de enero de 1821 se incorporaba al Ejército Libertador la división de Arenales, que había concluido su campaña obteniendo una magnífica victoria en Pasco y llenado su objeto de levantar a los pueblos de la Sierra en favor de los independientes.

Daba, pues, sus frutos la situación creada por San Martín. Pezuela había llegado a declarar que creía imposible defender al país si no le llegaban refuerzos navales de España, y dentro de Lima, un fuerte partido le incitaba a una capitulación honorífica. Pero los jefes de la logia constitucional, que le eran adversos, temieron se decidiera en este sentido, y reunidos en el cuartel general de Aznapuquio le intimaron abandonar el mando como único medio de conservar el Perú. El virrey se resignó, y el 29 de enero de 1821 los jefes eligieron en su reemplazo al general La Serna. Y he ahí cómo el jefe del Ejército Libertador debería entenderse, en adelante, con los jefes liberales del ejército realista.

Punchauca

Pero antes ocurrió una incidencia singular. El gobierno de España había enviado comisionados a los países disidentes de América para proponerles la pacificación sobre la base de la constitución. El designado para actuar en el Perú fue el capitán de fragata don Manuel Abreu, que arribó al campamento de Huaura el 25 de marzo, y después de conferenciar largamente con San Martín pasó a la

capital donde hizo conocer las instrucciones reales. La Serna, resuelto a retirarse de Lima para resistir en el interior, debió abrir las negociaciones, y a ellas accedió San Martín, que acababa de estrechar el asedio y se había presentado con gran parte de sus fuerzas en Ancón, adonde las transportó por el mar.

Fernando VII ofrecía el goce común de la constitución de 1812 para que renaciesen entre españoles y americanos las relaciones de trescientos años y "las que reclamaban las luces del siglo". La reunión de los diputados de ambas partes se realizó en la hacienda de Punchauca, cerca de Lima, a principios del mes de mayo; pero el avenimiento no fue posible porque los americanos expresaron no poder iniciar negociación alguna que no fuese sobre la base de la independencia. Concertóse, sin embargo, un armisticio y la celebración de una entrevista de San Martín con La Serna, que se realizó en Punchauca el 2 de junio.

Lo que desarrolló allí San Martín ante el asombrado La Serna fue nada menos que un magnífico plan de alta política hispanoamericana: "Pasó el tiempo en que el sistema colonial pudo ser sostenido por España. Sus ejércitos se batirán con bravura tradicional de su brillante historia militar; pero aun cuando pudiera prolongarse la contienda, el éxito no puede ser dudoso para millones de hombres dispuestos a ser independientes y que servirán mejor a la humanidad y a su país si en vez de ventajas efímeras pueden ofrecer emporios de comercio, relaciones fecundas y de concordia permanente entre los hombres de la misma raza, que hablan la misma lengua y sienten igualmente el generoso deseo de ser libres".

Y enseguida propuso concretamente se nombrase una regencia presidida por el propio La Serna e integrada por dos corregentes designados por cada una de las partes, la cual gobernaría independientemente al Perú, hasta que llegase un príncipe de la casa real de España, a quien se reconocería como monarca constitucional de la nueva nación.

El comandante español García Camba, presente en Punchauca, anotó castizamente en sus Memorias que la inesperada proposición era una verdadera zalagarda, y el Libertador del Perú le diría años más tarde al general Miller: "El general San Martín, que conocía a fondo la política del gabinete de Madrid, estaba bien persuadido que él no aprobaría jamás ese tratado; pero como su principal objeto era el de comprometer a los jefes españoles, como de hecho lo quedaban habiendo reconocido la independencia, no tendrían otro partido que tomar que el de unir su suerte al de la causa americana".

San Martín desconcertaba con meditada habilidad a quienes procuraban avenirle a la propuesta constitucional; y el exabrupto de la suya desvanecía del todo la esperanza de lograr la paz por cualquier otro camino que no fuese el de reconocer previamente la independencia. Era, por otra parte, una manera de apurar el juego. La deposición de Pezuela por los jefes liberales sublevados en Aznapuquio y resueltos a prolongar una guerra cruel aunque estuviera prácticamente decidida, le había sacado de las manos, puede decirse, la capitulación, y la conferencia de Punchauca, realizada por iniciativa del nuevo

virrey en cumplimiento de las reales instrucciones traídas por Abreu, le dio oportunidad para tentarles con una fórmula de pacificación que los colocaba en el trance difícil, incluso en contradicción con sus principios, de rechazar a un príncipe español al frente de una nación soberana y a una monarquía constitucional que era su propio sistema de asegurar el orden en la libertad.

Pero La Serna pidió dos días para contestar; y en vez de consultar con las corporaciones del Virreinato, como fue su propósito inicial, se atuvo al consejo de los jefes militares, que presintieron la celada: las instrucciones del rey no consentían el compromiso de reconocer la independencia; y llevar a Madrid la discusión de la propuesta mientras quedaba un gobierno propio en el Perú, así fuera una regencia mixta, era consumar en los hechos la independencia.

No hay duda que los jefes realistas del Perú vieron más claro que el general O'Donojú, cuando Itúrbide le propuso en Méjico el Plan de Iguala, tan semejante al de San Martín en Punchauca, y cuya anticipada aceptación fue repudiada por la metrópoli, pero determinó la conclusión de la guerra y la definitiva independencia mejicana.

La respuesta del Virrey fue consiguientemente negativa, y la evacuación de Lima comenzó de inmediato, aun antes de concluido el armisticio que se concertó a raíz de las negociaciones. El 6 de julio La Serna salía de la capital rumbo a la Sierra a unirse con el general Canterac, que se le había anticipado con el grueso del ejército.

La independencia del Perú

"¡El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad de los pueblos y de la justicia de su causa que Dios defiende!" Con estas palabras proclamó el general San Martín la independencia del Perú en la Plaza Mayor de la ciudad de Lima el 28 de julio de 1821; pero la multitud que le aclamaba y cuyo entusiasmo se acendró al verle desplegar la nueva bandera que él había ideado en Pisco para entregarla a los peruanos como símbolo de su conquistada libertad, debió comprender que ellas representaban también el sello de la obra a que aquel hombre había consagrado afanes increíbles y estupenda constancia.

Faltaba sin duda mucho para consolidar esa obra; era menester crear un gobierno y organizar a la nueva nación; había que concluir la guerra que el virrey y sus generales, desalojados de la capital, iban a prolongar con medios todavía poderosos; pero en la convicción del Libertador habíase obtenido ya el objetivo principal. En una gaceta del ejército se decía: "El vencimiento de los españoles ha entrado ya en la clase de esfuerzos subalternos que exige la independencia, dirigiendo con método las operaciones militares y buscando al enemigo cuando convenga"; y él le escribió a O'Higgins: "Al fin, con paciencia y movimientos, hemos reducido a los enemigos a que abandonen la capital de los Pizarro; al fin

nuestros desvelos han sido recompensados con los santos fines de ver asegurada la independencia de la América del Sur. El Perú es libre. En conclusión, ya yo preveo el término de mi vida pública y voy a tratar de entregar esta carga pesada a manos seguras y retirarme a un rincón a vivir como hombre".

Aunque tuviera clara noción de la enorme responsabilidad que le aguardaba y se preparase para afrontarla, San Martín podía hablar así. La declaración de la independencia del Perú no era una jactancia ni un anticipo apresurado, porque era un hecho ineluctable, la afirmación de quien había logrado promoverlo con la certeza de abrir un cauce que no podría ser detenido.

Él conocía mejor que nadie la precariedad del instrumento bélico con que al fin fue dado acometer la empresa del Perú, y por eso su campaña había sido esencialmente una obra de insigne habilidad, un triunfo de la inteligencia y de la virtud: "paciencia y movimientos" como le decía con modestia al director de Chile. No podía repetir como César: "Llegué, vi y vencí"; pero según la expresión de un maestro de la Universidad de San Marcos pudo afirmar: "Llegué y la noticia de mi llegada hizo volar a los pueblos a la sombra de mis banderas". Y su victoria mayor era este hecho cuya fuerza afianzaba la proclamación del 28 de julio con tanto vigor como sus armas, y sobre él habría de afirmarse después cuanto se hiciera para consolidar la obra.

En ese momento los problemas de San Martín se canalizaban en dos aspectos principales: por una parte, debía organizar al gobierno independiente del Perú, por otra, atender sin descanso a la prosecución de la guerra. Decidió el primero asumiendo personalmente, con el título de Protector, la autoridad suprema del país, y con respecto al segundo, adoptó diversas medidas militares que garantizaban la seguridad del territorio ocupado mientras meditaba los medios de realizar una campaña decisiva contra las fuerzas realistas del interior.

Fueron notables, por su leal sinceridad, las razones que dio al pueblo al tomar el cargo de Protector del Perú: "Espero que al dar este paso se me hará la justicia de creer que no me conducen ningunas miras de ambición, sino la conveniencia pública. Es demasiado notorio que no aspiro sino a la tranquilidad y al retiro después de una vida agitada; pero tengo sobre mí la responsabilidad moral que exige el sacrificio de mis más ardientes votos. La experiencia de diez años de revolución en Venezuela, Cundinamarca, Chile y Provincias Unidas me ha hecho conocer los males que ha ocasionado la convocación intempestiva de congresos cuando aun subsistían los enemigos de aquellos países. Primero es asegurar la independencia; después se pensará en asegurar la libertad sólidamente. La religiosidad con que he cumplido mi palabra en el curso de mi vida pública me da derecho a ser creído, y yo la comprometo ofreciendo solemnemente a los pueblos del Perú que en el momento en que sea libre su territorio haré dimisión del mando para hacer lugar al gobierno que ellos tengan a bien elegir".

Y a O'Higgins le explicaba: "En el estado en que se hallan mis operaciones militares faltaría a mis deberes si dejando lugar por ahora a la elección personal de la suprema autoridad del territorio abriese un campo para el combate de las opiniones y choque de los partidos, para que sembrase la discordia que ha precipitado a la anarquía los pueblos más dignos del continente americano. Destruir para siempre el dominio español en el Perú y poner a los pueblos en el ejercicio moderado de sus derechos es el objeto de la expedición libertadora. Es necesario purgar esta tierra de la tiranía y ocupar a sus hijos en salvar a su patria antes que se consagren a bellas teorías y se dé tiempo a sus opresores para reparar sus quebrantos y dilatar la guerra. Tal sería la consecuencia necesaria de la convocación de asambleas populares. Apoyado en estas razones he asumido la autoridad suprema del Perú con el título de Protector hasta la reunión de un congreso soberano de todos los pueblos en cuya representación depositaré el mando y me resignaré a residencia".

No vacilaba San Martín en descubrir con crudo realismo su pensamiento político frente a la circunstancia excepcional en que se hallaba y ante el deber de asumir sin reatos la responsabilidad de un poder cuyos resortes no le era dado a su juicio abandonar si quería salvaguardar el orden en la nación creada por su esfuerzo. Y la asunción de esa responsabilidad era la medida de su garra de estadista, la voluntariosa decisión de no dejarse llevar por el romanticismo de la libertad, la impronta categórica de su fuerte personalidad. ¿Acaso el Perú recién nacido podía defender su propia vida, amenazada aún por la guerra, en medio de los vaivenes de un sistema para el cual no estaba absolutamente preparado y cuyos peligros había visto en Europa y América? ¿Iba él a callar frente a la funesta y dolorosa experiencia? ¿No sabía por ventura todo lo que permanece en el subsuelo de las revoluciones triunfantes acechando el momento de la reacción? ¿No era al fin más decorosa y conveniente una conducta franca y leal que debía tranquilizar a los ciudadanos celosos de su libertad?

Como siempre en los grandes trances de su vida San Martín se resolvió con rapidez y seguridad, y asumió la tremenda responsabilidad de gobernar al Perú de acuerdo con su conciencia, no obstante percibir los riesgos que esa situación debía crearle y conocer que esa elevación era en realidad un sacrificio. Bernardo Monteagudo, Juan García del Río y José Hipólito Unánue fueron sus ministros.

Durante el gobierno del Protector

La situación militar se había estacionado y el Perú aparecía dividido en dos porciones: los realistas ocupaban la Sierra y a través de sus valles hacia el sur comunicaban con sus fuerzas en el Alto Perú; en manos de los independientes estaban la capital, la costa y todo el norte del país.

Antes de la ocupación de Lima se habían realizado dos operaciones despachadas por San Martín desde Huaura: una hacia la Sierra y otra con destino al sur de la región de la costa donde debía penetrar por los Puertos Intermedios;

pero no lograron el éxito previsto, que sin duda alguna hubiera mejorado decididamente aquella situación.

La primera había sido dirigida por el general Arenales, que ocupó el valle de Jauja en el mes de mayo, pero como tenía instrucciones de no comprometer su división no alcanzó a evitar, como fue su propósito, que La Serna se uniera con Canterac cuando el ejército realista dividido en dos fracciones abandonó la capital para buscar en el interior un campo de operaciones propicio a la prolongación de la resistencia. Esta segunda campaña de la Sierra resultó, pues, infructuosa; y Arenales retornó a Lima mientras el virrey se hacía fuerte en el valle de Jauja desde donde se trasladó más tarde al Cuzco.

La expedición al sur tampoco fue muy feliz a pesar de la valerosa conducción de Miller y los bríos de lord Cochrane en cuyas naves fue conducida a los Puertos Intermedios. Se hizo un primer desembarco en Pisco y luego otro en Arica desde donde avanzó Miller hasta Tacna obteniendo un buen triunfo en Mirave, el 21 de mayo, sobre los realistas que le salieron al encuentro desde la Sierra; pero al final debió concentrarse en Ica sin mayores perspectivas para una acción más importante a causa de la escasez de sus efectivos.

Mayor trascendencia alcanzó, después de la declaración de independencia del Perú, el fracaso de una expedición intentada por el general Canterac, a fines de agosto, con el doble objeto de sorprender si era posible a los ocupantes de la recién abandonada capital y llevar víveres a la fortaleza del Callao, donde había quedado aislada una guarnición realista de más de dos mil hombres y existía un gran armamento que el virrey necesitaba recuperar. El 5 de septiembre Canterac se presentaba al sur de Lima, en el valle del Lurín, pero halló que el ejército libertador estaba desplegado en línea de batalla cubriendo todas las entradas de la capital por el este y el sur, y no se resolvió a provocar un combate que la inatacable posición del adversario hacía presumir muy dudoso.

San Martín, imperturbable y calculador, lo dejó desfilar hacia el Callao y le dijo a Las Heras, que estaba a su lado: "¡Están perdidos! ¡El Callao es nuestro! No tienen víveres para quince días. Los auxiliares de la Sierra se los van a comer. Dentro de ocho días tendrán que rendirse o ensartarse en nuestras bayonetas". Y así fue, a pesar del asombro de Las Heras y la impertinencia de lord Cochrane que terminó por no comprender nada y encolerizarse desaforadamente ante la calma del general en jefe a quien incitaba a atacar, sin que éste, resuelto a concluir con su ajedrez, hiciera caso de sus protestas.

Canterac pagaría las consecuencias de aquella victoria sin sangre y comenzó a ver claro apenas se encerró en la fortaleza; decidió salir enseguida y retirarse por el norte para ganar a duras penas los faldeos de la Sierra. El 21 de septiembre la bandera peruana ondeaba en los castillos del Callao, cuyo jefe, el general La Mar, estrechado vigorosamente, debió aceptar los términos de la capitulación que le dictó San Martín.

Después de la rendición del Callao que consolidaba su dominio en las

provincias liberadas, el Protector del Perú prosiguió en las tareas del gobierno cuya responsabilidad había debido afrontar; pero sabía bien que ésa no podía ser una misión indefinida y durante los meses finalesde 1821 la clara objetividad con que siempre discernía sobre los hechos de la cambiante realidad iba a determinar muy pronto una nueva decisión en su conducta.

Aquellas tareas eran sin duda absorbentes y delicadas y las abordó con un sincero afán de señalar a los peruanos las características del nuevo régimen.

Los decretos de su breve gobierno tenían el sello de aquellas famosas decisiones de la Asamblea del año 1813 en las Provincias Unidas, que él había contribuido con su esfuerzo a que fuera convocada y en la cual Bernardo Monteagudo, su actual ministro, había llevado la voz cantante. Declaró la libertad de comercio, abolió las encomiendas, suprimió la inquisición, prohibió los tormentos, adoptó medidas que garantizaban la seguridad individual y dictó un Estatuto Provisional, de acuerdo con cuyas normas debían desenvolverse las funciones del naciente Estado. Instituyó la Orden del Sol y creó la biblioteca pública del Perú, a la cual donó su propia librería, que había traído desde Chile.

Era, como siempre, minucioso y estricto; pero no hay duda que esa labor de gobernante no podía apartarle de sus propios fines y tal vez esas preocupaciones le desasosegaran al distraerle. Debía manejar la cosa pública en un ambiente conmovido por la lucha reciente y en el cual subsistían agazapados los adversarios de ayer a los cuales había que vigilar y no pocas veces perseguir y exaccionar. Tenía que atender a las grandes y pequeñas exigencias de la administración; auspiciar las obras y proyectos de sus ministros; y no regatear, además, su actuación en la sociedad limeña con sus requerimientos sociales, a menudo amables, y su intriga política, que descubría ocultas suspicacias locales.

Tuvo amargos contratiempos, como el definitivo disgusto con lord Cochrane que se marchó a Chile con su escuadra; y no pocas decepciones con su propio ejército, enervado durante la obligada inacción bélica de aquel intervalo, tan breve sin embargo.

Pronto comprendió la necesidad de dar otra base al gobierno, aunque no se le ocultaban sus inconvenientes, porque advertía sin esfuerzo las tendencias vernáculas aspirantes al mando.

Todo ello acentuaba en su espíritu el deseo vehemente de terminar. Pensó de nuevo en un plan de monarquía constitucional como medio de dejar establecido un sistema capaz en su concepto de afianzar el orden, pero pronto lo desechó. No era hombre de consumirse en cavilaciones y en el mes de diciemre estaba resuelto a imprimir un rumbo cierto a su actuación y decretaba la convocación del Congreso peruano.

Es que por sobre todas las cuestiones predominaba su objetivo primordial: la razón de ser de su empresa libertadora. Debía resolver sobre los medios necesarios para obtener la decisión. La batalla de América no estaba aún concluida y ése era el hecho principal. Una conclusión se imponía netamente a

su espíritu y era que con los propios recursos, insuficientes, no iba a terminar con el ejército del virrey. Estaba, por cierto, convencido de que fuesen cuales fuesen las vicisitudes que sobrevinieran, la independencia era ya irrevocable, pero entendía como un deber sagrado evitar a los pueblos la desgracia de prolongar la guerra.

Tenía, pues, que resolver este problema militar y comprendió que su decisión sólo podía alcanzarla ligándolo a la etapa final de la guerra de la emancipación americana.

Desde el norte habían avanzado sobre el sur de Colombia y el Ecuador las armas de Simón Bolívar, triunfante en la batalla de Carabobo, casi al mismo tiempo en que San Martín entraba en Lima; pero se hallaban paralizadas en Pasto donde los realistas habían organizado una defensa formidable. El general Sucre debió trasladarse por mar hasta Guayaquil, con tropas colombianas, para atacar desde el sur al capitán general Aymerich y tratar de reducir este otro núcleo de la resistencia; pero sus fuerzas eran relativamente escasas; y aparecía difícil al joven general venezolano la obtención de su cometido. Por eso se había dirigido a San Martín en mayo de 1821 pidiéndole su cooperación en la campaña que iba a abrir sobre Quito. Los hechos estaban indicando, pues, la necesidad de esa cooperación en la que también meditaba el Protector del Perú para la resolución de su propio problema.

Sucre, derrotado en la batalla de Huachi, le había reiterado en octubre, con grande apremio, aquel pedido; y San Martín, que había organizado una división en Trujillo, decidió concurrir a la lucha en que se decidiría la libertad del Ecuador.

Hacía tiempo que mantenía relaciones epistolares con Bolívar. Desde Pisco, apenas desembarcado en el Perú, le escribió una carta que el Libertador de Colombia contestó manifestando: "Este momento lo había deseado con toda mi vida; y sólo el de abrazar a V. E. y el de reunir nuestras banderas puede serme más satisfactorio".

Después de Carabobo, en agosto de 1821, Bolíviar le escribía: "V. E. debe creerme: después del bien de Colombia nada me ocupa tanto como el éxito de las armas de V. E., tan dignas de llevar sus estandartes gloriosos dondequiera que haya esclavos que se abriguen a su sombra". Y por fin, el 15 de noviembre, desde Bogotá, apoyaba la instancia de Sucre y le pedía enviase una división a Guayaquil para oponerse con las fuerzas de Colombia a los nuevos esfuerzos del enemigo.

Era, pues, manifiesta la necesidad de una cooperación militar cuya trascendencia dominaba a las otras cuestiones que preocupaban su ánimo. Por eso en el mes de febrero de 1822, al mismo tiempo que autorizaba la marcha al Ecuador de la columna que iría en auxilio de Sucre, 1.300 hombres al mando del coronel Andrés Santa Cruz, decidió ir a entrevistarse con Bolívar, que había anunciado viajar hasta Guayaquil. Dejó encargado del mando a Torre-Tagle y

expresó públicamente los motivos de su viaje: "La causa del Continente Americano me lleva a realizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guerra y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América hacen nuestra entrevista necesaria ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituido en alto grado responsables del éxito de esta sublime empresa".

La entrevista no pudo realizarse porque Bolívar fue retenido por urgencias de la guerra; pero de todos modos sería San Martín quien iniciaría aquella indispensable cooperación. A principios de febrero la división auxiliar penetraba en las provincias ecuatorianas de Loja y Cuenca y se incorporaba a las fuerzas del general Sucre. Poco después, en dos batallas memorables, la de Río Bamba, el 21 de abril, y la de Pichincha, el 24 de mayo, se lograba la capitulación de Aymerich y las huestes patriotas se apoderaban de Quito. Bolívar, que había obtenido una ardua victoria en Bomboná sobre los realistas de Pasto, entró recién a mediados de junio a la capital del Ecuador.

La entrevista de Guayaquil

San Martín se dirigió de nuevo hacia Guayaquil con el mismo objeto anunciado para la malograda entrevista de febrero. Había embarcado en la goleta *Macedonia*, que arribó el 25 de julio a la isla de Puná, a la entrada del golfo, y allí recibió el anticipado saludo de Bolívar, presente en Guayaquil desde unos días antes.

El Libertador de Colombia había aprovechado su tiempo y resuelto perentoriamente la incorporación a su dominio de la provincia de Guayaquil, cuya Junta de Gobierno después de proclamar la autonomía en 1820 buscaba la unión con el Perú. Por eso en la carta que acompañó al saludo invitaba a San Martín a descender a la ciudad para recibirlo "en el suelo de Colombia". Era un avance típico del temperamento y los procedimientos de Bolívar, el cual se anticipó con habilidad y firmeza a producir el hecho consumado que opondría después a los propósitos del Protector del Perú sobre la conveniencia de permitir a Guayaquil la libre determinación de su destino.

Vale la pena recordar esa carta, primorosa y cálida expresión de amistad: "Con suma satisfacción, dignísimo amigo, doy a usted por primera vez el título que ha mucho tiempo mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo y este nombre será el que debe quedarnos por la vida porque la amistad es el único título que correspode a hermanos de armas, de empresa y de opinión. Tan sensible me será que no venga a esta ciudad como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, no dejará burlada la ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que venga usted

de tan lejos para dejarnos sin la posesión efectiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y si es posible tocar? No es posible. Yo espero a usted y también iré a encontrarle donde quiera esperarme; pero sin desistir de que nos honre en esta ciudad. Pocas horas como usted dice bastan para tratar entre militares; pero no serían bastantes esas mismas para satisfacer la pasión de amistad que va a empezar a disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que amaba sólo por la opinión, sólo por la fama".

Al día siguiente San Martín desembarcaba en Guayaquil.

Se le había preparado alojamiento en una casa frente al muelle y en ella le aguardaba Bolívar, de gran uniforme, y acompañado de su Estado Mayor. Al acercarse San Martín, cuenta el coronel Rufino Guido que se hallaba presente, el Libertador de Colombia se adelantó unos pasos y alargando la diestra dijo: "Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrecharla mano del renombrado general San Martín". Subieron juntos hasta el salón principal y hubo allí presentaciones y saludos efusivos; pero poco después San Martín y Bolívar se encerraron para conversar a solas durante una hora y media. Después de esta conferencia Bolívar se retiró de la casa y San Martín que debió seguir cumplimentando a las gentes empeñadas en saludarle, retribuyó horas después el saludo del Libertador de Colombia trasladándose a la residencia de éste donde volvieron a hablar a solas aunque muy brevemente. Cuando retornó a su alojamiento, agrega Guido, acercándose la hora de comer lo hizo sin más compañía que la de sus edecanes y el oficial de la escolta, y por la noche recibió otras visitas entre ellas, algunas de señoras.

Al día siguiente, 27 de julio, San Martín volvió a entrevistarse con Bolívar; pero esa misma mañana dio orden que le arreglaran su equipaje y estuviera todo listo en la *Macedonia* para regresar al Perú, pues pensaba embarcarse a las once de la noche. La nueva conversación se realizó en la residencia de Bolívar desde la una hasta las cinco de la tarde y, como la anterior, encerrados en un salón y sin testigos. Cuando terminaron la casa estaba llena de generales y personajes invitados por el Libertador a un gran banquete que ofrecía en honor del Protector del Perú.

Al final del convite Bolívar alzó su copa y exclamó: "Brindo, señores, por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín y yo". San Martín contestó: "Por la pronta terminación de la guerra, por la organización de las nuevas repúblicas del continente americano y por la salud del Libertador".

Hubo después un baile y el general debió participar de la fiesta hasta que a medianoche llamó a Guido y le dijo: "Vamos, no puedo soportar este bullicio". Advertido Bolívar lo acompañó a retirarse sin ser notado y ambos se dirigieron directamente al muelle donde se despidieron para siempre. San Martín embarcó en un bote de la *Macedonia* y apenas llegó a bordo la goleta levó sus anclas y se hizo a la vela.

¿De qué se había tratado en la famosa entrevista? Durante años quedó

guardado lo que dio en llamarse el secreto de Guayaquil y se tejieron conjeturas o inventaron hipótesis diversas, porque del encuentro entre San Martín y Bolívar sólo se supo entonces ciertamente que aquél había resuelto eliminarse de la escena americana dejando al Libertador de Colombia la tarea de concluir con las últimas fuerzas realistas en el Perú.

Pero el misterio se disipó en 1844. Gabriel Lafond de Lurcy, un marino francés que solicitó y obtuvo de San Martín informaciones y documentos sobre su actuación en la guerra de la emancipación americana, publicó en la obra *Voyages autour du monde et voyages cèlebres. Voyages dans les deux Amériques,* el texto de una carta que San Martín dirigió a Bolívar el 29 de agosto de 1821, de vuelta en Lima una vez realizada la entrevista de Guayaquil y cuando el general ultimaba los preparativos para reunir al Congreso del Perú ante el cual resignaría su cargo de Protector.

La carta que publicó Lafond fue traducida y publicada por Juan Bautista Alberdi en 1844, viviendo aún el general San Martín, y decía así:

"Lima, 29 de agosto de 1821.

"Excmo. señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar.

"Querido general: Dije a usted en mi última del 23 del corriente que habiendo reasumido el mando supremo de esta república, con el fin de separar de él al débil e inepto Torre-Tagle las atenciones que me rodeaban en el momento no me permitían escribirle con la atención que deseaba; ahora al verificarlo no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter sino con la que exigen los altos intereses de la América.

"Los resultdos de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente yo estoy íntimamente convencido o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes, con las fuerzss de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida estaba seguro que el Congreso de Colombia no autorizaría su separación del territorio de la república, permítame general, le diga no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda estoy muy persuadido la menor manifestación suya al Congreso sería acogida con unánime aprobación cuando se trata de finalizarla lucha en que estamos empeñados con la cooperación de usted y la del ejército de su mando y que el honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la república que preside.

"No se haga usted ilusiones, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas: ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8.500 hombres, y de éstos una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz

(cuyas bajas según me escribe este general no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 colombianos que usted envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por Puertos Intermedios no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse, si fuerzas poderosas no llamasen la atención del enemigo por otra parte y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido porque estoy íntimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males.

"En fin, general; mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las ordenes de un general a quien América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse.

"No dudando que después de mi salida del Perú el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia y que usted no podrá negarse a tan justa exigencia, remitiré a usted una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser a usted de alguna utilidad su conocimiento.

"El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimiento, estoy seguro lo harán acreedor a que usted le dispense toda consideración.

"Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la república de Colombia. Permítame, general, que le diga que creí no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluida la guerra los gobiernos respectivos lo hubieran transado sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud América.

"He hablado a usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que expresa esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

"Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito a usted una escopeta y un par de pistolas juntamente con el caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores.

"Con estos sentimientos y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor.

JOSÉ DE SAN MARTÍN."

En esta carta se establecía con escueta precisión el objeto fundamental de la entrevista, que no fue otro sino el de la pronta terminación de la guerra o sea el problema para el cual, según decía Bolívar, repitiendo palabras del propio San Martín al anunciarle su visita, bastaban pocas horas para tratar entre militares. Y pocas horas estuvieron realmente en Guayaquil los dos Libertadores conferenciando sobre ese problema de la cooperación que San Martín fue a pedir a Bolívar.

Recordábase en ella, además, el verídico planteo que debió hacer San Martín al referir la situación militar existente en el Perú y exponer el plan final de la campaña. Era indispensable, para conseguir las ventajas esperadas, el apoyo del ejército de Bolívar. Los 1.400 hombres que éste ofreció al Protector apenas bastaban para mantener el orden en Lima y atender la guarnición del Callao. La operación planeada consistía en desembarcar una fuerte división en Puertos Intermedios, seguramente en Arica, para atacar directamente sobre el centro adversario dislocando la conexión de los realistas de la Sierra con los del Alto Perú, que a su vez serían hostigados desde la frontera argentina por tropas que el propio San Martín había gestionado se movieran oportunamente en tal sentido. Pero para obtener una decisión victoriosa final era necesario que fuerzas poderosas, en el caso del ejército de Colombia, invadieran la Sierra por Pasco y derrotaran o aferraran en el valle de Jauja a las que allí tenía concentradas el virrey, para evitar su unión con las atacadas de frente por la expedición de los Puertos Intermedios. La insuficiencia del ejército del Perú era evidente y números precisos lo demostraban. Existía, además, la experiencia concluyente de otras tentativas realizadas contra el enemigo que fracasaron por esa inferioridad, como la primera expedicion de Miller y la reciente de Gamarra, derrotado en Ica no sólo por sus errores militares sino por la notoria escasez de efectivos.

San Martín desarrolló, pues, ante Bolívar un amplio plan militar para concluir la guerra, evitando su dolorosa prolongación. Realizarlo era un deber sagrado. Además era la gloria del triunfo final; el honor de poner término a la cruenta campaña de la independencia. Pero Bolívar opuso objeciones diversas y tenaces que San Martín rebatió una por una, según se desprende de su carta, y llegó a ofrecerle combatir bajo sus órdenes con tal de obtener la ansiada cooperación. Tampoco aceptó Bolívar y entonces se persuadió San Martín que aquella gloria y ese honor no podían ser compartidos, que su persona era el obstáculo. En su espíritu debió surgir súbitamente la determinación de removerlo y se resolvió con su certera rapidez de apreciación y la enérgica entereza con que sabía movilizar su voluntad. Pensó desde ese instante en su alejamiento como una solución impuesta por las circunstancias, aceptándolo con ese estoicismo del deber que él llamaba acatamiento del destino y que siempre le impelía inexorablemente a cumplirlo hasta el fin.

Sin duda anticipó ese propósito a su interlocutor, pues éste lo hizo saber,

junto con otros detalles de la entrevista, al vicepresidente de Colombia, general Santander, en una carta que le envió el 29 de julio, desde Guayaquil, dos días después de haber emprendido San Martín su regreso al Perú; pero también le instaría a reservarlo con el mismo recato con que él prefería eliminarse sin hacer alarde de un sacrificio cuyo precio iba a ser la terminación de la guerra de América.

Esto fue lo esencial de la entrevista de Guayaquil. Seguramente se habló sobre otros problemas y la propia carta de San Martín alude al zanjado por Bolívar cuando resolvió disolver a la junta de gobierno de Guayaquil e incorporar a Colombia su territorio; y se hablaría entre otras cosas sobre sistemas de gobierno para las naciones recién creadas y la controversia sobre el proyecto monárquico que el mismo Bolívar en la carta a Santander calificaba de "pro-forma".

El propio San Martín, cinco años después, estando en Bruselas, escribió al general Miller el 19 de abril de 1827 una carta en la cual refiriéndose a la entrevista con Bolívar le decía: "En cuanto a mi viaje a Guayaquil él no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú; auxilio que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América) lo exigía por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada, cuanto el ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha se había aumentado con los prisioneros y contaba 9.600 bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el Libertador me declaró que haciendo todos los esfuerzos posibles sólo podría desprenderse de tres batallones con la fuerza total de 1.070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia; así es que mi resolución fue tomada en el acto creyendo de mi deber hacer el último sacrificio en beneficio del país. Al siguiente día y a presencia del vicealmirante Blanco dije al Libertador que habiendo convocado el congreso para el próximo mes el día de su instalación sería el último de mi presencia en el Perú, añadiendo: ahora le queda a usted, general, un nuevo campo de gloria en el que va a poner el último sello a la libertad de la América. (Yo autorizo y ruego a usted escriba al general Blanco a fin de ratificar este hecho.) A las dos de la mañana del siguiente día me embarqué habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote y entregándome su retrato como una memoria de lo sincero de su amistad; mi estadía en Guayaquil no fue más de 40 horas, tiempo suficiente para el objeto que llevaba".

Por fin, en otra carta, dirigida el 11 de septiembre de 1848 desde Boulogne-sur-Mer, al mariscal Ramón Castilla, presidente del Perú, aludía también San Martín al asunto de Guayaquil y le decía: "He ahí, mi querido general, un corto análisis de mi vida pública seguida en América; yo hubiera tenido la más

completa satisfacción habiéndole puesto fin con la terminación de la guerra de la independencia del Perú, pero mi entrevista en Guayaquil con el general Bolívar me convenció, no obstante sus promesas, que el solo obstáculo de su venida al Perú con el ejército de su mando, no era otro que la presencia del general San Martín, a pesar de la sinceridad con que le ofrecí ponerme a sus órdenes, con todas las fuerzas de que yo disponía.

"Si algún servicio tiene que agradecerme la América es el de mi retirada de Lima, paso que no sólo comprometía mi honor y reputación sino que era tanto más sensible cuanto que conocía que con las fuerzas reunidas de Colombia la guerra de la independencia hubiera terminado en todo el año 23. Pero este costoso sacrificio y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto (tan necesario en aquellas circunstancias) por los motivos que me obligaron a dar este paso, son esfuerzos que usted podrá calcular y que no está al alcance de todos el poder apreciarlos".

El renunciamiento

Cuando San Martín regresó a Lima habían ocurrido allí sucesos profundamente desagradables. La ausencia del Protector había sido propicia, al parecer, al estallido de sordos rencores acumulados desde un principio contra el ministro Monteagudo, pero que en realidad alcanzaban a todo el régimen protectoral. El antiguo revolucionario de *Mártir o Libre* era mirado ahora como un seide siniestro del despotismo; y sus ideas de gobierno como el símbolo de la reacción. Se le acusaba de ser un misántropo orgulloso que consideraba a la capital como una propiedad de conquista y se le odiaba como responsable de las persecuciones que debieron sufrir españoles de antiguo arraigo y extensas vinculaciones en la sociedad del Perú; achacábasele falta de consideración a los elementos locales y se le tenía por el principal sostenedor de un plan monarquista.

Era, pues, Monteagudo la cabeza de turco contra la que se dirigieron los golpes de una extensa conspiración que, en definitiva, exteriorizaba en sus promotores, dirigidos por el peruano José Riva Agüero, no sólo el descontento contra un ministro, sino la ansiedad de llegar al gobierno y sustituir un régimen que algunos estimaban sencillo reemplazar. Lo cierto es que mientras San Martín estaba en Guayaquil el delegado Torre-Tagle debió ceder ante las exigencias de los amotinados, cuyo triunfo se alcanzó asimismo por la absoluta impasibilidad asumida en la emergencia por el general Alvarado, comandante en jefe del ejército. Monteagudo tuvo que dejar su ministerio y el país.

Pero San Martín volvía de la entrevista con Bolíviar con su resolución tomada y aquellos sucesos sólo pudieron servir para fortalecerla. Debieron, sin embargo, llevar a su espíritu ese momento de acibarada congoja que produce siempre la ingratitud, aun en el ánimo de los fuertes. El Congreso del Perú se

reunió solemnemente el 20 de septiembre y ante él declinó San Martín la investidura que se había impuesto un año antes devolviendo la banda bicolor que era su símbolo, y les dijo entonces a los representantes: "Al deponer la insignia que caracteriza el jefe supremo del Perú no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos es el ejercicio del poder que el imperio de las circunstancias me hizo aceptar". Y en una proclama de ese mismo día recordó: "Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer la independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos. La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible a los Estados que de nuevo se constituyen".

Aquella misma noche se embarco en el puerto de Ancón rumbo a Chile.

En la cumbre de la cordillera después de haber ascendido por el camino del Portillo y allí donde se abre un ríspido cajón llamado del Manzano, hallábase una mañana de fines de enero de 1823 un antiguo oficial del ejército de los Andes. Acababa de levantarse el sol e iluminaba con todo su esplendor el grandioso panorama de piedra que descendía hacia Occidente. Ascendiendo la cuesta lentamente veíase una pequeña caravana que al cabo llegó a distinguirse con nitidez. El oficial era don Manuel de Olazábal y pronto advirtió que quien se acercaba era aquel a quien había ido a esperar anheloso de ser el primero en saludarle al pisar de nuevo tierra argentina; el caballero que presidía la caravana era el generalísimo del Ejército del Perú. El general San Martín, escribió Olazábal al relatar la escena años después, iba acompañado de un capitán y dos asistentes; dos mucamos y cuatro arrieros con tres cargueros de equipaje. Cabalgaba una hermosa mula zaina con silla de las llamadas húngaras y encima un pellón, y los estribos liados con paño azul por el frío del metal. Un riquísimo *guarapón* (sombrero de ala grande) de paja de Guayaquil cubría aquella hermosa cabeza en que había germinado la libertad de un mundo y que con atrevido vuelo había trazado sus inmortales campañas y victorias. El chamal chileno cubría aquel cuerpo de granito endurecido en el vivac desde sus primeros años. Vestía un chaquetón y pantalón de paño azul, zapatos y polainas y guantes de ante amarillos. Su semblante decaído por demás, apenas daba fuerza a influenciar el brillo de aquellos ojos que nadie pudo definir. Cuando se acercó, Olazábal se precipito hacia él y lo abrazó por la cintura, deslizándose de sus ojos abundantes lágrimas. El general le tendió el brazo izquierdo sobre la cabeza y lleno de emoción sólo pudo decirle: "¡Hijo!"

Así regresaba a la patria, cruzando por última vez la cordillera de los Andes, el que hacía seis años la había tramontado en sentido inverso al frente de aquel valeroso ejército formado por él en Mendoza y cuyas victorias dieron la libertad a Chile para llenar después el grande objetivo de su empresa continental proclamando en Lima la independencia del Perú. Pero ésta era ya, con ser tan reciente, la gloria pasada. El melancólico regreso iniciaba el camino del

renunciamiento que él había elegido, y muy pocos comprendieron entonces la grandeza moral de esa elección, signo indudable de la autenticidad de aquella gloria.

Estaba satisfecho y seguro de su gesto, que fue en síntesis otra impronta de su carácter, actitud similar a cuantas debió asumir en los más graves trances de opción durante su vida pública. Había sido fiel consigo mismo y ello importaba haber sido fiel a la misión que quiso realizar en América. Estaba cierto que el sacrificio de su retiro iba a ser un bien para América porque anticipaba de acuerdo con las circunstancias sobrevenidas la hora de su independencia y esto le bastaba y le complacía inmensamente; si él había llegado a ser un obstáculo para que el Libertador de Colombia diera el golpe final a los *matuchos*, no iba a ser él quien siguiera siendo obstáculo un solo día más.

Comprendía también que pocos habrían de entenderle. Solamente con Guido, durante su última noche del Perú, había tenido un arranque confidencial: ¿acaso no podía haber afrontado la intransigencia de Bolívar? ¿Qué le habría costado meter en un puño a Riva Agüero y los demás secuaces que daban pábulo a calumniosas especies? ¿Quién le hubiera impedido a él, si hubiera querido, afianzar en la fuerza ese despotismo de que se le acusaba? ¡No! Él no iba a dar ese día de zambra al enemigo. Él había venido a libertar a la América y no a hacerle el juego a la guerra civil ni quiso nunca ser rey ni emperador ni demonio, como le escribió una vez, explosivamente indignado, al buen amigo O'Higgins.

Años después, en 1827, le escribiría a Guido, volviendo sobre el amistoso debate que éste le reabría constantemente: "Serás lo que debes ser o no eres nada" y le decía que confiaba en el juicio de la historia, a la cual dejaría discernir sobre sus documentos, después de su muerte, acerca de las causas que le movieron a retirarse del Perú: "Usted me dirá que la opinión pública y la mía particular están interesadas en que estos documentos vean la luz en mis días; varias razones me acompañan para no seguir este dictamen, pero sólo le citaré una: la de que lo general de los hombres juzgan de lo pasado según la verdadera justicia y lo presente según sus intereses".

El había sido lo que debió ser. En sus maletas del regreso traía el estandarte de Pizarro, y este ilustre despojo era una prenda y un simbolo para José de San Martín, Libertador del Perú.

V

CON EL PENSAMIENTO EN LA PATRIA

El voluntario exilio

Llegó a Mendoza el 3 de febrero de 1823, aniversario de San Lorenzo. Allí le alcanzaban puntualmente las noticias de Chile y del Perú: la situación de O'Higgins era cada día más difícil y no tardaría en caer; en Lima no se entendía Riva Agüero con el Congreso, mientras Bolívar se dejaba estar en Colombia sin apresurarse a entrar en acción. Comunicábanle además sus informantes que arreciaban contra él difamaciones y libelos, pero también que ya le extrañaban los limeños y muchos le instaban a volver. Estaba angustiosamente interesado en la expedición de Alvarado por los Puertos Intermedios, su último plan para concluir la guerra del Perú. Temía un fracaso, pues él la había proyectado contando con que el ejército de Colombia atacase a La Serna y esperando que desde la frontera argentina se golpeara sobre los realistas del Alto Perú. Pero ahora sabía que Bolívar dejaba inerme a Rudecindo y que Rivadavia, el omnipotente ministro de Buenos Aires, eludía toda acción guerrera confiando en las negociaciones de paz que había iniciado con delegados de España llegados recientemente al Río de la Plata. Estanislao López y Bustos habían respondido a sus requerimientos, pero cuando gestionaron recursos de Buenos Aires para sostener la expedición encarecida por San Martín habían sido redondamente desahuciados por Rivadavia. Y no pudo hacerse nada efectivo.

Resuelto a dejar de ser hombre público, no le interesaba la política de Buenos Aires, desde donde, a pesar del actual aislamiento provincial, se había emprendido luego de hacer fracasar al congreso nacional convocado en Córdoba por Bustos, una vigorosa acción de hegemonía, que ya proyectaba, en 1823, reunir a otro congreso bajo la égida porteña. Pero la política de Buenos Aires no podía dejar de tener en cuenta su presencia en el país. Y he ahí que de pronto le recelaba y le temía. Eran los antiguos directoriales reunidos de nuevo alrededor de Martín Rodríguez. No le perdonaban su famosa desobediencia de 1819. San Martín se encontró rodeado de espías, de gentes que vigilaban sus menores actos. Había venido a descansar a Mendoza, pero en Buenos Aires creían que preparaba una

revolución para adueñarse del poder. Él comentaría, unos años después, esta curiosa situación en una carta a O'Higgins: "Confinado en mi hacienda de Mendoza y sin más relación que con algunos vecinos que venían a visitarme, nada de esto bastó para tranquilizar a la desconfiada administración de Buenos Aires. Ella me cercó de espías, mi correspondencia era abierta con grosería, los papeles ministeriales hablaban de un plan para formar un gobierno militar bajo la dirección de un militar afortunado, etc., etc".

Tenía, sin embargo, urgencia impostergable de trasladarse a Buenos Aires porque las últimas noticias de su esposa eran malas. María de los Remedios estaba muy enferma y le instaba a que fuera a verla. En el mes de mayo se dispuso a hacerlo, pero debió desistir del viaje, referíale a Guido, porque "se apostaron partidas en el camino para aprehenderme como a un facineroso". Remedios falleció el 3 de agosto y no pudo postergar más su ida a Buenos Aires. Había decidido salir del país. "Yo vi claramente, le dijo a O'Higgins, que no era posible vivir tranquilo en mi patria ínterin la exaltación de las pasiones no se calmase, y esta incertidumbre fue la que me decidió a partir a Europa".

Finalmente, en el mes de octubre, se ponía en marcha hacia Buenos Aires. Allí recogería a su hija Merceditas, que había quedado al cuidado de la abuela —don José Antonio Escalada había fallecido—, para llevarla con él a Europa, donde pensaba darle esmerada educación.

Estuvo poco tiempo en Buenos Aires, apenas dos meses, que le bastaron para liquidar algunos intereses con los cuales haría frente a su nueva vida; y se embarcó rumbo a El Havre el 10 de febrero de 1824.

Los largos años del voluntario exilio sólo serían apartamiento material. El lazo espiritual permaneció viviente y el tiempo habría de acendrarlo en efusión de amor, porque ya no era acción, sino contemplación la ofrenda del héroe a su patria lejana.

La necesidad de alejarse del ambiente pasional en que se desenvolvía la lucha política y el deseo de educar a su hija fueron los motivos que le movieron a radicarse en Europa, y no volvería más a la tierra natal; pero lo cierto es que siempre aspiró a retornar, soñando con su Tebaida mendocina o con un retiro apacible a orillas del Paraná. Circunstancias diversas lo impidieron, pero desde su partida siguió rondándole un cortejo de sombras que parecían hablarle como si continuara moviéndose a su alrededor la dramática escena que había abandonado. Y ésa sería su constante disposición espiritual, que no obedeció solamente a la atracción telúrica, sino más bien a su preocupación por el destino de la obra cumplida. La correspondencia con que mantuvo esa unión: frecuente y vivaz en un principio, espaciada y serena a medida que fue declinando en la vejez, acusó siempre la tenaz persistencia de ese vínculo de amor.

Llegó a El Havre el 23 de abril, y fue después a Inglaterra, donde estuvo algunos meses, resolviéndose por fin a radicarse en Bruselas. Desde allí, el 8 de febrero de 1825, le escribió a O'Higgins una carta que traducía fielmente su

estado de ánimo, o sea, el deseo de volver y su preocupación por la suerte de América: "Desde fines del año pasado me he establecido en ésta. Lo barato del país y la libertad que se disfruta me han decidido a fijar mi residencia aquí hasta que finalice la educación de la niña, que regresaré a América para concluir mis días en mi chacra y separado de todo lo que sea cargo público, y si es posible de la sociedad de los hombres. Aguardo por momentos los resultados de la campaña del Perú. ¡Quiera la suerte ser favorable para terminar los males de la América!"

Cuando esto escribía no le habían llegado aún noticias de la gran victoria de Sucre en Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, que terminaba gloriosamente la empresa continental; y su amarga misantropía se debía en gran parte a las dolorosas decepciones que hubo de soportar en los dos últimos años y que las cartas de Guido, todavía en el Perú, y las vicisitudes del noble O'Higgins, habían contribuido a exacerbar.

Su situación en Bruselas era difícil por la penuria económica y debió llevar allí una vida solitaria y obscura, mientras la pequeña Mercedes se educaba en un pensionado. El general Miller, que le visitó en esta época, refirió que la existencia de San Martín "no podía ser más sencilla y austera. Su hija estaba en una pensión, y él mismo, que vivía en un lejano arrabal, se veía obligado a andar a pie todos los días más de una milla para comer a la mesa redonda de un café a que estaba abonado".

La guerra con el Brasil

Llegábanle con frecuencia noticias de Buenos Aires, cuya dirección política seguía en manos de Rivadavia y donde había reaparecido Alvear. Había sobrevenido la guerra con el Brasil, estallando por fin aquel conflicto cuya condigna solución se venía postergando desde la invasión protuguesa del territorio uruguayo en 1816 y que el directorio de Pueyrredón no había sabido o no había querido afrontar.

Esta guerra planteaba un problema de conciencia al general San Martín, que siguió ansiosamente el proceso bélico, dispuesto a ofrecer sus servicios pero retenido por la creencia de que no serían aceptados. Guido, de vuelta en Buenos Aires, le informaba puntualmente sobre las alternativas de la política y la conducción de la guerra. Referíale con acritud los últimos sucesos y recriminaba la conducta del grupo rivadaviano, que acababa de elevar a don Bernardino a la presidencia de la República.

Decía Guido, el 23 de ocubre de 1826: "Poco o nada puede referirse a usted que lisonjee respecto de nuestra situación actual. El nombramiento de un presidente en carácter de permanente antes de haberse dado por el congreso la constitución, el ataque a la junta provincial de Buenos Aires, la capitalización nacional y otros pasos semejantes, comenzaron a influir a principios de este año

en la desorganización del pacto en que habían entrado las provincias para la instalación del congreso; y en el día por más que quieran ocultarlo los papeles públicos, apenas hay un pueblo de acuerdo con otro, y algunos como Catamarca y La Rioja se están batiendo a mano armada".

La guerra civil ensangrentaba de nuevo al país y las nuevas facciones se llamaban ya unitarias y federales; pero en lugar de apresurarse a combatir al Imperio, el gobierno se empecinaba en su política y hacía sancionar una constitución unitaria a pesar del pronunciamiento adverso de la mayoría de las provincias: "¡Cuál será el desenlace de este drama —agregaba Guido—, ni todas la sibilas de Delphos podrían adivinarlo".

En cartas posteriores le comunicó los triunfos argentinos en el Juncal e Ituzaingó, y el 8 de julio de 1827 se refería al convenio de paz que había negociado en Río de Janeiro el señor Manuel José García, en virtud del cual la Banda Oriental se entregaba al emperador del Brasil; a la indignación provocada por este hecho y a la subsiguiente renuncia de Rivadavia. El Congreso la había aceptado nombrando presidente provisional a don Vicente López.

San Martín contestó a Guido diciéndole entre otras cosas: "Lo que verdaderamente me ha sorprendido es el tratado celebrado por García y que he visto en los papeles públicos, tratado vergonzoso y degradante y que ningún pueblo generoso puede menos que desecharlo con indignación".

Él deseaba ofrecer sus servicios al país en esta emergencia, y Guido le instaba a volver; pero seguía deteniéndolo la convicción de que ni Rivadavia ni Alvear lo hubieran aceptado. Explicó esta actitud refiriéndose duramente a los políticos caídos, en una carta a O'Higgins, del 20 de octubre, desde Bruselas: "Ya habrá usted sabido la renuncia de Rivadavia; su administración ha sido desastrosa y sólo ha contribuido a dividir los ánimos; él me ha hecho una guerra de zapa, sin otro objeto que minar mi opinión, suponiendo que mi viaje a Europa no ha tenido otro objeto que el de establecer gobiernos en América; yo he despreciado tanto sus groseras imposturas como su innoble persona. Con un hombre como éste al frente de la administración no creí necesario ofrecer mis servicios en la actual guerra contra el Brasil, por el convencimiento en que estaba de que hubieran sido despreciados; con el cambio de administración he creído de mi deber el hacerlo en la clase que el gobierno de Buenos Aires tenga a bien emplearme; si son admitidos, me embarcaré sin pérdida de tiempo, lo que avisaré a usted".

Así lo hizo, dirigiéndose al presidente provisional Vicente López; pero no recibió contestación. Cuando su carta llegó a Buenos Aires, aquél había dejado el mando y el coronel Manuel Dorrego, nuevo gobernador de la Provincia de Buenos Aires y encargado de las Relaciones Exteriores, negociaba una paz más digna con el Brasil y el general Tomás Guido, precisamente, integraba la delegación argentina que se trasladó con ese objeto a Río de Janeiro.

En conocimiento del nuevo régimen establecido, San Martín decidió viajar a Buenos Aires y embarcó en Falmouth el 21 de noviembre a bordo del *Countess of Chichester*. Necesitaba atender y percibir los intereses con los cuales se sostenía en Europa, consistentes en la pensión que recibía del Perú y las rentas de su finca mendocina; pero la tardía liquidación de aquélla y la depreciación del papel moneda sudamericano le tenían estrechado en una afligente situación. Pensaba, además, instalarse en su chacra de Mendoza y quería hacer el ensayo —así le expresó a Guido— de "si con los cinco años de ausencia y una vida retirada podía desimpresionar a lo general de mis conciudadanos que toda mi ambición estaba reducida a vivir y morir tranquilamente en el seno de mi patria".

Pero la situación que pensaba encontrar en Buenos Aires había cambiado fundamentalmente durante su viaje. El 1º de diciembre una división del ejército que volvía de la guerra con el Brasil se sublevaba al mando del general Juan Lavalle y el gobernador Dorrego era depuesto por el movimiento triunfante y fusilado en Navarro el 13 de diciembre. Al propio tiempo, otra división sublevada por el general José María Paz invadía la provincia de Córdoba con ánimo de derrocar al gobernador Bustos.

Era, de nuevo, la guerra civil; la lucha irreconciliable de las facciones. Y en Santa Fe, donde sesionaba la Convención nacional convocada después de la disolución del último Congreso, encargábase al general Estanislao López, como jefe del Ejército de la República, para restablecer el orden en la Provincia de Buenos Aires y se declaraba anárquica, sediciosa y atentatoria contra la libertad, honor y tranquilidad de la Nación a la sublevación militar encabezada por Lavalle. Expresaba, además, la representación nacional que "el asesinato cometido en la persona del Excmo. Señor Manuel Dorrego, encargado de la dirección de la guerra, paz y relaciones exteriores, era un crimen de alta traición contra el Estado".

Diagnóstico y vaticinio

Precisamente en esos días de febrero de 1829 fondeaba en las balizas exteriores del puerto de Buenos Aires el *Countess of Chichester*, a cuyo bordo venía San Martín. Pero el general había resuelto no desembarcar. Solicitó al gobierno un pasaporte para Montevideo y allí lo hizo el 13 de febrero.

En Buenos Aires zahirieron mezquinamente su conducta desde las gacetas oficiales y aun intentaron recriminarle por su ausencia durante la guerra contra el Brasil. Otros, en cambio, hasta el propio Lavalle, le instaban a regresar para asumir en la patria el puesto que le señalaban sus antecedentes. Pero fue Guido quien le pidió una explicación de aquella categórica resolución y entonces San Martín le dio desde Montevideo, el 3 de abril, esta respuesta memorable, que era a la vez un diagnóstico y un vaticinio:

"Las agitaciones en diecinueve años de ensayos en busca de una libertad que no ha existido, y más que todo las difíciles circunstancias en que se halla en el

día nuestro país, hacen clamar a lo general de los hombres que ven sus fortunas al borde del precipicio y su futura suerte cubierta de una funesta incertidumbre, no por un cambio en los principios que nos rigen, y que en mi opinión es donde está el mal, sino por un gobierno vigoroso, en una palabra, militar; porque el que se ahoga no repara en lo que se agarra; igualmente convienen en que para que el país pueda existir es de necesidad absoluta que uno de los dos partidos en cuestión desaparezca de él; al efecto se trata de buscar un salvador que, reuniendo al prestigio de la victoria el concepto de las demas provincias y más que todo *un brazo vigoroso*, salve a la patria de los males que la amenazan: la opinión presenta este candidato: él es el general San Martín. Para esta aserción yo me fundo en el número de cartas que he recibido de personas que respeto de ésa, y otras que me han hablado en ésta sobre este particular; yo apoyo mi opinión sobre las circunstancias del día. Ahora bien, partiendo del principio que es abolutamente necesario el que desaparezca uno de los dos partidos contendientes, por ser incompatible la presencia de ambos con la tranquilidad pública. ¿Será posible sea yo el escogido para ser el verdugo de mis conciudadanos y cual otro Sila cubra mi patria de proscripciones? No. Jamás, jamás. Mil veces preferiría correr y envolverme en los males que la amenazan, que ser yo el instrumento de tamaños horrores; por otra parte, después del carácter sanguinario con que se han producido los partidos, no me sería permitido, por el que quedase victorioso, usar de una clemencia necesaria y me vería obligado a ser el agente del furor de pasiones exaltadas que no consultan otro principio que el de la venganza. Mi amigo, veamos claro, la situación de nuestro país es tal que al hombre que lo mande no le queda otra alternativa que la de apoyarse sobre una facción o renunciar al mando; esto último es lo que hago".

Y a O'Higgins, a quien envió desde Montevideo una explicación semejante, le subrayó sin ambages la realidad de la situación: "El objeto de Lavalle era que yo me encargase del mando del ejército y provincia de Buenos Aires y transase con las demás provincias a fin de garantir, por mi parte y la de los demás gobernadores, a los autores del movimiento del 1º de diciembre; pero usted conocerá que en el estado de exaltación a que han llegado las pasiones era absolutamente imposible reunir los partidos en cuestión sin que quede otro arbitrio que el exterminio de uno de ellos. Por otra parte, los autores del movimiento del 1º son Rivadavia y sus satélites, y a usted le constan los inmensos males que esos hombres han hecho no sólo a este país sino al resto de la América..."

Pocos días después de escribir estas cartas, a mediados de abril, el general embarcábase en Montevideo de vuelta al ostracismo que se imponía.

Pero es indudable que no sólo le habían movido a tomar esta actitud apreciaciones de orden personal. El creía, y su opinión era demasiado conocida en el país, que los males presentes, la inacabable guerra civil y el caos de las leyes sucediéndose unas a otras sin estabilidad alguna y sin influencia rigurosa sobre

gentes que las despreciaban e ignoraban, no eran producidos por los hombres sino por las instituciones. Así lo manifestó sin reatos, asumiendo con decisión una valerosa postura política, no sólo a Guido y a O'Higgins sino también a Fructuoso Rivera y a Vicente López. Y lo mismo habíales significado en Montevideo a Juan Andrés Gelly y Eduardo Trolé, enviados por Lavalle para convencerle a volver a Buenos Aires, donde se le espera como "áncora de salvamento".

Era necesario, a su juicio, cambiar de sistema para dar término a la "revolución en permanencia" y el país hallase quietud, libertad nacional, prosperidad sólida. Entretanto consideraba inútil su intervención en la contienda política: "Tal vez usted me dirá —expresó en una carta—, como lo han hecho algunos de mis amigos, que yo me debo todo a mi patria y que yo debo sacrificarme empleando mis servicios en cualquier destino que ella me ocupe; yo lo haría con placer si supiera que el sacrificio de mi tranquilidad y vida la pudiesen salvar; pero cuando un convencimiento de toda mi razón, ratificado por la experiencia de veinte años y el conocimiento exacto que tengo de la América, me dice que un Washington o un Franklin que se pusiese a la cabeza de nuestros gobiernos no tendría mejor suceso que el de los demás hombres que lo han mandado, es decir, desacreditarse empeorando el mal; repito, no en los hombres es donde debe esperarse el término de nuestros males: el mal está en las instituciones y sí sólo en las instituciones".

San Martín estaba ya en Bruselas, donde había vuelto a instalarse después de su frustrado viaje a Buenos Aires, cuando escribía, el 8 de mayo de 1830, estos graves conceptos al doctor don Vicente López, respondiendo a una larga epístola en que el viejo patriota, autor del Himno Nacional, le comunicaba sus opiniones sobre la marcha del país durante veinte años de revolución.

"Muchas veces me he puesto a meditar —le decía Vicente López— en las causas del incremento y animosidad que han tomado nuestras eternas discordias, y voy a poner a usted mi juicio francamente y en cuatro palabras. Yo no veo en todo este fenómeno más que revolución y contrarrevolución. La revolución ha dominado exclusivamente desde el año 10 hasta mediados del 21; la contrarrevolución ha dominado disfrazadamente, desde mediados del 21 hasta mediados del 27, y habiendo sido entonces separada del timón, hizo su reacción vengativa para recobrarlo el 1º de diciembre de 1828. La revolución consagró el principio, *patriotismo sobre todo*; la contrarrevolución, sin atreverse a excluir este principio, de hecho lo miró con mal ojo y dijo sólo: *habilidad y riqueza*. La revolución con sólo el arma elemental de aquel principio hizo prodigios y rompió todos los obstáculos que le formaba el poder y la riqueza de sus enemigos; pero el país tuvo la desgracia de que la revolución no le diese para el gobierno sino superioridades falsas: las unas caían desacreditadas para dar lugar a las otras, que a su vez caían lo mismo. El año 20 llegaron, como a su colmo, estas alternativas y se completó entonces el descrédito de todas aquellas superioridades de la revolución. El que quedó en el gobierno al concluirse el año 20 era una de ellas;

pero estaba en la alianza de algunas capacidades contrarrevolucionarias. Éstas le indujeron a que asociase al gobierno otras de la misma clase. Entonces fue que empezándose una guerra de desprecio y de olvido contra lo que se llamó *aristocracia revolucionaria*, se proclamó el principio de la *habilidad y la riqueza*. Entonces se dio a los godos el derecho de votar; ellos y extranjeros sin patriotismo subieron a destinos y ejercieron comisiones lucrativas y de influencia, manejando nada menos que la bolsa del país en instituciones creadas al propósito y dando los medios de hacer fortuna o negándolos, según la adhesión u oposición a la nueva marcha. Así es como se ha dado un brillo al partido de la contrarrevolución, que se ha atraído la parte más brillante de ésta y las demás provincias. El señor Dorrego entró al gobierno como representante de la revolución, y dio pruebas de que no era una de las falsas superioridades; hizo servicios de que no había sido capaz el partido contrarrevolucionario; iba venciéndolo con brillantez sólida, y aquél lo mató así que pudo *sobreponerse*. La reacción del partido revolucionario ha sido proporcionada a la violencia de éste y otros crímenes. Él, en fin, ha vencido, pero sus directores han contenido la victoria, y hay un estudio en respetarse el rango y poderío de los vencidos. Así han quedado mezclados elementos inflamables, y no cesarán las inflamaciones".

Pero el destinatario de esta carta ya había dado el diagnóstico y adoptado su posición volviendo al exilio para no tomar parte en la guerra civil. "Mi presencia en el país es embarazosa —escribió San Martín a Fructuoso Rivera antes de partir de Montevideo—. Si éste cree algun día que como un soldado le puedo ser útil en una guerra extranjera, nunca contra mis compatriotas, yo le serviré con la lealtad que siempre lo he hecho, no sólo como general sino en cualquier clase inferior en que me ocupe; si no lo hiciese yo no sería digno de ser americano".

Ante la crisis de 1833

Esa sería su línea de conducta invariable, aunque vivió siempre esperanzado con la posibilidad de retornar al país natal "cuando cesaran los desórdenes". Sus amigos de Buenos Aires teníanle permanentemente informado sobre las alternativas de la situación, y fue también en Bruselas donde San Martín conoció los pormenores del proceso político en cuya solución se había negado a participar.

A fines de 1829 la restaurada legislatura de Buenos Aires elegía gobernador y capitán general de la provincia, con facultades extraordinarias, a Juan Manuel de Rosas, el "brazo vigoroso" que él había vaticinado, el Sila que él no había querido ser.

El nuevo protagonista del drama llegaba al poder representando al partido de la revolución que el inmolado Dorrego había encarnado frente al de la contrarrevolución, seúun decía Vicente López; pero no iba a apoyarse en la

"aristocracia de la revolución" sino en otra fuerza poderosa hasta entonces olvidada. Y el primer día de su gobierno Rosas hizo a Santiago Vázquez, encargado de negocios del Estado Oriental, la siguiente sugestiva declaración: "Conozco y respeto mucho los talentos de los señores que han gobernado el país, y especialmente de los señores Rivadavia, Agüero y otros de su tiempo; pero a mi parecer todos cometían un gran error; se conducían muy bien con la clase ilustrada, pero despreciaban a los hombres de las clases bajas, los de la campaña, que son la gente de acción. Yo noté esto desde el principio y me pareció que en los lances de la revolución los mismos partidos habían de dar lugar a que esa clase se sobrepusiese y causase los mayores males, porque usted sabe la disposición que hay siempre en el que no tiene nada contra los ricos y superiores. Me pareció, pues, muy importante conseguir una influencia grande sobre esa gente para contenerla o para dirigirla; y me propuse adquirir esa influencia a toda costa; para esto me fue preciso trabajar con mucha constancia, con muchos sacrificios hacerme gaucho como ellos, hablar como ellos y hacer cuanto ellos hacían, protegerlos, hacerme su apoderado, cuidar de sus intereses, en fin, no ahorrar trabajos ni medios para adquirir su concepto..."

Pero Rosas había asumido el poder en medio de la guerra civil y sobre el cruento desarrollo de la misma el fiel Guido escribía a San Martín el 10 de septiembre de 1830: "Si usted ha leído los periódicos de nuestro país desde el mes de abril a la fecha encontrará la virulencia y el encono de los partidos, tanto en algunos papeles de Buenos Aires como del interior. A pesar de todo, esta provincia es hoy la menos desgraciada y nada le faltaría si la dejaran en sosiego; pero el partido que domina en el interior, y que tiene sus principales raíces en Buenos Aires, difícilmente la dejará descansar. Sus planes parecen de exterminio; sus deseos, de venganza, y todos sus actos, sanguinarios. El general Paz ha dado un baile para celebrar el aniversario de La Tablada en medio de los huesos de sus infinitas víctimas; y Videla Castillo ha felicitado al pueblo de Mendoza por el asesinato de Corvalán y otros en el Chacay. ¡Y así piensan organizar el país! Mientras tanto, hay individuos, y son precisamente los que se titulan amigos del orden, que miran a esos hombres como héroes".

El triunfo fue de los federales en la guerra civil de 1831; pero los desórdenes no cesaron. Después de la elección de Juan Ramón Balcarce para suceder a Rosas en el poder, Guido seguía informando a San Martín sobre las desavenencias surgidas en el partido gobernante, y le describía minuciosamente en una carta del 20 de octubre de 1833 los episodios de la Revolución de los Restauradores: "Desde que subió al mando de esta provincia el general Balcarce comenzaron a temer los que conocían su carácter el que fuera extraviado en la senda única en que podía caminar sin zozobrar; necesitaba para llegar a su fin apoyarse en el partido que había triunfado de la revolución de diciembre y contar con la cordial adhesión del jefe que la encabezaba; cualquier otro medio era un ensayo peligroso para su gobierno. El general Balcarce, seducido por las teorías del

liberalismo se apartó sin advertirlo de los principios prácticos que debía consultar para no hacer ilusoria y aun odiosa la marcha constitucional que afectaba sostener".

San Martín, con motivo de estas novedades, dio a Guido una larga y notable respuesta, fechada en París el 1º de febrero de 1834, y reveladora del profundo interés y la constante reflexión con que seguía los asuntos de su país. Escribió con este motivo una página de vigoroso realismo político, acaso la pintura más exacta y viviente de aquel momento excepcional.

Las ocurrencias acaecidas no le habían sorprendido y por el contrario las esperaba, sin que para ello le hubiese sido necesaria otra previsión que la de conocer a las personas que marcaban en la administración de Balcarce. Y refiriéndose a la Revolución de los Restauradores, que derribó a este gobierno en octubre de 1833, agregaba: "Yo creo que el último movimiento ha sido la crisis de los males que nos han afligido en el espacio de veinticuatro años y que desde este momento va a empezar una nueva era, si se aprovecha la experiencia". Analizaba las causas de la discordia y sostenía que el foco de todas las revoluciones se hallaba en Buenos Aires: "Allí se halla la crema de la anarquía, de los hombres inquietos y viciosos, de los que viven de trastornos porque no teniendo nada que perder todo lo esperan ganar del desorden..." Había que extirpar esos elementos de discordia y el reciente episodio señalaba el remedio: "El que mande en la campaña será el verdadero jefe del Estado —decía San Martín—. Sin duda, señor don Tomás, y yo soy de esa opinión. Visto que veinticuatro años de ensayos no han producido más que calamadidades y por la verdad demostrada que el título de su gobierno no está asignado sobre la base más o menos de sus principios, pero sí sobre la influencia que tienen en la felicidad de los que obedecen; dejémonos de teorías: los hombres no viven de ilusiones sino de hechos".

Por la soberanía del país

Por aquel tiempo San Martín vivía en la casa de campo de Grand-Bourg, a corta distancia de París. A su regreso de Buenos Aires había pasado, primero en Bruselas y después en la capital de Francia, no pocas estrecheces y angustias económicas. Pero en 1831 llegó para el estoico exiliado la hora inesperada y extraordinaria de una fortuna providencial. Encontróse en París con un viejo amigo y camarada de armas en las guerras de España, don Alejandro Aguado, a quien Fernando VII había dado el título de marqués de las Marismas del Guadalquivir. Aguado era ahora un hombre de mundo y de empresa, enormemente rico, pero además de rico magníficamente generoso, y era el financiero más difundido y audaz de aquella Francia de Luis Felipe, monárquica y burguesa, que ya parecía haber restañado las no muy bien cerradas heridas de la Revolución.

Pero después del estrecho abrazo del encuentro, que revivió en ambos por un instante el pretérito ímpetu juvenil, Aguado comprendió que si él podía contar a su amigo la historia de sus grandezas, hallábase frente a otra grandeza, porque ante él estaba el Libertador del Nuevo Mundo. Y su apoyo bienhechor acudió con hidalga y oportuna munificencia en favor del camarada tan ilustre como desvalido.

Merced a ella San Martín pudo restaurar sus maltrechas finanzas y adquirir la casa de Grand-Bourg que iba a dar seguridad a su retiro, un digno y cálido refugio para la vejez todavía lejana. Vivía allí con su hija Mercedes, que el13 de diciembre de 1832 había contraído matrimonio con Mariano Balcarce, hijo de su finado amigo y compañero de armas en la campaña de Chile, el general Antonio González Balcarce, feliz unión cuyos frutos serían las dos nietecitas, Mercedes y Josefa, que alegraban la severa mansión del viejo soldado.

Pero su corazón y su pensamiento seguían tenazmente dirigidos a la patria lejana, y rara era la vez, en esos años, que omitía expresar en sus cartas a los amigos el deseo de volver. "No deseo otra cosa que morir en su seno —decíale, por ejemplo, a don Pedro Molina, gobernador de Mendoza, el 1º de febrero de 1837—; si como espero, la tranquilidad de nuestra patria se consolida en términos que me aseguren poder pasar una vejez en reposo, regresaré a ella con el mayor placer".

Pero el 5 de agosto de 1838, desde Grand-Bourg, le escribió al general Juan Manuel Rosas una carta en que también ofrecía regresar al país. Ahora eran otros los motivos: "He visto por los papeles públicos de ésta el bloqueo que el gobierno francés ha establecido contra nuestro país; ignoro los resultados de esta medida; si son los de la guerra, yo sé los que mi deber me impone como americano; pero mis circunstancias y la de que no se fuese a creer que me supongo un hombre necesario, hacen, por un exceso de delicadeza que usted sabrá valorar, si usted me cree de alguna utilidad que espere sus órdenes; tres días después de haberlas recibido me pondré en marcha para servir a la patria honradamente, en cualquier clase que se me destine".

Graves sucesos habían ocurrido en el Río de la Plata. Francia se entremetía en la contienda doméstica, y haciendo pie en un pequeño conflicto suscitado por un funcionario consular e intencionalmente agrandado por su almirante en las aguas del Atlántico sur, había autorizado el bloqueo que se estableció a los puertos de la Confederación Argentina, todo ello en flagrante contradicción con las normas del derecho internacional. Rosas había rechazado con energía las pretensiones de los agentes franceses y afrontaba las consecuencias del bloqueo. Los adversarios de su régimen, exiliados en Montevideo, de donde se había obligado a salir al presidente del Estado Oriental, general Oribe, también con el apoyo extranjero, iniciaban en ese tiempo una cadena de reacciones simultáneas contra el gobierno del Restaurador. Cullen en Santa Fe, Berón de Astrada en Corrientes, Maza en Buenos Aires, Lavalle en Montevideo, Cramer y Rico en la

campaña del sur, habían tejido una vasta conspiración. El bloqueo y la flota francesa amparaban la nueva tentativa unitaria, pero Rosas había reaccionado terriblemente, y uno a uno iba venciendo o sofocando los diversos núcleos del movimiento. Y el 24 de enero de 1839 contestó a San Martín una carta en la que le enviaba una minuciosa información de los sucesos y le expresaba su gratitud por "la noble y generosa oferta de sus servicios a nuestra patria en la guerra contra los franceses; pero aceptándola, como desde luego la acepto para el caso que sean necesarios, debo manifetarle que por ahora no tengo recelo de que suceda tal guerra, según lo espero por la mediación de la Inglaterra y notorios perjuicios a las demás naciones neutrales".

San Martín contestó a Rosas el 10 de julio de 1839:"Los impresos que usted ha tenido la bondad de remitirme me han puesto al corriente de las causas que han dado margen a nuestra desavenencia con el gobierno francés; confieso a usted, apreciable general, que es menester no tener el menor sentimiento de justicia para mirar con indiferencia un tan violento abuso de poder; por otra parte, la conducta de los agentes de este gobierno, tanto en este país como en la Banda Oriental, no puede calificarse sino dándole el nombre de verdaderos revolucionarios; ella no pertenece a un gobierno fuerte y civilizado; pero es que ni en la Cámara de los Pares ni en la de Representantes no ha habido un solo individuo que haya exigido del Ministerio la correspondencia que ha mediado con nuestro gobierno para proceder de un modo tan violento como injusto; esta conducta puede atribuirse a un orgullo nacional, cuando puede ejercerse impunemente contra un Estado débil o a la falta de experiencia del gobierno representativo o a la ligereza proverbial de esta Nación; pero lo que no puedo concebir es el que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar su patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempo de la dominación española; una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer".

Y todavía recalcó este último juicio lapidario en una nueva carta. Gregorio Gómez, su apoderado y más íntimo amigo en Buenos Aires, le había escrito el 15 de agosto de 1839, desde Montevideo donde se hallaba emigrado, informándole sobre las duras consecuencias de la lucha y los excesos cometidos por la represión. Pero San Martín le contestó: "Es con verdadero sentimiento que veo el estado de nuestra desgraciada patria, y lo peor de todo es que no veo una vislumbre de que mejore su suerte. Tú conoces mis sentimientos, y por consiguiente yo no puedo aprobar la conducta del general Rosas cuando veo una persecución general contra los hombres más honrados de nuestros país; por otra parte, el asesinato del doctor Maza me convence que el gobierno de Buenos Aires no se apoya sino en la violencia. A pesar de esto yo no aprobaré jamás el que ningun hijo del país se una a una nación extranjera para humillar a su patria".

La espada y el corazón

La trascendencia de la actitud de San Martín en la cuestión del bloqueo francés debió ser sin duda extraordinaria. Pero ello no solamente mostraba su permanente preocupación por el destino del país natal con el que aparecía identificado, y la despierta sensibilidad de un patriotismo vigilante y activo, porque a nadie le era dado admirar en ese gesto el ofrecimiento de un hijo a la patria en peligro.

La espada que se ofrecía era nada menos que la de quien había fundado esa patria, y aquél era, en realidad, el gesto del padre dispuesto a combatir al lado de sus hijos, porque los argentinos eran ya para él, históricamente, la posteridad. Por eso, su ofrenda era algo más grande y más conmovedor que el cumplimiento de un reclamo de la justicia, pues viniendo de él no podía ser sino una incontenible efusión de amor. El no podía ignorar la inmensa fuerza moral que esa actitud representaba, el decisivo estímulo que por su sola virtud debía infundir a la enérgica entereza con que era indispensable defender y consolidar ante el mundo la personalidad del nuevo estado argentino.

San Martín se mantendría intransigente y hermosamente fiel a este deber. Unos años después, cuando sus achaques no le consintieron adoptar una actitud similar a la de 1838, alzó sin embargo su voz, con idéntica firmeza, para colocarse al lado de quienes defendían de nuevo, frente al extranjero, la soberanía del país. Fue en 1846, cuando tuvo conocimiento de la intervención anglofrancesa en los asuntos del Río de la Plata, que derivó en inauditos atropellos, ante los cuales volvió a cuadrarse la Confederación Argentina. Entonces le escribió al general Rosas desde Grand-Bourg, el 10 de mayo de 1848: "Ya sabía la acción de Obligado. Los interventores habrán visto lo que son los argentinos. A tal proceder no nos queda otro partido que cumplir con el deber de hombres libres, sea cual sea la suerte que nos depare el destino, que por mi íntima convicción no sería un momento dudoso si todos los argentinos se persuadieran del deshonor que recaerá sobre nuestra patria si las naciones europeas triunfan esta contienda que, en mi opinión, es de tanta trascendencia como la de nuestra emacipación de la España. Convencido de esta verdad, crea usted, mi buen amigo, que nunca me ha sido tan sensible que el estado precario de mi salud me prive en estas circunstancas de ofrecer a mi patria mis servicios para demostrar a nuestros compatriotas que ella tiene aún un viejo servidor cuando se trata de resistir la agresión la más injusta de que haya habido ejemplo".

Era en verdad impresionante la unidad de conducta de San Martín en esta defensa de la soberanía e independencia del país. La carta que envió a Rosas después del combate de Obligado había sido precedida por otra del 11 de enero de 1846, fechada en Nápoles, donde estaba tratando "de experimentar si con su

benigno clima recuperaba la arruinada salud". Y en ella decía: "En las circunstancias en que se halla nuestra patria, me hubiera sido muy lisonjero poder nuevamente ofrecerle mis servicios (como lo hice a usted en el primer bloqueo por la Francia); servicios que aunque conozco serían inútiles, sin embargo demostrarían que en la injustísima agresión y abuso de la fuerza de la Inglaterra y Francia, contra nuestro país, éste tenía aún un viejo defensor de su honra e independencia".

Pero aun más: cuando escribía estas cartas, que habrían de constituir para su posteridad una magnífica lección de patriotismo y un irrevocable mandato histórico de su fundador, porque ellas son síntesis y cifra verdaderas de su testamento político, San Martín había ya firmado y fechado su propio testamento el 23 de enero de 1844, y en este documento el viejo soldado, invocando sus títulos de Generalísimo de la República del Perú y fundador de su libertad, Capitán General de la de Chile y Brigadier General de la Confederación Argentina, incluyó la cláusula siguiente:

"El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la Independencia de la America del Sur le será entregado al general de la República Argentina don Juan Manuel de Rosas como una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla".

Y en otra cláusula agregaba: "desearía que mi corazón fuese depositado en Buenos Aires".

En aquel trance solemne el recuerdo de la patria lejana, traducido en esas dos disposiciones por el anciano guerrero, se hacía presente con un sentimiento tan profundo como el que inspiraba en ese mismo instante sus más hondos afectos familiares. Y era, en definitiva, porque en ellas se adunaban en una última armonía espiritual las virtudes que habían movilizado el esfuerzo de su misión libertadora, o sea la justicia y el amor, que ahora aparecían representadas en los dos altos símbolos de la espada y el corazón. Por eso legaba su espada a quien había sabido defender el honor de la patria y entregaba su corazón a Buenos Aires, la ciudad capital de su país natal, a esa Buenos Aires que le había visto llegar aquella mañana de 1812, erguido ante la esperanza de la gloria, y le había dejado partir en 1824 con esa gloria a cuestas, pero a cuyo seno maternal el amor de aquel hijo disponía retornar como transfigurado en la entrañable reliquia que sólo había palpitado con el afán de asegurar su libertad.

La muerte y la gloria

A principios de 1848 el general San Martín decidió trasladarse con su familia a Boulogne-sur-Mer. Hallábase en París cuando acaecieron las tremendas convulsiones socialesy políticas que terminaron por derribar la monarquía de Luis Felipe, al tiempo que hacía en toda Europa su violenta irrupción el

socialismo revolucionario. En febrero de ese año contempló de cerca la revuelta popular, las barricadas, el choque sangriento y tumultuario que le hizo prever la continuación del desorden; y para evitar que su familia volviese a presenciar las trágicas escenas que seguían sucediéndose resolvió marcharse a Boulogne, para esperar allí, según decía, el término de una revolución cuyas consecuencias y duración no hay previsión humana capaz de calcular sus resultados, no sólo en Francia, sino en el resto de Europa.

Acababa de cumplir los setenta años, y a los achaques de la edad sumábase la terrible angustia de una ceguera progresiva, pues hacía algún tiempo habíansele formado cataratas en ambos ojos; pero mantenía aún su antigua prestancia y una perfecta lucidez de espíritu que le permitió enjuiciar con severidad la situación creada en la capital de Francia y proseguir su correspondencia con amigos y prohombres de América.

Se habían instalado en la Grand-Rue, ocupando un piso en la casa de Alfred Girard, un culto abogado francés que describió a su ilustre vecino diciendo que "era un hermoso anciano, cuya alta estatura no lograban encorvar la edad ni las fatigas ni los dolores físicos". Residencia provisional en un principio, pues si arreciaban los trastornos sociales el general pensaba pasar a Inglaterra, terminó por quedarse allí, en la vieja ciudad francesa sobre el mar de la Mancha, recostada en las orillas del Liane. Los afectos familiares llenaban su mundo mientras su mirada se poblaba de sombras. Pero el mundo de sus pensamientos seguía embargado por el recuerdo constante de la patria y de la América.

Fue en Boulogne-sur-Mer, el 30 de agosto de 1848, donde San Martín escribió al mariscal Castilla, presidente del Perú, aquella famosa carta autobiográfica —"un corto análisis, mi querido general, de mi vida pública seguida en América"— en la que hacía esta síntesis de lo que había sido su conducta: "La política que me propuse seguir fue invariable en solos dos puntos y que la suerte y las circunstancias más que el cálculo favorecieron mis miras, especialmente en la primera; a saber: la de no mezclarme en los partidos que alternativamente dominaron en aquella época en Buenos Aires, a lo que contribuyó mi ausencia de aquella capital por el espacio de nueve años. El segundo punto fue el de mirar a todos los estados americanos en que las fuerzas de mi mando penetraron como estados hermanos, interesados todos en un mismo y santo fin".

Parco resumen, en verdad, de los íntimos problemas del Libertador José de San Martín, pero certeramente revelador de las normas a que había sido constantemente fiel para luchar por la independencia nacional y la emancipación continental en su país y en América, los dos campos de acción que polarizaron con excluyente predominio su pensamiento y sus afanes; ámbitos diversos y análogos pero igualmente llenos de inmensas contradicciones pasionales en medio de las cuales debió imponerse una conducta que no todos comprendieron. Desnudo esquema, además, de las infinitas fatigas que debió soportar, en su alma

y en su cuerpo, para seguir la ruta señalada por una inflexible concepción del deber.

Por ello en su vejez venerable podía aguardar el término de su existencia con la serenidad del justo, satisfecho de su obra, seguro de la bondad de los principios que dieron dirección a su carrera y le condujeron a la conquista de su fin, "el santo fin" a que había consagrado su vida y su lucha.

La índole más excelsa de la obra de San Martín en la factura heroica de la patria, que la posteridad habría de reconocerle sin discrepancias, residió sin duda en aquella postura indeclinable, que fue una victoria del espíritu, un triunfo de la inteligencia y de la virtud. De su inteligencia, nunca perturbada por las ideologías corrientes en su siglo y en su medio, avizora y alerta siempre ante los hechos de la realidad circundante y aplicada con aquella genial sagacidad que era el estilo propio de su manera de conocer y penetrar la verdad de su contorno; y de su virtud, que supo escapar con estoica intrepidez a las desviaciones de la pasión y a la exuberancia romántica de la revolución en que se movía, haciendo de él un clásico del deber cumplido hasta el fin.

Por eso fue algo más que un hombre de acción, porque era una volutnad iluminada por aquella luz, y alcanzó así a ser el ejecutor insuperable de los medios que juzgó insustituibles para lograr los fines de una misión a cuyo servicio hizo ofrenda total de sus esfuerzos. Por ello fue, por excelencia y por antonomasia, aquél en quien residió la plenitud de aptitudes que buscaba Carlyle para el héroe más digno. Y pudo decirse de él que fue para su patria el hombre del destino, el héroe cuyos hechos conjuraron o vencieron los peligros, transformando en invencible fe la duda lacerante y mostrando con serena firmeza el arduo pero seguro camino de la victoria.

En aquella casa de Boulogne-sur-Mer, el 17 de agosto de 1850, extinguióse su vida mortal. Feliz anciano, sobre el dolor de la muerte triunfaba en él, en el momento de su tránsito, la gloria de su vida, y entregaba su alma al Dios Todopoderoso, en quien reconocía el Hacedor del Universo, habiendo alcanzado a contemplar la solidez de los cimientos de la obra cumplida. Y sin duda comprendió el designio providencial que lo había hecho su instrumento. Un instrumento de la justicia, como él se había llamado a sí mismo, que sirvió para crear la libertad de los pueblos cristianos de América, que la vieja España había insertado intrasferiblemente en la cultura de Occidente.

San Martín mandó en su testamento que el estandarte de Pizarro fuera devuelto a los peruanos. Acaso nadie penetró mejor el profundo significado de esa devolución que el propio ministro del Perú, al recibir en 1871 de los herederos del Libertador el glorioso confalón de la Conquista, que hasta ese momento había estado cubriendo el féretro de San Martín. Porque él dijo entonces estas palabras: "Este estandarte, santificado sobre una tumba de la que huyen las pasiones para sólo dar cabida a los grandes hechos, será para la República en cuyo nombre lo recibo el vínculo que anude la epoca de la civilización cristiana a su heroica

emancipación y a su próspera independencia". Pero había sido la misión de José de San Martín la que hizo posible ese nudo de la historia que era una esperanza del mundo.

ÍNDICE

I

AL SERVICIO DEL REY CATÓLICO

II

EN LA REVOLUCIÓN DE LAS PROVINCIAS UNIDAS

III

LA LIBERTAD DE CHILE

IV

LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

V

CON EL PENSAMIENTO EN LA PATRIA

Se terminó de imprimir en los Talleres de
GRAFICA SAN LORENZO S.R.L.
Quilmes 282/4 - Capital Federal
Tel. / Fax 911-4303

I.S.B.N 98795492-0-1